

EL POEMA  
del Evangelio

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.



MÁLAGA

Tip. de «Las Noticias»  
CISTER, 9

MADRID.

Librería de D. Carlos  
Bailly-Bailliére.

1883

**BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA**

Sala: 13

Estante: 6

Numero: 787

**Biblioteca Universitaria  
GRANADA**

~~Sala: 13~~

~~Estante: 14~~

~~Nº: 263~~



17182

EL POEMA  
DEL EVANGF

POR

TO IERÉZ

EL POEMA  
DEL EVANGELIO



*Dedicado al Sr. D. Juan  
García Sánchez  
a. o. c. H. D. D. D. D.*

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

B
6
87

AMORAL

LIBRO



1517182

EL POEMA  
DEL EVANGELIO

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.



MÁLAGA

MADRID

Tip. de «Las Noticias»  
CISTERO

Librería de D. Carlos  
Bailly-Bailliére.

1883

PERTENECE A LA BIBLIOTECA

5053

D. LUIS SECO DE LUCENA



10,865

EL POEMA  
DEL EVANGELIO

AUGUSTO JERREZ PERCHET

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

- Cantares (edición agotada.)  
Poco y malo (segunda edición.)  
El libro del alma (3.<sup>a</sup> id.)  
Artículos económicos (2.<sup>a</sup> id.)  
A caza de inglesas (2.<sup>a</sup> id.)  
Cuentos y novelas (2.<sup>a</sup> id.)  
Proverbios bíblicos.  
Impresiones de viaje (3.<sup>a</sup> edición.)  
Débora (drama en un acto.)  
El tributo de sangre (id. id.)  
Las dos rubias (juguete id.)  
Páginas marinas (edición agotada.)  
Alemania.  
Recuerdos de Suiza (edición agotada.)  
El Mediterráneo (3.<sup>a</sup> edición.)  
Páginas de oro.

## EN PREPARACION

---

- Siluetas granadinas.





## INTRODUCCION.



El soplo de la libertad, que alienta las almas, al manifestarse en los pueblos por medio de diversas evoluciones, dice bien claro que el individuo obedece á una necesidad imperiosa, á la aspiracion de un verdadero perfeccionamiento, fin supremo del ideal humano.

Para que las grandes conquistas de la libertad no sean infructuosas; para que las legítimas aspiraciones del mundo civilizado no sean un sueño, preciso es que la primera y principal espresion de los pueblos libres tenga por simbolo una palabra: *Instruccion.*

Las naciones que en la época presente marchan á la cabeza de la cultura se distinguen sobre todo por el vértigo que las lleva en pos de lo desconocido, siendo lo desconocido la *ciencia* en todas sus fases, ó lo que es igual; la destruccion de la ignorancia por el cultivo de la inteligencia. Proceden con tino; pero importa reconocer, que la instruccion no cumplirá su providencial mision, mientras no comprenda que la energia desarrollada con la enseñanza, debe aspirar ante todo, á la posesion de la virtud y la justicia.

Para que sea fecunda la obra del progreso hace falta el principio religioso; y tan esacto es lo que decimos, que el exámen de la historia en los distintos pueblos demuestra en términos elocuentes el absurdo de sostener que puede subsistir la moral sin la idea de Dios.

La religion es de necesidad absoluta para purificar el alma y en vano pretenden algunos hombres demostrar que nuestra generacion, en virtud de su espíritu democrático, no ha menester de aquel magnífico lazo que une la tierra con el cielo. Plinio, insigne autor pagano, decia: «*Qué despre-*



*ciable es el hombre, sino se eleva sobre las cosas humanas!» Y San Agustin, con poderosa elocuencia, añade; «Amais la tierra, sereis tierra: amais á Dios, casi me atrevo á decir: sereis Dios.»*

La democracia no prescinde ni puede prescindir de la religion; y sin que en estas líneas tratemos de aducir muchos ejemplos en justificacion de nuestras palabras, citaremos la república Suiza, donde aparecen lógicamente hermanadas la religion y el sentido de la democracia. El error en que suelen incurrir los partidarios de la moral sin Dios consiste en que han dado forma caprichosa al mismo Dios que hoy estiman innecesario para el progreso de las sociedades; pero entre esa creacion humana y el Dios que vemos en las admirables páginas del Evangelio, hay una distancia inmensa. Aquel se nos presenta limitado, como el poder finito que lo concibió, mientras que el verdadero resplandece con la egregia luz de la inmortalidad; exhibe los atributos de su increada grandeza y es, en fin, el Dios que representa una religion de libertad y de consuelo; que alivia al indigente; que fulmina su anatema contra el hipócrita; que eleva al hombre



por la perfeccion moral; que combate las preocupaciones y que hace patente la magestad de la eterna justicia.

La sociedad cristiana, cumpliendo sus providenciales destinos, desenvuelve de dia en dia sus elementos de inteligencia y ensancha los horizontes de su porvenir. La época en que nos ha sido dado nacer tiene exigencias que en siglos precedentes eran casi desconocidas. Pero el hombre, lo mismo antes que ahora y que mañana, ha consagrado y consagrará un culto íntimo á las inmutables verdades que son la base primordial de las naciones.

Otras veces el misticismo, quizá inconsciente, constituía una imperiosa necesidad; hoy, el espíritu moderno rechaza las manifestaciones de aquella índole; mas la fé y la religion habrá de prestarnos siempre su noble y desinteresado concurso en las adversidades y en las horas de amargura.

He aquí el pensamiento de este libro. Es una rápida exposicion de la maravillosa vida de Jesucristo, en forma sencilla, con la única idea de difundir de nuevo los fundamentos sobre que se apo-

---

ya la religion cristiana; pero si nuestra obra consigue fortificar las puras creencias y llevar al alma un consuelo y una esperanza, habremos obtenido la recompensa que ambicionamos, al trazar las líneas que con vigorosos resplandores se destacan del insigne cuadro del Evangelio.

*Augusto Jerez.*





PRIMERA PARTE



LA REGION  
DEL EVANGELIO



I.

IDEA GENERAL.

---

Antes de comenzar la narracion de la vida de Jesucristo, es oportuno dirigir una mirada al teatro de sus predicaciones; á la tierra donde se realizaron los hechos mas extraordinarios; á la region del Evangelio, pródiga en sublimes recuerdos de un pasado glorioso; á la Palestina, en fin, testigo de los espectáculos que se destacan en la historia de la humanidad con el luminoso resplandor de inestinguibles astros.

La Palestina hallábase limitada al norte por la Siria, llamada en los libros Santos *Tierra de Aram*; al sur por la Iduméa; al este por la Arabia Desierta, y al oeste por el mar Interior ó Mediterráneo.

En tiempo de los Hebreos, escelentes agricultores, era extraordinaria la fertilidad de aquel país; producía trigo, aceite, vino, miel, bálsamo y fru-



tas; pero despues se han modificado las condiciones de esa region, y al par que hoy vemos determinadas zonas ricas y pródidas, encontramos impresa en otras la triste huella de la esterilidad.

La Palestina está surcada al norte por dos cadenas de montañas; el Líbano y el Anti-Líbano, que corren paralelas. El Líbano va del norte al sudoeste y termina cerca de Tiro, en el Mediterráneo. El Anti-Líbano empieza no léjos de Homs ó Emesa y concluye en el ventisquero de Hermon, ó sea en los alrededores del lago Tiberiades, y por enmedio de ambas cadenas de montañas se estiende el valle de la Cælesyria.

Los poetas árabes dicen del Líbano que *cada montaña lleva el invierno en su cabeza, la primavera en sus espaldas, el otoño en su seno, mientras que el estío duerme blandamente á sus piés.*

El mariscal de Ragusa describe el Líbano de este modo:

—«Esta cadena, en su mayor altura, no escede de mil trescientas toesas. La Escritura habla con admiracion de los bosques de cedros que en otro tiempo la ornaban y que proveyeron las maderas necesarias para las flotas de Tiro y Sidon y para reconstruir el templo de Salomon. Aquellos bosques han desaparecido y hoy solo subsisten siete árboles para conservar su nombre y sus recuerdos. Aquella cadena de montañas ha perdido su primi-

tivo adorno, como acontece á todos los paises antiguamente civilizados. Rocas desnudas y ásperas se ofrecen por doquiera ante la vista del viajero. Bosquecillos de pinos, plantados cerca de los monasterios y de las aldeas, detienen agradablemente la vista y se elevan en los aires, al paso que cada intervalo que separa las rocas muestra un campo cultivado de trigo, de viñas y de moreras. Allí donde el espacio no sostiene el arado, labran la tierra con la azada. Las aguas vivas y abundantes salen de las vertientes de las montañas y sirven, á la vez, para las necesidades cotidianas de la poblacion y para el riego de las tierras, cuyos productos aumentan.»

Respecto á los famosos cedros del Líbano, que son motivo de visita por los viajeros, ocupan una colina aislada en la planicie que domina al noreste el Ojébe-Mabmet, la mas alta cumbre de la cadena. Las autoridades del pais han hecho edificar un muro al rededor de aquellos vegetales, de cuya conservacion cuida un guarda, y el 15 de Agosto de 1881 Rustem bajá, gobernador general del Líbano, dió un bando que dice así:

—«Los cedros de Ehcharreh serán accesibles á todos los viajeros, pero queda prohibido levantar tiendas en el interior del cercado y establecer campamentos en otros puntos que los que se designarán por el guarda, encender fuego en las cercanías



de los árboles, cortar ramas y hacer entrar en el recinto caballerías de los viajeros. Los dragomanes y los guías serán responsables de las infracciones que se cometan.»

Hoy subsisten escasamente seis cedros que por su corpulencia puede suponérseles contemporáneos de la época bíblica. Miden unos doce metros de circunferencia; sus troncos están pelados y su corteza cortada y prestan sombra á una capilla de piedra blanca grabada con multitud de caracteres orientales y europeos. Todos los años, durante el verano, suben á los cedros las poblaciones vecinas y el patriarca de los maronitas hace celebrar una misa.

En la Sagrada Escritura se dá algunas veces al templo de Jerusalem el nombre de Líbano y así, por ejemplo, exclama Zacarías:

*«Líbano, abre tus puertas, y que el fuego devore tus cedros.»*

El palacio que Salomon dispuso edificar en Jerusalem, fué llamado *Casa del Líbano* (*Domus saltus Líbani*); y se presume que recibiría tal calificativo, por la gran porcion de madera de cedro empleada en la obra.

Conviene advertir que el Líbano y el monte Carmelo figuran en las poesías hebraicas, el primero significando la fortaleza y la magnificencia y el segundo cual símbolo de hermosura.



—*Su parecer como el Líbano*—dice Salomon.

—*La gloria del Líbano le ha sido dada á ella*—añade Isaías.

El Líbano se extiende á la cadena del Kesraouan y al país de los drusos, y ofrece el espectáculo peculiar de las grandes montañas, sobre todo, si dirigimos las miradas al panorama que se desarrolla desde la cumbre del Sannina. De un lado vése en los días serenos el mar que baña las costas de Europa, y de otro lado el desierto que confina con el golfo Pérsico; y al recorrer el interior de las montañas encontramos los caracteres propios del mundo orográfico; los valles profundos; los abismos vertiginosos; los desfiladeros sombríos; las nubes que velan con oscuros vapores las enhiestas cimas; el torrente espumoso; la caverna misteriosa; la roca aislada que surge arrogante como las agujas graníticas de los Alpes; el conjunto caótico de estraños derrumbamientos; los accidentes de una selvática naturaleza; las nieves que brillan á los rayos del sol; las flores silvestres que esmaltan mesetas y ribazos con sus matices delicados; el pino, el cedro y el sicomoro; los bosquecillos de algodoneros; las hiladas de olivos; las vides de pomposas cepas y sobre todos esos alardes de la vida y del trabajo, el águila que se cierne en el espacio y contempla con solemne magestad las torres de los conventos y las numerosas aldeas maronitas.



En el Líbano se encuentran las siguientes montañas. El monte *Hermon* (Djebel-el-chech), denominado á veces *Monte Sion*, que las Fenicios llamaban *Sarion* y los Amorréos *Sanir*. El monte *Thabor* ó *Tabor*, en el territorio de Zabulon. El *Carmelo*, rico en bosques, en pastos y en fértiles campos; lugar favorito de los ermitaños, que en siglos pasados habitaban las grutas escondidas de las alturas. Las montañas *Efraim* ó de *Israel*, entre las que descuella el monte *Gelbóe*, donde Saul fué vencido por los Filisteos y murió con su hijo Jonatás y los montes *Hebal* y *Garizim*, en el primero de los cuales se colocaron por órden de Moisés seis tribus de Israel para pronunciar las bendiciones en favor de los que observasen la ley de Dios, y en el segundo las otras seis, que maldecian á los que la violasen. Josué elevó en el monte *Garizim* un altar para ofrecer al Señor acciones de gracia, y en la misma cumbre hubo un templo, del que Manassés, hijo de Jádus, fué gran sacerdote.

Pertenecen además al Líbano, las montañas de *Judá* ó de los *Amorréos*; el monte *Carmelo*, distinto del que hemos citado anteriormente; la *Subida del Escorpion*, que separaba la Palestina de la Arabia Petréa; las montañas de *Galaad* en las que Jacob, fugitivo, fué alcanzado por Laban, siguiendo á este acto la reconciliacion de ambos; los montes de *Abarim*, de los que forma parte el *Nebo*, famoso



porque Moisés subió á la cima para descubrir la Tierra Prometida y murió despues de haberla visto; y completa la série de alturas que enumeramos, el monte *Phogor*, donde los Moabitas adoraron el ídolo de aquel nombre, conocido tambien por *Beelphegor*.

Los principales lagos de la Palestina son: el de *Samochonita* ó *Aguas de Merom* ó *Marom*, en Galilea. Este lago atraviesa el Jordan, y cerca de sus orillas venció Josué á los monarcas cananéos Jobab, rey de Madon, Jabin, que lo era de Azor, al rey de Achsaph y al de Semeron. El lago de *Genezareth* ó *Kinnereth*, que tambien se llama *mar de Galilea* ó de *Tiberiades*, situado entre la Galilea y la Batanéa, cruzado por las aguas del Jordan. El lago *Asphaltite*, *mar Muerto* ó *mar Salado*, que los árabes denominan *mar de Loth*, entre la Arabia Petréea y la Palestina; y por último, el *mar de Jazer*, lago de pequeñas dimensiones, próximo á la ciudad de Jazer.

La Palestina carece de rios de verdadera importancia, bajo el punto de vista de sus respectivos raudales, pero tienen una significacion histórica, y en tal supuesto conviene mencionar los principales, que son los que indicamos á continuacion.

El torrente *Cison* (*Kison*) baja del monte Tabor, atraviesa la llanura de Esdrelon y se arroja al Mediterráneo, entre Ptolomais y el Carmelo. El rio



*Leontes* (*Kasmie*) nacía en Cælesyria, al norte de Heliópolis y se perdía en el Mediterráneo al norte de Tiro, despues de regar el valle conocido por *Entrada lo Paso de Emath*, entre el Libano y el Anti-Líbano. El torrente de *Sorec*, tenia su origen cerca de Jerusalem en los montes de Judá y se echaba al mar por los alrededores de Ascalon. El torrente *Besor* salía de los montes de Judá, bañaba el territorio de la tribu de Simeon y el de los Filistéos y desemboca en el Mediterráneo, cerca de Gaza. El torrente de *Egipto* ó de *Sihor*, al sudoeste de la Tierra Prometida, apenas se conoce con bastante certeza para fijar la posicion que ocupaba. El torrente de *Zared*, en el pais de los Moabitas, desagaba en el Mar Muerto. El torrente de Cedron, cuyo nacimiento está al norte de Jerusalem, camina al oriente de la ciudad por el valle de Josafat y se pierde en el Mar Muerto. El *Jordan* (*Charia* ó *Arden*) sale del monte Hermon; cruza los lagos Samochonita y Genezareth y despues de bañar una estensa llanura cae en el Mar Muerto. El Jordan tiene como afluentes el *Hieromax*, el *pequeño Cison* y el torrente de *Carith*. El torrente de *Arnon* procede de la Arabia, á la que separa en parte de la Palestina, y desemboca en el Mar Muerto.

La Palestina formaba en tiempo de Jesucristo cuatro grandes regiones, á saber; la *Judea*, la *Samaría*, la *Galiléa* y la *Peréa*, de las cuales vamos á

ocuparnos seguidamente y por separado, pues que en realidad lo merecen, gracias al papel que representaron durante la vida del Salvador, quien las ha santificado con su presencia, hasta el punto de constituir desde entonces aquellas comarcas un objeto de piadoso culto, en nada entibiado, apesar de la accion de los siglos y las evolucioes de las sociedades.





## II.

### LA ANTIGUA PALESTINA.

---

#### JUDÈA.

---

Con frecuencia se ha dado á la Palestina el nombre de *Judèa*; pero la Judea, propiamente dicha, es la region que tiene por límites al norte la Samaria, al sur las montañas que la dividen de la Idumèa, al este el mar Muerto y el Jordan y al oeste el Mediterráneo.

El suelo de esta comarca ofrece tanto la aridéz de los desiertos, como diferentes montañas donde la vegetacion se muestra agradecida al esfuerzo del hombre; más da todos modos, la riqueza extraordinaria de aquella tierra en los tiempos bíblicos se ha modificado, y en realidad solo subsisten algunos vestigios de la providéz de antaño. El trigo,

el bálsamo, el aceite, la miel, el vino y la resina formaban el principal núcleo de las producciones de Judéa, y el país debía contar en lo antiguo poderosos elementos, cuando alimentaba muchos pueblos y lanzaba formidables ejércitos contra los Israelitas.

Plinio afirma que la Judéa es célebre principalmente por sus palmas.

Solim dice que es famosa por la escelencia de sus aguas, entre las que cita las del Jordán.

Tácito asegura que es un país abundante por más que allí llueva poco, que dá los mismos frutos que Italia, y además el bálsamo y los dátiles.

San Jerónimo se expresa de este modo:—«Nada hay mas fértil que la Tierra Prometida si, sin detenerse en los sitios montuosos y desiertos, se considera toda su longitud, desde el arroyo del Egipto hasta el Eúfrates, del lado del Oriente, y su extension al norte, hasta el monte Tauro y al promontorio Zephirium, que está sobre el mar de Cilicia».

Antes de hacer la descripción de las poblaciones que más visitan los viajeros, ya animados de un pensamiento piadoso ya obedeciendo á la inspiración de sus aficiones históricas y geográficas, vamos á mencionar las principales localidades, con expresión del territorio á que pertenecían. En el de Dan estaban *Jope* ó *Japho* (Jafa), *Lyda* ó *Dióspolis*



(Loud), *Arimathia* ó *Rama*, (*Ramle*, *Rama* ó *Sanden*), *Elthecco* ú *Elthece*, *Gadara*, *Gazara* ó *Geder*, *Nobé* ó *Nob*, *Modin* (*Zuba*), *Thamna*, *Casphin*, *Gethremmon* ó *Ramathaim Sophim*, *Naioth*, *Esthaol*, *Bera*, *Geth* ó *Gath* y *Adiada*.

El territorio de Benjamin contenia las ciudades de *Gophna*, *Hai* ó *Hain*, *Beroth*, *Aialon*, *Bethaven*, *Gabaon*, *Bethel*, *Machmas*, *Jericho* (*Rah*, *Richa* ó *Riha*), *Galgala* ó *Gilgal*, *Lod*, *Emmaus*, *Gabaa*, *Rama*, *Caphira* ó *Caphara*, *Maspha*, *Mesphe* ó *Masphath*, *Adommim*, *Anathoth*, *Bethania*, *Bethphage*, *Capharsalama* y *Jerusalen*, cerca de los límites de la tribu de Judá.

El territorio de esta tribu poseía las ciudades de *Sabaa*, *Gabathon* ó *Gebbethon*, *Eleutheropolis*, *Gedera* ó *Gadera*, *Lachis*, *Jerimoth* ó *Jerimuth*, *Maresa*, *Bethsames* ó *Bethsemes*, *Azeca*, *Lebna*, *Libna* ó *Labana*, *Cariathiarim*, *Bethzacara*, *Socho*, *Jethrit*, *Ahoh*, *Bethlehem* ó *Ephrata*, *Bezec*, *Maceda*, *Netophath*, *Eglon*, *Masada*, *Bethsur* ó *Bethsura*, *Engallin*, *Bethbessen*, *Engaddí* ó *Asasonthamar*, *Estemo*, *Esthamo* ú *Istemo*, *Thecua*, *Ziph*, *Ceila*, *Mochona*, *Hebron*, *Gilo* ú *Gelo*, *Dabir* ó *Debir*, *Jether*, *Olon* ú *Holon*, *Anab*, *Zanoa* ó *Zanoe*, *Gosen*, *Maon*, *Asemona*, *Cabseel*, *Arad*, *Hazer-sual*, *Cades Barné*, *Arari*, *Sin*, *Seboim* y *Harodi*.

En el país de los Filisteos figuraban *Accaron* ó *Ekron*, *Jamnia* ó *Jabne*, *Laisa*, *Azot* ó *Asdod*, *Gaza*, *Ascalon*, *Raphia* (*Rapha*) y *Gerasa*.



En el territorio de Simeon estaban *Ain* ó *Aen*, *Jeta* ó *Jota*, *Siceleg* ó *Tsiclag*, *Horma*, *Harma* ó *Herma*, *Bersabea* ó *Beer-Scebah* (Bir-Sabea) y *Etam*.

### SAMARIA.

---

La Samaría, que con poca diferencia corresponde á los antiguos territorios de la tribu de Efraim y de la media tribu occidental de Manassés, tiene por límites al norte la Galiléa, al mediodía la Judéa, al este el Jordan y al oeste el Mediterráneo.

El suelo, montuoso en general, es, sin embargo, risueño y fértil; ofrece valles encantadores y en las llanuras véanse abundantes corrientes de agua, cosa bastante rara en Palestina. La mayor parte de los habitantes de Samaria habian sido enviados por Salmanasar al otro lado del Eufrates y para repoblar aquella provincia mandó Assarhadon diferentes colonias, y esos nuevos pobladores del país recibieron el nombre de *Samaritanos*. Aquellos componentes de la Samaría adoraban las respectivas divinidades cuyo culto habian aprendido en su pátria, y despues unieron á ese culto profano el del verdadero Dios, que les fué enseñado por el sacerdote de Bethel; pero al renunciar á la idolatría y merced á la circunstancia de no admitir otros

libros que los de Moisés, surgieron diferencias entre los samaritanos y los judíos; pues mientras estos querían que solo se ofrecieran sacrificios á Dios en el templo de Jerusalem, los samaritanos pretendían que era preciso adorarlo sobre el monte Garizim, segun hicieron los patriarcas; y de semejante divergencia brotó principalmente la antipatía que mostraban los unos hácia los otros. Sin embargo, los samaritanos amaban al mismo Dios que los judíos; tenían las propias creencias que estos; esperaban, como los judíos, el Mesías, y practicaban exactamente la ley de Moisés.

Las mas importantes localidades del territorio de Efraim eran *Sichem* ó *Mabartha*, próxima á *Neápolis* (hoy Naplusa); ciudad de refugio, situada entre las montañas de Hebal y de Garizim; *Cib-saim*, ciudad levítica; *Fanoé*, *Sichar*, *Archelais*, *Antipatris* ó *Antipatrida*, *Apoloniada* ó *Apolonia*, *Silo*, *Thamnath-Saré*, *Ephron* (que algunos autores atribuyen á la tribu de Benjamin); *Almon*, ciudad levítica, *Neballat*, *Gazer* ó *Gob* y *Bethoron*.

La llanura de *Saron* ó de *Saronas*, se dilataba al oeste de la tribu de Efraim y de la media tribu de Manassés; pero advertiremos que recibían tambien el nombre de Saron dos cantones más, el uno de los cuales estaba situado al Oriente del Jordan, en la tribu de Gad, y el otro entre el monte Tabor y el lago de Genezareth.



La media tribu occidental de Manassés contaba las siguientes ciudades y localidades notables: *Gethremmon* ó *Jebblaam*, *Mageddo* (Sabebe), *Betulia*, *Cesaréa de Palestina* (Kaiserie), *Thebes*, *Ephra*, *Ennon*, *Samaria* ó *Sebaste* (Sebasta) capital de la provincia del mismo nombre, *Thirsa* ó *Thersa*, *Thenac*, *Taphna* y *Thapsa*.

### GALILÉA.

La provincia de Galiléa, fértil, rica, bien poblada y cultivada con esmero, tenia por confines al norte la Fenicia, al mediodía la Samaria, al oriente el mar de Tiberiades, y al occidente el Mediterráneo, y se dividía en Galiléa alta y Galiléa baja.

Las principales localidades de aquella provincia, segun los diversos territorios de las tribus que le habitaban, eran las siguientes:

En el territorio de Nephtalí se encontraban *Baal-Gad*, *Hammoth-Dor*, *Emath*, *Panéas*, llamada luego *Cesarea de Fhilipo* (Banias), *Azor* ó *Hatsor*, *Sephama*, *Dan* (Habeia), *Cedes* ó *Kedes*, conocida tambien por *Cedesa* ó *Cydissus* (Kadas), *Carthan*, *Asion*, *Rebla*, *Abel-Beth-Maacha* ó *Abela*, *Bethanath*, *Haroseth*, *Nephtalí*, *Japha* ó *Japhie* (Safet), *Bethsaida* ó *Julias* y *Capharnaum* ó *Caparnaum*.



En el territorio de Aser estaban *Abdon*, ciudad levítica, *Aphec*, *Rohob*, *Gabora*, *Achazib* ó *Achziba*, *Acco*, *Ptolemaida* ó *Ptolemais* (Acre ó San Juan de Acre), *Iotapata*, *Helcath* ó *Halcath* ciudad levítica, y *Masal* ó *Mesal*, que tambien lo era.

El territorio de Aser contaba, además, el pais de *Chabul*, en el que estaban las veinte ciudades dadas por Salomon á Hiram, rey de Tiro, quien habia enviado al ilustre monarca el oro y las maderas de cedro y de pino necesarias para la magnífica obra del Templo de Jerusalem.

El territorio de Zabulon poseia *Damna* ó *Remnon*, ciudad levítica, *Tiberiade* (Tabarie), *Caná*, (algunos autores la suponen en la tribu de Efraim, pero no debe olvidarse que habia diferentes ciudades de este mismo nombre.) *Cetron*, *Emmaus* ó *Anmaus*, *Dothaim*, *Catha* ó *Cateth*, *Nazareth*, *Endor* (Endar), *Zabulon*, *Geth-Hepher* ú *Opher*, *Sephoris*, llamada luego *Diocesarea* (Safuri), *Jecnam*, *Jeconam* ó *Jachanan del Carmelo*, *Arbela*, *Hepha* ó *Porphyrion*, *Dora* ó *Dor* y *Echatana* ó *Agbatana*.

El territorio de Issacar poseia *Naim*, *Sunam*, *Tabichea*, *Dabereth*, *Legio* (Ladschun ó Legun), *Euganim* ó *Anem*, *Jezrael*, *Esdraclon* ó *Esdraela* (Djenin ó Esdrelon), *Aphec*, *Cesion*, ciudad levítica, *Issachar*, *Bethsan*, *Basan* ó *Scythopolis* (Baisan), y la ciudad levítica de *Jaramoth* ó *Rameth*.

## PERÈA.

Recibe el nombre de *Perèa* la parte de la Palestina situada al oriente del Jordan. Segun la Sagrada Escritura, constaba de varias provincias que eran la *Batanèa*, la *Auranitida*, el pais de *Argob* y el de *Galaad*.

Region montañosa en parte, con ricos pastos y risueñas perspectivas, la *Perèa* fué adjudicada por Moisés á las tribus de Ruben y de Gad y á una media tribu de Manassés, para las cuales, gracias á la circunstancia de contar numerosos ganados, representaba un beneficio la posesion de aquella zona.

En el territorio de Ruben figuraban *Hesebon* ó *Esbu* (Hesbon), *Mennith*, *Oronaim*, *Rabbath-Ammon*, *Rabba* ó *Filadelfia* (Ammon ó Amman), *Bethnemra*, *Eleale*, *Medaba*, *Abel-Sitim*, *Abel-Satim* ó *Settim*, *Fassa*, *Fasa* ó *Faser*, *Bethsimoth* ó *Bethjesimoth*, *Baalmeon*, *Bosor*, *Bamoth-Baal*, *Callirhoe*, *Bethphogor*, *Cariathaim* ó *Save-Cariathaim*, *Machærus*, *Jethson*, *Cademoth* ó *Cedimoth*, *Aroer*, *Mephaat*, ciudad levítica, *Asedoth* y *Dibon*; y á la vez pertenecia al territorio de Ruben *Arach*, pátria de Chusai, consejero de David.

El territorio de Gad contaba como poblaciones



notables *Mahanaim*, ciudad levítica, *Ephron*, *Basca-man*, *Casbon*, *Ĵabes* ó *Ĵabes de Galaad*, *Gerasa* (*Djerach*), *Pella*, *Davir*, *Maspha*, *Beth-Bera* ó *Bethabara*, *Phanuel*, *Socoth* ó *Succoth*, *Sabama*, *Sebama* ó *Seban*, *Ramoth de Galaad* (*Zarca*), ciudad levítica, *Sophan*, *Saphon* ó *Amatha*, *Ĵazer* ó *Gazer*, ciudad levítica, *Ataroth*, *Mageth*, *Datheman*, *Bean*, *Tubin* y *Barasa*.

En el territorio de la media tribu oriental de Manassés estaban *Gaulon* ó *Golan*, *Machati* ó *Maacha*, *Gamala* (*Baut-Sah*), *Canata*, *Canath-Nobé* ó *Nobe*, *Chorozaim* (*Telui*), *Raphon*, *Dalmanutha*, *Edrai* ó *Adraa* (*Adreat* ó *Adra*), *Astarosth* (*Mezareib*), *Carnion*, *Gadara* (*Kedar*), *Bosra* ó *Bostra*, ciudad levítica, *Salecha* ó *Selcha* y *Gessur* ó *Gessuri*.





### III.

#### DE Jafa à JERUSALEN.

---

Omitimos hablar de la travesía de Europa á Jafa, primer punto de la Tierra Santa, y comenzamos nuestro relato desde aquella localidad, donde el viajero desembarca para inaugurar su peregrinacion á través del histórico pais embellecido por los más conmovedores recuerdos.

Jafa, conocida en los libros sagrados con el nombre de Joppe, (bella, agradable,) se eleva en forma de anfiteatro sobre una costa inhospitalaria y es una de las ciudades más antiguas del mundo. Se cree que debe su fundacion á Jafet, hijo de Noé y aceptan los judíos la tradicion de que el mismo Noé construyó aquí el arca para salvar del diluvio universal la especie humana y todos los irracionales. En Jafa se embarcó Jonás á fin de dirigirse á

Tarsis cuando pretendía desatender la órden de Dios, que lo mandaba ir á Ninive á predicar el esterinio de aquel pueblo pecador. Hiram, rey de Tiro, enviaba á Jafa las naves que traian á Salomon los cedros del Líbano para la obra del templo de Jerusalem. San Pedro habitaba en ella cuando tuvo la vision referente á Cornelia y cuando resucitó á la piadosa Tabita. Era Jafa una de las once toparquías donde el ídolo Ascarlen recibia culto. Esta poblacion ha sufrido el yugo de los egipcios, los asirios, los griegos, los romanos, los sarracenos, los cruzados, los árabes y los turcos. Judas Macabéo quemó la ciudad por haber degollado sus habitantes doscientos judíos. Al comenzar los trastornos de la Judéa fué Joppe destruida por Cestio; más tarde levantaron sus muros los piratas; luego la saqueó Vespasiano y puso una guarnicion en la ciudadela y durante el reinado de Godofredo tomó posesion de Jafa, dándole el título de Condado, la familia de los Contarinos, de la República de Venecia.

La ciudad tuvo en los primeros tiempos del Cristianismo una silla episcopal y al caer Tolemaida en poder de Saladino á fines del siglo trece, vióse Jafa abandonada por los Cruzados, subsistiendo desde entonces bajo el poder musulman.

Hoy solo guarda de la grandeza de antaño el prestigio de los recuerdos tristes ó gloriosos; carece



de importancia; es una localidad de carácter sério, sin monumentos notables; la circunda un recinto almenado; sus calles son estrechas y súcias; los bazares exentos de interés; pero de cualquier modo, Jafa es la promesa del Oriente que soñamos al vislumbrar en las lejanías del horizonte la silueta de la costa de Palestina, sirviendo de marco al Mediterráneo azul.



De Jafa á Rama hay cuatro horas de camino, que se inicia en términos deliciosos, merced á la belleza de los jardines que forman los alrededores de aquella ciudad. Es la espresion feliz de una rica naturaleza, que se ha complacido en derramar sus galas sobre los campos de la antigua Joppe. Los almendros, las higueras, los naranjos, los limoneros, los granados y las palmeras es estienden á uno y otro lado de la ruta, que tiene por límite las montañas de Judá.

Llegamos á la llanura de Saron, en cuya dilatada superficie pacian los rebaños del Rey, segun se lee en el libro primero de los *Paralipómenos*. Isaías, describiendo la última ruina de Saron, en tiempo de Senaquerib, dice: *«Saron ha sido hecho como un desierto»*.

Los habitantes de Saron se convirtieron al Cristianismo, al conocer el milagro que habia obrado San Pedro, curando la parálisis de Enéas.

La primavera realza la hermosura de los campos de Saron, pues los viste de rosas blancas, narcisos, anémonas, lirios, alelíos y una especie de siempre-viva olorosa. La llanura se extiende á lo largo del mar, desde el mediodia de Gaza hasta el Carmelo, y ofrece un suelo de arena blanca y roja, en extremo fértil.

Un verdadero bosque de olivos sirve de vanguardia á Lydda, pueblo mencionado en los *«Actos de los apóstoles»*. No tiene grandes dimensiones; pero su situacion y el aspecto de sus casas, blancas y separadas entre sí por gentiles palmeras, le prestan cierto sello de bienestar que, sin embargo, modifícase un tanto, al penetrar en el interior, sobrado súpicio cual acontece en todas las localidades del Oriente.

Lydda ha representado en los primeros siglos del Cristianismo un papel de importancia; era una ciudad considerable, embellecida con diferentes monumentos, situada sobre la vía romana que facilitaba el tránsito mercantil entre Joppe y Ælia-Capitolina. Tomó el nombre de Diospolis y segun Josefo ocupó el quinto lugar de las once toparquías de Judéa.

Desde Lydda á Ramleh ó Rama cruzamos un



pais risueño, que tiene mucho parecido con algunos puntos de Europa. La vegetacion abunda y vemos frecuentes grupos de árboles, que armonizan con el tono general del cuadro.

Rama, aparte de sus memorias, encierra varios monumentos antiguos, que son la cisterna, la torre de los cuarenta Mártires de Sebaste y el templo de San Juan Bautista, convertido hoy en mezquita.

En Rama nació y murió Samuel, último juez del pueblo de Dios; y esta misma ciudad, llamada tambien Ramata, se denominó Arimateá, segun Bonifacio, por ser patria del discípulo José, que colocó en el sepulcro el cuerpo de su maestro Jesucristo. Mercator asigna tres nombres á esta localidad; Ramataim, Rama y Ramla. Poujalot dice que los Hebréos vinieron á Ramleh para pedir un rey á Samuel; pero conviene advertir que este hecho tuvo lugar en Ramatha, residencia de Samuel, poblacion de la montaña de Efraim, mientras que la de los Filisteos ó sea la que se encuentra próxima á Lydda, ocupa una llanura y recibe su nombre exacto de Ramlé, que en hebréo y en árabe significa *arena* á causa del terreno arenoso en que está emplazada; nombre otorgado con propiedad, toda vez que en las murallas de Rama termina el desierto,

Esta ciudad gozó de importancia en tiempo de las Cruzadas y fueron sus muros testigos de san-



grientos combates. Aquí sucumbieron los condes de Blois y de Borgoña y huyó Saladino I, desbaratado su ejército, viéndose el misero en el duro trance de confiar su salvación al camello que le servía de balgadura.

Los Templarios poseían en Rama un convento, y todavía en la época de Luis XIV figuraba la ciudad, gracias á su comercio. En cambio, las ruinas denuncian hoy un periodo de creciente decadencia; la población tiene tan solo unos dos mil habitantes, y Rama subsiste en la quietud y el silencio de las localidades que, un día poderosas, vieron desaparecer sus horas felices y no alientan la esperanza de saludar los albores de una nueva aurora de ventura.



La jornada de Rama á Jerusalem es penosa, y por lo tanto, hay necesidad de ponerse en camino desde la madrugada. El paisaje, contemplado á la luz de la luna ó bien á la brillante claridad de las noches de Oriente, en nada parecidas á las pálidas de Europa, tiene rasgos de magestad y belleza extraordinarias.

La ondulada llanura de Ramleh se desarrolla largo trecho, mostrando hermosos componentes

que revelan su fertilidad. Fuera de la población, á un lado del camino, dibújase una sinuosa línea de juncos, de sombrío matiz, que marcan el curso de un arroyo cuyas aguas van á perderse al sur de Jafa. A nuestro frente y á la derecha, la llanura tiene por límite una fila de montañas que surgen como negras masas de formas incorrectas, sin carácter determinado, sin acentuar sus perfiles, indecisos todavía para nosotros, gracias á la hora y á la distancia.

Estamos en el teatro de los combates que libraron los Hebreos y los Filisteos, en la época de los Jueces; estamos en el campo donde Samson revelaba toda la energía de su alma, á la vez que todo el gigante esfuerzo de su brazo.

La aldea de Berrié (el Desierto) situada á legua y media de Rama, carece de importancia; es de reducidas dimensiones y de fundacion moderna.

Sobre un montecillo, al final de la llanura de Saron, véanse las ruinas de la aldea de Latroun, considerada como la pátria de Dimas, el afortunado ladrón que elevado en la cruz, á un tiempo confesaba sus pecados y declaraba á Jesucristo, reconociendo la divinidad de su origen.

Mas adelante pasamos el valle de Alí y luego Kariet-el-Aneb ó sea Hanathot, donde nació Jeremías, el melancólico poeta de las célebres *Lamentaciones*.



Dominamos la primera cumbre de los montes de Judéa; bajamos á una honda garganta y al trepar á la segunda cumbre aparecen ante nuestras miradas las tierras de las tribus de Judá, Efrain y Ben-jamin.

Las ruinas de Modin, inespugnable fortaleza de los Macabeos, rompen la monotonía de las colinas áridas y tristes. Modin era la pátria de los siete hermanos Macabeos que á la vista de su madre sufrieron el martirio y la muerte, por no faltar á la ley de Dios. *La Biblia* dice, á este propósito, lo siguiente:

—«Y envió Simon á buscar los huesos de Jonatás su hermano, y los enterró en Modin, que era la ciudad de sus padres; é hizo grande llanto sobre él todo Israel, y lo lloraron por muchos dias. Y edificó Simon sobre el sepulcro de su padre y hermanos un alto edificio que se veia de léjos, de piedras labradas detrás y delante. Y levantó siete pirámides una enfrente de otra á su padre y á su madre y á sus hermanos: y alrededor hizo poner grandes columnas, y sobre las columnas armas para perpétua memoria: y junto á las armas navios entallados que viesen todos los que navegasen aquel mar. Tal es el sepulcro que hizo en Modin y que aun hoy se vé.»—(Lib. I. «*Macabcos*» cap. XII, V, 25. etc.)

Subimos á otra altura, y dos horas antes de lle-



gar á Jerusalem entramos en un pequeño valle denominado del *Teberinto*. Corre en el fondo un torrente y sobre este hay un puente de piedra. En el valle aludido, risueño como pocos de Palestina y exornado con tamarindos y sicomoros, venció David á Goliat.

Ascendemos á nuevas y difíciles cumbres; caminamos aun largo trecho, y al fin descubrimos los muros de Jerusalem.

Es un momento inesplicable. Las ideas mas estrañas se agolpan á la imaginacion; las impresiones mas profundas hieren el alma, y comprendemos exactamente estas palabras del sublime autor de los Salmos:

—«Venid, pueblos de la tierra, venid, y colocados alrededor de Sion, examinadla y registrad sus torres y murallas.»

«Jerusalem, si me olvidare de tí, si me diere á los placeres, si tocare instrumentos alegres en este destierro, séquese al punto mi diestra.»—



#### IV.

### JERUSALEN.

---

La grandiosa tristeza de Jerusalem ha inspirado magníficas páginas á los mas ilustres escritores. Esta ciudad que los orientales llaman *El Quods* (la Santa) y *El Gherif* (la Noble) es por su fama la primera del universo y existe, en consecuencia, fundamento justificativo de la predileccion que despierta.

El drama del Calvario, realizado en su recinto, señala una línea divisoria en la vida de la sociedad y ha determinado tal evolucion en los destinos de los pueblos, que aquella efeméride sangrienta dió á Jerusalem lugar eminente que no ha perdido ni puede perder, en tanto las creencias religiosas hagan latir los corazones y tengan un culto en las almas y representen un consuelo y una



esperanza en nuestro penoso tránsito por el mundo.

San Gerónimo, interpretando fielmente el sentimiento que evoca la ciudad, ha escrito estas palabras: «Sería largo recorrer todas las edades desde la Ascencion del Señor hasta el presente, para mencionar cuantos obispos, cuantos mártires y cuantos hombres elocuentes y versados en la doctrina de la Iglesia han ido á Jerusalem, por que creian tener menos religion y ciencia, si no hubiesen adorado á Jesucristo en los lugares donde el Evangelio habia empezado á brillar sobre la Cruz».

Jerusalen es capital de la Tierra Santa y ocupa las fronteras de las tribus de Benjamin y de Judá. Respecto de su fundacion, hay quien la atribuye á Melquisédech, sacerdote y rey, que dió el nombre de *Salem*, ó sea *Mansion de la paz*. Despues del reinado de aquel príncipe se apoderaron de Jerusalem los Jebuséos descendientes de Jebus, hijo de Canaan, y edificaron en el monte Sion una fortaleza denominada *Jebus*, de donde vino el nombre de Jerusalem. Josué, triunfante en la batalla de Gabaon en la que sucumbieron los reyes de Jerusalem, Lachis, Hebron, Eglon y Gerimoth, entró en la ciudad famosa. A la muerte de Josué volvieron á ocuparla los Jebuséos, conservándola hasta el reinado de David, quien la eligió por capital de su monarquia, y la embelleció con especial esmero, como

posteriormente hizo el sabio Salomon: pero muerto este príncipe y despues de la revolucion promovida por Jeroboam, fué capital del reino de Judá. En tiempo de Roboam, hijo y sucesor de Salomon, la saqueó Sesac, rey de Egipto, y se apoderó de los tesoros del Templo y de los del monarca. En la época de Joas, hijo de Ocosias, la tomaron los Ásirios. Bajo el gobierno de Amasias esperiméntó igual suerte y luego en vida de Nechao, rey de Egipto, repitióse análogo suceso. Cuatro años más tarde, Nabucodonosor rey de los Asirios, penetró en la ciudad y habiéndose esta sublevado contra el conquistador, sufrió por segunda y tercera vez el asedio de Nabucodonosor, que la arruinó, destruyó el Templo y las murallas y llevó cautivos á Babilonia los hombres de influencia y de riqueza de Judá, hasta el punto de quedar solo en la nacion los pobres para que labrasen los campos.

Ciro, vencedor de Babilonia, restituyó la libertad á los Judios y vueltos á Jerusalem, con permiso para reedificar el templo y la ciudad, la fortificaron trascurridos ochenta y dos años, al regreso de Nehemias. Antioco Epifanes, rey de Siria, se apoderó de Jerusalem el año 3831; hizo morir mas de ochenta mil habitantes y expulsó los Judios; pero Judas Macabeo la recobró aunque sin poder lanzar á los Asirios de la ciudadela, que despues de veintiseis años fué tomada por



Simon, hermano y segundo sucesor de Judas Macabeo. El año 63 antes de Jesucristo, Pompeyo se erigió dueño de Jerusalem, respetó el templo y se limitó á destruir las murallas, si bien á los veinte años fueron reedificadas, con autorizacion de Julio César.

Tito puso estrecho asedio á Jerusalem, cuando las solemnidades de la Páscoa habian reunido dentro de su recinto un extraordinario concurso de gentes de toda la Judea, y hubo de sufrir la poblacion los mas terribles horrores y cuantos azotes lleva consigo la guerra. El hambre fué tal, que la carne humana sirvió de alimento á los sitiados. Tito penetró en la ciudad y la entregó al furor de los soldados triunfadores, que la incendiaron y saquearon. La ruina alcanzó colosales proporciones y Jerusalem que por espacio de mas de mil cien años habia sido señora de Oriente y silla de la religion, quedó reducida á un tristísimo estado. En tiempo de Adriano experimentó otra nueva destruccion; luego recibió el nombre de *Ælia Capitolina*; posteriormente reedificose bajo el gobierno de Constantino; Omar la tomó en 635; la saquearon los turcos el año 1084; en la época de las Cruzadas sirvió de objetivo de una sangrienta lucha; ea 1244 volvió á caer en poder de los musulmanes; Egipto la conquistó en vida de Saladino y en la de Mehemet-Alí, hasta



que por ultimo el año 1841 pasó asi como toda la Siria, al dominio del sultan de Turquía.



El nombre de Jerusalem se toma con frecuencia en la *Biblia* como Iglesia militante:

«*Por Sion no callaré, y por Jerusalem no sosegaré hasta que salga su Justo como resplandor, y su Salvador sea encendido como antorcha.*» (Isaias, 62. I.)

Tambien se usa por Iglesia triunfante:

«*Y me llevó en espíritu á un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa de Jerusalem, que descendia del cielo de la presencia de Dios.*» (Apocalipsis 21, 10.)

David, en los Salmos dice:

«*Jerusalem está fundada sobre los montes santos: el Señor ama á Sion mas que á todos los lugares donde reside su pueblo.*»

Lope de Vega, hace de esta ciudad la siguiente descripcion en su poema «*Jerusalem conquistada:*»

«*Está sobre las diez celestes cumbres  
la gran Jerusalem, en aquel monte  
del cual las siete partes de sus lumbres  
llevó tras si Luzbel, mayor Faetonte:  
cuyas siempre gloriosas pesadumbres  
(por mas que el pensamiento se remonte)  
¿quién las podrá medir, si de su coro  
no baja el ángel con la vara de oro?*»

Tasso, en su *Jerusalén libertada*, se espresa de este modo:

«Solima está asentada sobre dos colinas opuestas y de altura desigual: una cañada las separa y divide la ciudad: esta es de acceso difícil por tres de sus lados. El cuarto se eleva de una manera dulce y casi insensible; este es el lado del norte; fosos profundos y altas murallas lo rodean y lo defienden.»

«Por dentro hay estanques donde se conserva la lluvia, canales y nacimientos de agua viva; el exterior solo ofrece una tierra árida y desnuda; ningún arroyo la riega: allí nunca se ve abrir las flores y nunca un árbol, con su espeso ramaje formó un asilo contra los rayos del sol. Solamente á mas de seis millas de distancia se eleva un bosque cuya funesta sombra esparce la tristeza y el horror.»

«Por el lado que el sol alumbra con sus primeros rayos, arrastra el Jordan sus ondas ilustres y afortunadas. Al Occidente el mar Mediterráneo ruga sobre la arena que lo detiene. Al Norte está Bethel que elevó altares al becerro de oro, y la infiel Samaria. Belen, la cuna de un Dios, está hacia el lado que entristecen las lluvias y las tormentas.»

Jerusalén ocupaba cuatro colinas ó sea *Bezetha* al norte, *Sion* al mediodía, *Acra* al oeste y *Mória* al este. *Bezetha*, inhabitada en los primeros tiem-



pos, fué posteriormente un barrio populoso, que Agrippa hizo rodear de una muralla. *Sion* estuvo, en su origen, habitada solo por los Jebuseos. *Acra*, separada de *Sion* por un valle ó cañada, se estendia hacia el oriente, llegando hasta la fuente de Silóe, y en cuanto á *Moria*, colina poco estensa, sirvió de emplazamiento al templo de Salomon.

Un triple muro encerraba la ciudad, escepto por el lado de los valles, donde habia una sola muralla, pero hoy es enteramente imposible reconocer con exactitud la direccion de gran parte de esas construcciones defensivas.

El circuito de Jerusalem ha sido varias veces medido, y segun Maundrell la línea septentrional tiene 1435 pasos; la del este 1005; la del oeste 900 y la del mediodia 1290, que componen un total de 4630 pasos.

La ciudad se divide hoy en cuatro barrios principales; el de los cristianos, el de los musulmanes, el de los judios y el de los armenios.

Las doce puertas antiguas de Jerusalem, eran las siguientes segun el P. Geramb. *Porta gregis* (puerta del Ganado), construida por el Sumo Sacerdote Eliasib. Recibia aquel nombre en atencion á ser la destinada á que entrasen los ganados que se inmolaban en el templo.

*Porta Piscium* (puerta de los Pescados). Fué edi-



ficada por los hijos de Asmaa, al volver del cautiverio de Babilonia.

*Porta Vetus* (puerta Vieja) denominada de este modo por haberla dejado en pié los caldéos, cuando destruyeron las puertas restantes. La reedificó Jojada hijo de Fasea.

*Porta Sterquilinii* (puerta del Estiercol.) En atención á que por allí se secaban las inmundicias de la ciudad.

*Porta Vallis* (puerta del Valle); la que conducia al valle de Josafat, donde arrojaban los cuerpos de los ajusticiados en el Calvario. La construyó Hanum, de regreso de Babilonia. Despues se llamó *Porta Aurea* (puerta dorada ó de oro).

*Porta Fontis* (puerta de la Fuente) por estar cerca de la fuente de Silóe. La reedificó Sallum, hijo de Choloza.

*Porta Aquarum* (puerta de las Aguas). Recibia su nombre del hecho de pasar por ella los *natineos* que conducian el agua para el servicio del Templo.

*Porta Equorum* (puerta de los caballos). Servia de paso á los caballos que eran llevados al abrevadero.

*Porta Judicii* ó *Judicialis* (puerta del Juicio). Era el sitio en que se administraba justicia. Esta puerta no tenia salida.

*Porta Ephraim* (puerta de Efraim). Por allí entraban

los individuos de aquella tribu cuando venian á Jerusalem.

*Porta Benjamin* (puerta de Benjamin.) Daba acceso hácia la tribu en Benjamin.

*Porta Anguli* (puerta del Angulo). Recibia esta denominacion porque ocupaba un lugar donde la muralla setentrional formaba ángulo con el muro occidental.

En la actualidad consta Jerusalem de cinco puertas, que son la de *Damasco*, la de *Jafa*, la de *San Esteban*, la de *Sion* ó de *David* y la de los *Mograbinos*. No lejos de la puerta de *San Estéban* se vé la *Dorada*, cuidadosamente defendida con un muro que la cierra, merced á la antigua tradicion en cuya virtud deben los cristianos un dia penetrar vencedores por aquel punto en la ciudad. Los musulmanes han dado una tregua á su fatalismo, y procuran evitar el peligro, cerrando sólidamente la histórica puerta que dió paso el Domingo de Ramos á Jesucristo, al hacer su ingreso feliz en Jerusalem.

Un muro con torres y bastiones que data de siglo XVI, ciñe el contorno de la ciudad. Ocupa ésta la cima de los montes de Judá, y vista en su conjunto ofrece un aspecto magestuoso. La parte norte descende hácia la llanura, y por los otros tres lados aparece como defendida con profundos barrancos.

Aquella es la capital famosa, el objetivo suspirado de quien consagra un culto á los grandes recuerdos; y bien se comprende, en presencia de la realidad, el afanoso empeño con que, en pos de las primeras impresiones, tratamos de recorrer sin tregua ni cansancio, las vias públicas y los monumentos, los valles y las alturas y en fin, los lugares todos que fueron mudos testigos del grandioso drama de la Redencion.



V.

MONUMENTOS Y ALREDEDORES  
DE JERUSALEN.

---

El interior de Jerusalem es sombrío; las calles son estrechas y sùcias; los edificios bajos, sin los alardes del gusto oriental y sin espresion alguna de magnificencia. Pero las memorias de antaño subsisten íntegras y ningun otro pueblo podria evocar la profunda melancolía ni el pensamiento religioso que Jerusalem.

Los judíos que habitan esta ciudad se reñen todos los viérnes al pié de una muralla de su barrio y lloran la pérdida de su gloria. Los hombres besan los muros sagrados y recitan las sublimes palabras de Jeremías. Las mugeres, vestidas de blanco, derraman lágrimas, y el dolor se traduce

en una liturgia que ha sido compuesta para tan patética manifestacion, y de la cual trascribimos un fragmento.

*El liturgo.*

Nosotros te lo suplicamos, ten piedad de Sion!

*El pueblo.*

Reune á los hijos de Jerusalem.

*El liturgo.*

Apresúrate! Apresúrate! libertador de Sion.

*El pueblo.*

Habla segun el corazon de Jerusalem.

*El liturgo.*

Ojalá que la belleza y la magestad coronen á Sion.

*El pueblo.*

Gracia para Jerusalem

*El liturgo.*

Ojalá que Sion vuelva á encontrar sus reyes.

*El pueblo.*

Consuela á los que llevan luto sobre Jerusalem.

*El liturgo.*

Ojalá que la paz y la alegría vuelvan á entrar en Jerusalen.

*El pueblo,*

Ojalá que brote la rama de Jerusalen.

El cuadro es conmovedor, y al verlo diríase que la nacion desterrada, colgando de los sauces las arpas melancólicas, repetía la quejumbrosa y magnífica elegía que empieza: *Super flumina Babiloni....*

Al hablar de Jerusalen, el primer pensamiento se refiere á la iglesia del Santo Sepulcro, así por la significacion de ese templo, como por haber sido asunto de encarnizadas luchas. Está erigido sobre el monte Gólgota y es obra de Sants Elena, madre de Constantino. Aquella emperatriz llegó á Jerusalen decidida á poner visibles los lugares evangélicos, y tan pronto como hubo encontrado el sepulcro donde fué depositado el cuerpo de Jesucristo hizo edificar en aquel suelo la iglesia mencionada; iglesia hermosa, de figura de cruz, con 96 pasos de longitud y 44 de latitud. Sus tres naves están sostenidas por dos órdenes de columnas de mármol, que ascienden á 16 y arrancan de basamentos entallados en la roca del monte. La nave central va rematada por una esbelta cúpula y en



el presbiterio, que exornan diez y ocho columnas, descansa el Santo Sepulcro.

Una vez en el templo, se encuentra la *Uncion*, ó sea el sitio donde Jesucristo fué ungido por Nicodemo y José de Arimatéa; y subiendo á la derecha diez y ocho escalones abiertos en la roca, se llega á una superficie de 46 piés cuadrados, dividida en dos capillas que separa un arco. La primera es el lugar donde, tendida la cruz, clavaron al Redentor sobre el madero; y la segunda está en el sitio que sostuvo el glorioso leño las tres horas que Jesucristo permaneció en el suplicio.

Aquel paraje tiene una plancha de plata que deja al descubierto el agujero, y en la superficie se leen estas palabras: *Hic Deus, Rex Noster, ante sæcula operatus est salutem in medio terræ.*

La hendidura del monte sigue por las entrañas de este, más acentuada que en la superficie y de tal modo, que está en marcada oposicion con las leyes de la naturaleza. Los incrédulos se ven confundidos ante la evidencia del hecho, frecuente objeto de estudio por ilustres naturalistas, que no se esplican en virtud de qué estraña razon aparece la roca hendida por entero, en sentido opuesto al de sus venas. El autor de la obra «*Cristo ante el siglo*», dice, á este propósito: «*Hoy, todavía, la geología es impotente para explicarse el caracter singular de aquella fractura*».

A la izquierda de la capilla de la Crucifixion, fuera del templo, hay un oratorio dedicado á la Virgen. Bajo la roca del Gólgota están la capilla de Santa Elena y la de la Invencion de la Santa Cruz; y entre el Calvario y el sitio en que la misma Cruz fué encontrada, vese la capilla de Adan. Completan los santuarios de la iglesia del Santo Sepulcro la capilla de los Improperios, la de la Division de los vestidos, la de la Cárcel, la de la Magdalena, la de los Padres de Tierra Santa y la del Santo Sepulcro.

Jerusalen cuenta otros santuarios, y son; el de la Natividad de la Virgen, la Piscina Probática, el templo de la Presentacion y la iglesia de Santiago Apostol.

La *Puerta Dorada*, que hemos nombrado antes, dá al recinto de la mezquita de Omar, obra del año 1064.

Cerca de la antigua casa de Pilato, convertida hoy en palacio del Pachá, subsisten la ventana del *Ecce Homo* y la *Via dolorosa*; y subiendo al monte Sion nos encontramos en la parte de Jerusalen que la Escritura designa con los nombres de *Civitas*, *arx David*, *Mons excelsus*, y que Josefo llama *la ciudad superior*, *la parte sagrada*. Segun nos dirigimos á este sitio á partir de la puerta de Jafa, pasamos frente á la torre de David ó de los Pisanos, desde



donde aquel rey vió á Betsabé, al decir de algunos autores.

En el monte Sion están la casa de Caifás, la del pontífice Anás, la de Simon el Fariséo y la del mal rico, el Cenáculo, la gruta de la Inmaculada y el lugar en que sufrió el martirio Santiago el Mayor.



Los alrededores de Jerusalem ofrecen interesantes escursiones, pues con fundamento ha dicho un escritor contemporáneo: *«cada piedra proclama la eterna maldición de Dios; y es que cada piedra ha bebido la sangre de un santo ó de un profeta»*.

Como nuestro ánimo no es en manera alguna describir en su pormenores los distintos puntos notables, nos limitaremos á consignar una mención.

El valle del Cedron, tambien llamado de Josafat, de los Montes, Valle de Melquisedech y Valle Real, se dilata desde el monte Moria al monte de los Olivos, en un pequeño espacio. Parece ser el lugar donde Dios hizo perecer en una noche el ejército de Senaquerib, á cuya derrota debió Jerusalem la libertad. Acerca del valle de Josafat, ha dicho el profeta Joel:

«Juntaré todas las gentes, y las llevaré al valle de Josafat: y allí disputaré con ellas en favor de Israel mi pueblo, y de mi heredad, que pusieron dispersa entre las naciones, y repartieron mi tierra».



En el valle hay un sepulcro que lleva el nombre de Josafát; pero este monarca de Jerusalen, segun consigna el libro tercero de los Reyes, fué sepultado en la ciudad de David. Otras muchas sepulturas subsisten en aquel suelo, más débese á la circunstancia de tener allí los hebréos su cementerio.

Los ídolos de Moloch y Belphegor recibieron culto en este desolado paraje, aun más triste por las piedras funerarias que diseminadas á entrambos lados, inspiran pensamientos de muerte.

Al sur del valle de Josafát encontramos el de Silóe, á cuya fuente dá acceso una escalera de unos veinte peldaños. Las aguas de la fuente, como dijo con esactitud el profeta Isaías, *corren mansamente (vadunt cum silentio)*. En lo antiguo iban sus aguas á Jerusalen por medio de un acueducto, y en la propia época alimentaban una piscina, que se cree fuera la misma de *Beth-Seda ó Bethsaida*.

Parece que la fuente de Silóe es la de Rogel, de la que Josué habla en esta forma: *Y llegan hasta la fuente de Rogel*.

Milton, en su poema «*El Paraiso perdido*», escribe lo siguiente:

«O, si más de Sion la alta colina  
te deleita, ó la fuente peregrina  
de Silóe, cuyo curso arrebatado  
de su divino templo al pié fluyendo....»

Desde la fuente de Silóe se descubre el pequeño campo denominado *Haceldama* (campo de sangre) precio de la traicion de Judas al vender á Jesucristo por un puñado de monedas.

Próxima al monte Sion está la fuente de María, á la que iba la Virgen durante su permanencia en el Templo, segun refiere la tradicion. Mas adelante, en el mismo valle, se ve el huerto de *Gethsemani*, donde subsisten ocho olivos que presenciaron la agonía del Salvador, en los momentos de su oracion divina. Un muro circunda aquellos vegetales, que sin tal precaucion serían objeto de continuas mutilaciones por los peregrinos. Facilita el ingreso al huerto una pequeña puerta, y al final del sendero que conduce á la misma, se exhibe una piedra, que señala el paraje en que Judas llegó al Redentor y le dió el beso infame.

El sepulcro de la Virgen, inmediato al jardin de Gethsemani, es una iglesia subterránea.

Terminada la visita al templo subimos al monte de las olivas, que se divide en tres porciones; montaña de los Escándalos, montaña de la Ascencion, y montaña de los Galiléos, y contemplamos, cerca de la cumbre, una mezquita edificada en el mismo lugar donde Santa Elena hizo erigir una iglesia dedicada á la Ascencion de Jesucristo. Un viajero contemporáneo, dice respecto al paraje en que Jesucristo se elevó al cielo:



«Se distingue perfectamente sobre una roca, en medio del templo, la huella del pié izquierdo de un hombre. La Santa Virgen y ciento veinte discípulos, fueron testigos de aquel nuevo y último prodigio».

Con la escursion á Betania termina el rápido exámen que hemos consagrado á los alrededores de Jerusalem.

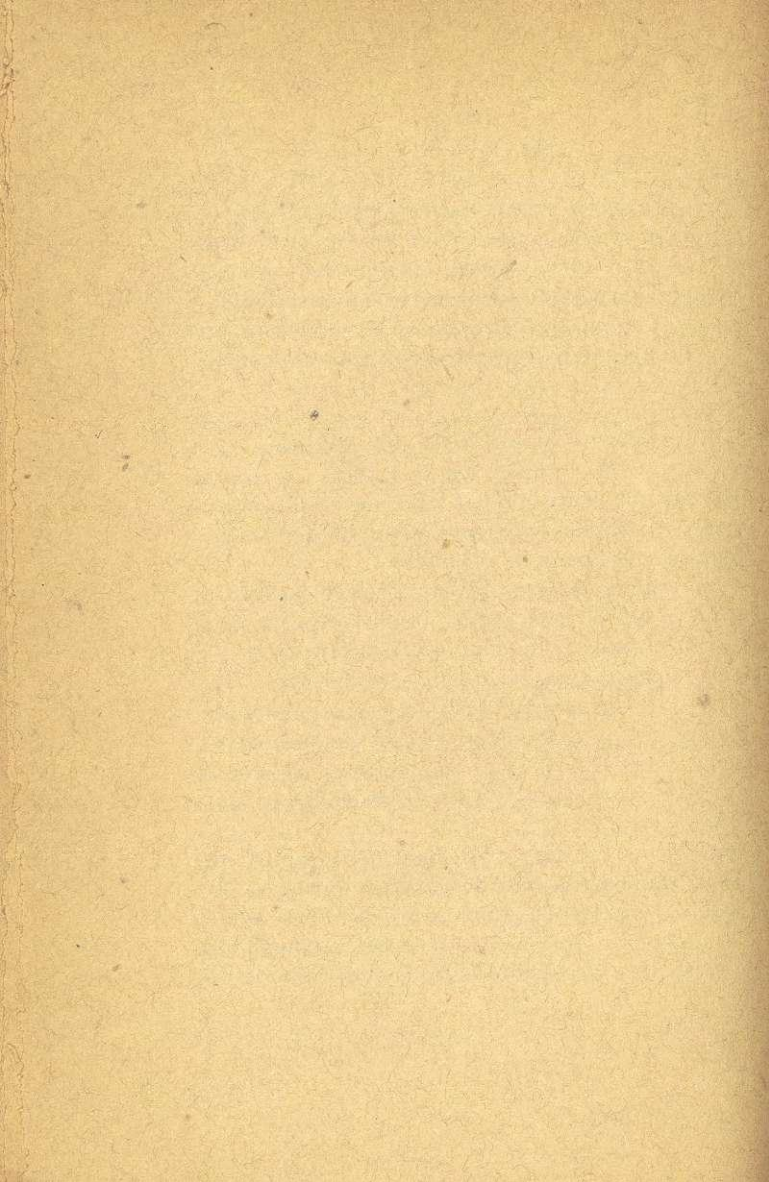
Betania, que quiere decir *casa de afliccion*, encierra gratos recuerdos de la vida de Jesús. Allí tuvo efecto la resurreccion de Lázaro y este prodigio fué suficiente motivo para que desde los primeros tiempos del Cristianismo, se consagrara á la modesta aldea piadosa veneracion.

Regresamos á Jerusalem por Betfage (*casa de cólera*) á la que envió Jesucristo sus discípulos para que le trajesen la humilde cabalgadura en la que debía hacer su entrada en la ciudad deicida.

Cerca de Jerusalem, fuera de la puerta de Damasco, se ven los sepulcros de los Jueces y de los Reyes, así como la gruta de Jeremías, donde el cantor de las tristezas compuso las sublimes «Lamentaciones».

Es decir, que los alrededores de la capital de Tierra Santa están embellecidos con memorias admirables de profunda grandeza y de sombría amargura, como si formasen el coro que acompaña en su existencia decadente al pueblo más grande del mundo.





## VI.

### BELEN.

---

Bajo la influencia de las mas gratas memorias realiza el viajero la excursion á Belen, modesta localidad, cuyo nombre resuena como una dulce esperanza para el cristiano, merced á la sublime significacion de su pasado, que sirve para inmortalizar la pátria de Jesucristo.

Salimos por la puerta de Jafa y penetramos de seguida en el profundo valle de BoráGINE, donde estuvo un gran estanque, llamado piscina de Bersabé, que lo hizo construir Salomon en recuerdo de su madre. Al extremo del valle y una vez dominada la cumbre, cruzamos la llanura de Rafain, mencionada en el libro segundo de los *Reyes*, porque reunidos en aquel campo dos veces los Filisteos, retaron á un combate á David. El monarca,

antes de contestar á la provocacion, aconsejóse del Señor, y acerca de este suceso dice el libro citado:

«Oyeron, pues, los Filisteos como habian ungido á David por rey sobre Israel: y subieron todos en busca de David: lo cual oido por David, se retiró á un lugar fuerte. Mas los Filisteos llegaron, y se estendieron por el valle de Rafain, Y consultó David al Señor, diciendo: ¿Si iré contra los Filisteos? Y si los pondrás en mi mano? Y respondió el Señor á David: Sube, que entregaré y pondré los Filisteos en tu mano. Vino, pues, David á Baal Farain, y los desbarató allí, y dijo: Dividió el Señor á mis enemigos delante de mí, como se dividen las aguas. Por eso fué llamado aquel lugar Baal Farain.»

A la derecha del camino que conduce á Belen, descúbrese un pueblo designado por la tradicion como pátria del anciano Simeon, á quien habia prometido el Señor que al término de la existencia gozaria el consuelo de ver al Mesías. Mas adelante, queda, tambien sobre la derecha, Rama, que fué cuna de considerable número de víctimas sacrificadas por Herodes.

El guía muestra al viajero el lugar en que estuvo un hermoso terebinto que prestaba sombra á la sagrada familia, cuando en sus escursiones desde Belen á Jerusalem reposaba al amparo del frondoso vegetal.



Otra de las curiosidades de la ruta es una roca que tiene la impresion de una persona en actitud de dormir; y dice la tradicion que tan singular huella la dejó grabada el profeta Elías al ser despertado por el ángel para que tomase alimento. Hé aquí lo que refiere sobre el particular el libro tercero de los *Reyes*:

«Y envió Jezabel un mensajero á Elías, diciendo: Esto y aun mas, hagan coumigo los dioses, si mañana á esta hora no hiciere de tu vida, como tú hiciste de la de cada uno de ellos. Temió, pues, Elías, y levantándose echó á andar por donde su voluntad le llevaba; y llegó á Bersabee de Judá, y dejó allí á su criado. Y continuó hasta el desierto un dia de camino. Y habiendo venido, y sentádose debajo de un enebro, pidió para sí la muerte, y dijo: Bástame, Señor, lleva esta mi alma: pues no soy yo mejor que mis padres. Y echóse, y se quedó dormido á la sombra del enebro: y hé aquí que un ángel del Señor le tocó y le dijo: levántate y come.»

Mas adelante vemos el sitio en que hubo una torre dedicada al patriarca Jacob, en memoria de haber plantado allí sus reales, cuando rico de descendencia y con numerosos ganados regresó de Mesopotamia; y no léjos de la torre está el sepulcro de Raquel, muger muy amada del mismo patriarca.

A corta distancia de Belen habia una cisterna y hablando de ella, exclamó David: «Oh! si alguno me diese de beber del agua de aquella cisterna que está en Belen cerca de la puerta!»



La Sagrada Escritura designa dos poblaciones con el nombre de Belen; la una situada en los montes de Galiléa, perteneciente á la tribu de Zabulon, y la otra, ó sea Belen de Judá, distante de Jerusalem seis millas. A esta segunda vamos á referirnos, por ser la que tiene verdadera importancia. El patriarca Abraham la llamó Beth-Lechem, es decir, *casa de pan*; fué tambien conocida por Ephrata (fecunda) y por *ciudad de David*, puesto que en ella nació aquel gran rey.

Belen ha sido pátria de Abissan, séptimo juez de Israel; de Obed, de Jessé, de Booz y de San Matías. Está la ciudad situada en una colina y forma un pintoresco anfiteatro, en cuyo primer término se estienden los campos á manera de terrazas, enriquecidos con diferentes frutales y hermosas viñas. El paisaje es en extremo agradable y tiene por fondo las montañas de Moab, de Hebron y del Mar Muerto. El carácter general de la comarca se impone de una manera inesplicable, y



hace pensar en la suave poesía de la salutación angélica, y en la aparición de que fué testigo en noche feliz la silenciosa llanura.

Los naturales de Belen gozan, entre los habitantes de Palestina, fama de inteligentes y activos; aman la instruccion y revelan en sus costumbres las aspiraciones de los pueblos que estiman la civilizacion como un beneficio y un elemento de prosperidad.

La cueva donde nació Jesús encuéntrase en un monte entre el Oriente y el Mediodía de la ciudad. Sobre aquel sitio se detuvo la estrella que vieron los Reyes Magos, y allí los tres monarcas adoraron al Niño Dios. Los apóstoles dieron á couocer á los primitivos cristianos el mérito de la santa caverna, y estos la consagraron al Señor. Acerca de este asunto, dice San Jerónimo:

«Desde el tiempo de Adriano hasta el imperio de Constantino, durante el espacio de unos 180 años, los paganos han adorado un simulacro de Júpiter en el sitio de la resurreccion, y una estatua de Vénus, de mármol, sobre la roca donde estaba la Cruz; porque los autores de la persecucion han creido arrebatarnos la fé misina de la resurreccion y de la Cruz, hollando con sus ídolos los lugares santos. Belen, el mas angusto lugar que conociamos en el universo, del que el salmista ha dicho: *la verdad ha salido de la tierra*, estaba sombreado por



un bosque dedicado á Adonis; y en la gruta donde se escucharon en otro tiempo los gritos del Niño Jesús, lamentábase la muerte del amante de Vénus.»

El culto idólatra desapareció de Belen tan luego como la emperatriz Santa Elena, al llegar á Palestina, hizo derribar el ara de Adonis, y purificar la gruta erigiendo sobre ella un hermoso templo.

En la sagrada cueva hay tres santuarios y son: el sitio en que se verificó el alumbramiento de la Virgen; el lugar en que estaba el pesebre donde fué reclinado Jesús y el paraje de la adoracion por los Reyes Magos. Existen además en Belen otros santuarios subterráneos, á saber; la capilla de los Santos Inocentes, la de San José, el sepulcro de San Eusebio abad, el de Santa Paula y San Eustaquio, el sepulcro en que reposaron los restos de San Jerónimo y el lugar denominado la Escuela del Santo Doctor.

La *Ciudad de David* tiene en sus alrededores diversos puntos dignos de ser visitados, y vamos, en consecuencia, á dar una breve idea de los que merecen tal predileccion.

La iglesia llamada de la leche de la Virgen, la aldea donde residian los pastores á quienes el ángel anunció el nacimiento de Jesús; el ámplio valle donde tuvo efecto la historia de Rut y Noemi; valle denominado de *Gloria in excelsis*, porque la noche

del nacimiento del Redentor cantaron los ángeles en aquel sitio las hermosas palabras *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

A dos leguas de Belen están los montes de Engadi, ásperos y desiertos, en los que anduvo fugitivo el rey David, cuando Saul lo perseguía.

El monte de los Francos dista una legua de Belen, y á juicio de muchos escritores, es el emplazamiento de un célebre castillo que mandó construir Herodes el Grande. Desde el monte se pasa á Técuá, pátria del profeta Amós y pone fin á las escursiones hechas á los alrededores de Belen, la visita al Laberinto subterráneo, en el que al resplandor de las antorchas recorreremos las extensas galerías por espacio de dos horas, hasta que despues de admirar aquel dédalo escondido en las entrañas de la tierra, salimos á la superficie y nos regocijamos en la contemplacion de la luz espléndida que inunda los campos de Palestina.





## VII.

### HEBRON Y SAN JUAN DE LA MONTAÑA.

---

La ciudad de Hebron es una de las mas antiguas del mundo y se dice que fué edificada siete años antes que Menfis. Llamóse primero *Cariath-Arbé* (ciudad de Arbé), por haber sido su fundador un gigante de aquel nombre; en cambio, se ignora cuando tomó el de Hebron, si bien algunos suponen que lo recibiría de uno de los hijos de Caleb, al ser cedida á este; pero el *Génesis* la denomina *Hebrai*.

El libro de Josué consigna que se le asignó á los sacerdotes, declarándola poblacion de refugio. David, una vez elegido rey se retiró á Hebron, muerto Saul, y permaneció allí siete años. La rebeldía de Absalon contra su padre tuvo comienzo en la pro-

pia localidad, considerada como residencia de Zacarías y de Santa Isabel, y cuna de San Juan Bautista.

En Hebron fueron recogidos los restos de Adan, Abraham, Isaac y Jacob. La emperatriz Santa Elena hizo construir un templo sobre el lugar donde yacian las sepulturas, y hoy la obra de aquella piadosa muger ha sido trasformada en mezquita.

Aly-Bey, que despues de derrotar las tropas turcas se apoderó de Jafa, ha dejado interesantes documentos acerca de los sepulcros de los patriarcas.

—«Los sepulcros de Abraham y de su familia (dice Aly-Bey) están en un templo que era en otro tiempo iglesia griega. Para llegar allí se sube una ancha y hermosa escalera que conduce á una estensa galería, de donde se entra á un pequeño patio: hácia la izquierda hay un pórtico apoyado sobre pilares cuadrados. El vestíbulo del templo tiene dos habitaciones, la una á la derecha, que contiene el sepulcro de Abraham, y la otra á la izquierda que encierra el de Sara. En el cuerpo de la iglesia, que es gótica, entre dos gruesos pilares, á la derecha, se descubre una casita aislada, en la cual está el sepulcro de Isaac, y en otra casita semejante, sobre la izquierda, el de su muger. Esta iglesia, trasformada en mezquita, tiene su *mehereb*, la tribuna para la predicacion del viérnes y otra



tribuna para los *muddens* ó cantores. Al otro lado del patio hay otro vestíbulo, que tiene igualmente una habitacion ó cada lado. En la de la izquierda está el sepulcro de Jacob y en la de la derecha el de su muger.

Al estremo del pórtico del templo, sobre la derecha, una puerta conduce á una especie de larga galeria que tambien sirve de mezquita: de allí se pasa á otra habitacion donde se encuentra el sepulcro de José, muerto en Egipto, y cuya ceniza fué traída por el pueblo de Israel. Todos los sepulcros de los patriarcas están cubiertos de ricos tapices de seda verde, magnificamente bordados en oro: los de sus mugeres son rojos, igualmente bordados.»—

El año 1882 una comision visitó de órden del Sultan el interior del paraje donde se hallan las sepulturas, á fin de ver si era necesario hacer algunas reparaciones. Todo se encontró en el mejor estado, escepto las alfombras de seda que cubren los sarcófages y se dispuso, en consecuencia, reemplazarlas por otras preciosas, regalo del mismo Sultan.

Hebron, á juzgar por sus antecedentes, ha representado un papel de importancia en la historia de la vida patriarcal. Al recibir Abrahan á los ángeles, estaba en Mamré, *que es Hebron*, como dice el «Génesis».

«Jacob vino á Isaac, su padre, en la llanura de Mamré



ó *Kariath Arbé que es Hebron*; añade el mismo libro; y de aquella ciudad partió José para adquirir noticias de sus hermanos, que apacentaban sus rebaños en Sichen.

El camino que de Belen conduce á Hebron tiene unasseis leguas. Recorrida la primera; encuéntrase el Huerto Cerrado (*Hortus conclusus*) de que habla la «*Biblia*» y que Salomon comparaba con su amada. Era un vivero de donde se sacaban los árboles para las posesiones del rey sábio, y allí tambien aparecía la Fuente sellada (*Fons signatus*) á la que se refiere el «*Cántico de los cánticos*»; fuente cuyas abundantes aguas despues de regar los deliciosos jardines, iban á Jerusalem por medio de un acueducto subterráneo.

Toda esta comarca se distinguía por la hermosura de su suelo, la poderosa vegetacion y los umbrosos bosques que ocultaban á la vista las ciudades filistéas de Laclús, Eglon, Beitsaur y Hahloul.

No lejos de Hebron hay un pueblo donde, segun la tradicion, pasó la noche la Sagrada Familia, cuandotemiendo la crueldad de Herodes huía para Egipto; y á poca distancia está el risueño valle de Mambré, plantado de olivos y opulentas viñas, que embellecen las colinas, vistiéndolas de suaves matices. Hácia el extremo del valle se encuentra el sitio en que estaba el árbol á cuya sombra levantó

Abrahan sus tiendas al separarse de su sobrino Lot.

Hebron es una de las ciudades santas del Talmud, y actualmente la llaman los musulmanes *Khaliler Rahman* (ciudad del amado de Dios) ó sea de Abrahan. Ocupa las cumbres de cuatro montecillos, y esta configuracion presta al conjunto un singular aspecto; parece que se trata de cuatro pueblos y no de uno solo.

Los bazares de Hebron son buenos y la industria tiene representacion en la localidad, gracias á la existencia de fábricas de vidrio, que surten de anillos, brazaletes y otros artículos diversos los mercados de Levante.



San Juan de la Montaña es una poblacion que dista de Belen unas dos horas de camino. Se oculta en una hondonada, pero de tal manera, que solo es visible cuando nos separa escasísimo trecho de la patria del Precursor.

En la pequeña localidad vivía Santa Isabel y en su domicilio resonó el *Magnificat*, aquella sublime salutación de la Virgen María.

Sobre las ruinas de la casa de Zacarías, donde



se verificó la entrevista de la Virgen con su prima erigieron los cristianos un monasterio de religiosas denominado de la Visitacion. Algunos restos denuncian la existencia de la obra y en el centro de esta hay un santuario que es asunto de especial veneracion.

En el sitio que ocupaba la casa de Santa Isabel edificaron los religiosos españoles de San Francisco una iglesia y un convento; y aquella exhibe bajo la mesa del altar mayor un mosaico de mármol, con esta inscripcion: «*Hic Precursor Domini natus est.*» (Aquí nació el Precursor del Señor).

La poblacion que tales recuerdos conserva, es al presente, pobre y miserable.

A una regular distancia de la pequeña ciudad se encuentran el desierto y la cueva donde vivió San Juau Bautista, y poco antes, el sepulcro en que estuvieron los restos de Zacarías y de Santa Isabel su esposa. Mas adelante, el valle del *Terebinto* y los montes pue servían de asiento al castillo de Modin, pátria de los Macabeos, traen á la memoria el nombre de aquellos héroes, que inmortalizaron su vida al entregarla en holocausto de la fe y del sentimiento religioso.



## VIII.

### EL JORDAN Y EL MAR MUERTO.

---

El trayecto que media entre Jerusalem y el Mar Muerto debe considerarse como el tipo de los caminos de Palestina. Si prescindimos de tal cual pradera que al principio suaviza con el verde matiz de la vegetacion la aridez de las rocas, solo encontramos una vía terrible, que se abre paso á través de sombrías montañas, heraldos de la naturaleza atormentada del valle donde en época remota florecieron las ciudades de Pentápolis, reducidas luego á la nada.

Salimos por la puerta de San Estéban; descendemos al valle de Josafát; pasamos el puente construido sobre el torrente de Cedron y avanzamos en la ruta que conduce á Betania por el desfiladero meridional del monte Olivete.

Vemos la fuente llamada de los Apóstoles y mas adelante el emplazamiento de la que fué ciudad de Adomin.

El monte de la Cuarentena surge despues, una legua antes de Jericó. Su aspecto es imponente; su altura considerable y su acceso dificultoso; pero tiene, en cambio, el recuerdo de los cuarenta dias que permaneció Jesucristo ayunando en aquella melancólica aspereza.

A poca distancia, corre, en la base de un montecillo menos agreste que la montaña de la Cuarentena, la fuente llamada de Eliséo. Es un raudal límpido y abundante, que ha formado una pequeña zona de variada vegetacion; y allí, entre los bosquecillos de perfumadas flores y los grupos de encinas, vuelan gozosas las perdices y saltan sobre un tapiz de verdura, las ágiles gacelas. El líquido que en época remota arrastraba aquel manantial era malsano y llevaba consigo la muerte; pero el profeta Eliséo tuvo compasion de los habitantes de Jericó, á quienes el daño afectaba inmediatamente, y obró el prodigio que dió nombre á la fuente y que el libro cuarto de los «Reys» explica en esta forma:

«Dijeron tambien á Eliséo los varones de la ciudad: he aquí que la morada de esta ciudad es muy buena, como tú, señor, bien conoces: mas las aguas son muy malas, y la tierra estéril. Y él dijo: traedme una vasija nueva, y echad sal en ella: y habiéndolo-



sela traído fué al manantial de las aguas, y echó la sal en ella, y dijo: Esto dice el Señor: sana estas aguas, y en adelante jamás habrá en ellas muerte ni esterilidad. Quedaron, pues, saludables las aguas hasta este día segun la palabra de Eliséo».

La ciudad de Jericó estaba rodeada de magníficos jardines y situada en una llanura de extraordinaria fertilidad. Su nombre significa *luna*; se le dió el título de *ciudad de las palmas* y á ella se debe el proverbio *Plantatio rosæ in Jericho*. Fué la primera poblacion de Canaan que combatieron los Israelitas luego que pasaron el Jordan y contra ella fulminó Josué triunfante este anatema:—«Maldito delante del Señor el varon que levantara y reedificare la ciudad de Jericó: muera su primogénito cuando eche sus cimientos, y perezca el postrero de sus hijos cuando ponga las puertas».

Esta increpacion tuvo cumplimiento en Hiel de Bethel, segun la Sagrada Escritura, que dice así en el libro de Josué: «En su tiempo edificó Hiel de Bethel á Jericó: echó los cimientos en Abiras, su primogénito, y en Segub, el último de sus hijos, puso sus puertas, conforme á la palabra del Señor que habia hablado por medio de Josué, hijo de Nun».

Jericó tenia en otro tiempo ciento cincuenta estadíos de circunferencia, teatros, circos, palacios y alcanzó, en fin, un grado de considerable magnifi-



cencia. Jonatás, vencedor de Bécquides, fortificó la ciudadela; los últimos reyes de Judá hermosearon aquella con suntuosos edificios; Herodes Ascalonita erigió allí un palacio, pero cuando Tito Vespasiano se apoderó de Jerusalem destruyó á Jericó; y aunque mas tarde fué reedificada por Adriano, experimentó en lo sucesivo diferentes vicisitudes, á cuya penosa influencia perdió todos los vestigios de grandeza, hasta el punto de constituir hoy una humilde aldéa con el nombre de Riha, tal vez en memoria de Rahab, la mujer que albergó en su casa los espías enviados por Josué.

La decadencia de la ciudad no alcanzó á sus deliciosos campos, y bien lo denuncia la fertilidad del valle, que riegan un rio y tres manantiales, elementos suficientes para que á su favor produzca el suelo viñas, limoneros, cereales, olivos, cerezos y otros ejemplares del reino vegetal, que llaman la atencion por su belleza y magnitud.

De Gálgala solo queda el recuerdo, pues ni aun existe posibilidad para reconocer el sitio que ha ocupado. Allí establecieron los Israelitas el primer campamento despues que pasaron el Jordan, y luego colocó Josué por órden del Señor el altar con las doce piedras. Allí celebraron los hebreos la primera Páscoa, y habiendo cesado de llover, comieron los frutos de la tierra de Canaan. En Gálgala el profeta Samuel declaró rey á Saul y al mis-

mo punto acudió todo Judá para recibir á David que volvía vencedor de su hijo rebelde.

\* \* \*

El Jordan es, como decia Plinio el Naturalista, un *precioso rio, límpido y bastante ancho para el valle que riega*. Los árabes lo denominan Nahr-el-Seheriat (Rio del Juicio) y la mayoría de los escritores convienen que nace en el Anti-Líbano, de las dos fuentes *Jor y Dan*.

La Sagrada Escritura hace frecuente mencion del Jordan y refiere que al pasarlo el pueblo israelita retrocedieron las aguas hácia su nacimiento, dejando en seco el cáuce; prodigio análogo al advertido cuando Eliséo y Elías cruzaron el mismo raudal.

Las poéticas márgenes de este rio han sido teatro de las guerras de los Hebreos con los Moabitas, los Madianitas y otros pueblos, y por último, en el Jordan recibió Jesucristo el bautismo de manos de Juan, el santo Precursor,

El rio camina con rapidez y en sus orillas se desarrolla una rica vegetacion que presta realce y variedad al paisaje, animado con el alegre canto de multitud de pájaros, moradores de los bosquesillos próximos á las históricas aguas.



La naturaleza cambia de aspecto, á medida que nos acercamos al Mar Muerto. Las perspectivas plácidas del Jordan ceden el puesto á un cuadro de solemne grandeza, que parece como necesario prólogo del severo parage hácia donde vamos. Las montañas son blancas y sus cumbres forman singular contraste con los matices de las flores que embellecen los valles.

El Mar Muerto, así llamado por ser mal sano para las plantas, es conocido en el «*Génesis*» con el nombre de *Mar Salado*, y en el «*Deuteronomio*» con el de *Mar del Desierto*. El profeta Joel le dice *Mar oriental* y los griegos lo denominan *Asfáltico*, aludiendo al asfalto que contiene. Florecieron en sus riberas las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama y Seboin, pero reducidas á cenizas por castigo á los crímenes de sus habitantes, ningun vestigio queda de aquellos pueblos.

El agua del Mar Muerto presenta la particularidad de que por cada cien porciones de líquido hay cuarenta y dos de sal. Las observaciones hechas con reactivos demuestran que contiene ácido sulfúrico y ácido marino y que tiene en disolución muriato de cal, de magnesia, de sosa y sulfato de cal.

El Mar Muerto es un apacible lago; sus pesadas aguas ondulan de un modo imperceptible y las olas al caer sobre la arena de la playa no producen



ruido. En cambio, la magnífica superficie del lago brinda, como compensación á las apariencias de triste quietismo, la luz y el color, componentes ambos que modifican la impresion estraña producida por aquel mar en el ánimo del viajero.

La expedicion termina con una visita al monasterio de San Sabas, distante unas dos horas de Jerusalem. El edificio, que está habitado por griegos cismáticos de la regla de San Basilio, es una fortaleza inespugnable, erigida en una altura, cuya base baña el torrente de Cedron.

El aspecto de esta soledad horrible impresiona de un modo profundo. Las miradas no encuentran un objetivo gracioso donde reposar. La roca viva impera en el desierto callado, que fué en siglos anteriores la morada de miles anacoretas.

San Sabas dió su nombre al convento porque residió aquí, acompañado de San Eutimio su maestro, y de San Domiciano su compañero; y en el propio retiro habitaron San Eusebio, el Crisóstomo, el Damasceno y San Cirilo de Alejandría.





## IX.

### NAZARET Y SUS CERCANÍAS.

---

La expedición á Nazaret es la promesa de una de las mas gratas impresiones, por que allí alborearon las esperanzas de redencion de la humanidad.

Tres dias y medio se invierten en el viaje, á partir de Jerusalem; pero cada una de las jornadas tiene sobrados atractivos así por los recuerdos de los lugares escriturales que visitamos, como por la variedad y belleza de diferentes puntos; de modo que la fatiga encuentra cumplida compensacion.

Vemos el sitio donde estuvo erigida la ciudad de Rama, que perteneciò á la tribu de Benjamin y fué pátria de Saul; y una legua más adelante el emplazamiento de Machmas, célebre por que en sus

alrededores libraron una batalla los hebréos y los filistéos.

Las alturas de Machmas permiten descubrir un extenso panorama, del que forma parte el monte Betel, en el que se detuvo Jacob al dirigirse á Mesopotamia y habiéndose quedado dormido vió la escala de que habla el «Génesis» en los términos siguientes:

«Y vió en sueños una escala cuyo pié estaba sobre la tierra, y su remate tocaba en el cielo: y también ángeles de Dios que subían y bajaban por ella, y el Señor apoyado sobre la escala, que le decía: Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, la daré á tí, y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra: serás dilatado al occidente, y al oriente, y al septentrion y al mediodía. Y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra».

Débora la profetisa fué enterrada en Betel; á esta ciudad subía todos los años Samuel para administrar justicia y en el mismo paraje colocó Jeroboan un becerro de oro, esperando que el pueblo imitase su conducta y se sublevase contra la casa de David.

Desde Machmas se descubre el sitio en que estuvo la ciudad de Gabaon, citada en la historia de Josué.



A cuatro leguas Machmas encontramos la montaña de Silo, ciudad donde permaneció largos años el Arca de la Alianza. Los restos de la población han desaparecido; pero el emplazamiento es el que señala el libro de los Jueces. Conforme se baja de la altura por la vertiente setentrional hay una fuente; luego un valle y después una cumbre que sirve de ingreso á los campos en que apacentaban sus rebaños los hermanos de José, hijos de Jacob.

El pozo de la Samaritana está en aquel campo y un poco más lejos el lugar del sepulcro de José. La comarca es deliciosa; los olivos ciñen las colinas; sucédense los valles y las quebraduras y se percibe en el cultivo de la tierra mayor esmero del observado en otros puntos de Palestina.

La ciudad de Siquen aparece en el camino que señalamos. Data de antigua época y á juicio de muchos escritores, ocupa distinta posición topográfica de la que ocupaba en un principio. Ahora se dilata por la pendiente de un valle abierto entre los montes Selmon y Garizím; es capital de Samaria y figura en la «Biblia» como centro donde se realizaron diferentes sucesos, cuales son la llegada de Abraham con su muger Sara y Lot su sobrino; el hecho de erigir Abraham un altar á Dios en el sitio en que se le había aparecido el Señor; la venida de Jacob de regreso de Mesopotamia; el rapto de Dina, hija del patriarca; el congregar Josué, al fin de su vida,



todas las tribus de Israel para exortarlas á guardar los mandamientos y la ley; la infamia de Abimelec, que dió muerte á sesenta hermanos, hijos de Jero-baal, por la ambicion de ocupar el trono, y en fin, la entrada de Roboam, hijo de Salomon, para ser á la muerte de su padre, proclamado rey, por los Israelitas congregados en Siquen.

La situacion de esta ciudad es encantadora. La llanura forma una série de frescos jardines, y las aguas corrientes, los campos de trigo y los bosques de moreras, naranjos y olivos recrean la vista y realzan la natural belleza del apacible paisaje.

Un acueducto que rompe con la rigidéz de sus líneas la gracia de la próvida vegetacion, anuncia la proximidad de Samaria, ciudad famosa en lo antiguo, fundada sobre un monte por Amri, monarca de Israel. Aquella capital fué reedificada en tiempo de Herodes, que la llamó Sebaste (*Augusta*) en honor de Augusto y hoy tiene el modesto carácter de una aldea y como recuerdo de más felices dias algunos fragmentos de columnas y los restos de una basílica edificada por los Cruzados.

De Sebaste seguimos á Sinin ó Ginin, pueblo insignificante, colocado en la falda de un monte y rodeado de nopales, palmeras y jardines. Era en los tiempos bíblicos una ciudad de importancia, y en sus alrededores murieron Saul y Jonathan.

A partir de la poblacion comienza á desarrollarse

la gran llanura de Esdrelon, limitada al norte por las montañas de Galilea, y en cuyo fértil suelo se han librado rudos combates, que hicieron correr la sangre de los filistéos, cananéos, asirios, judíos, egipcios, Cruzados, turcos, árabes y drusos.

El monte Gélboe y el monte Hermon cierran el valle de Jezrael, donde Saul fué derrotado por los filistéos. Siguen otras alturas; entramos en la ciudad de Nain, mencionada en el Evangelio; vemos el torrente Cison, que corre entre los montes Endor y Tabor y es notable por el triunfo de Barac sobre las tropas de Sisara, y dejando á la derecha el Tabor, llegamos, vencida la cumbre del cerro que le sirve de base, á la ciudad de Nazaret.



Rica de recuerdos que le embellecen exhibe la pequeña ciudad de Nazaret sus construcciones en anfiteatro y al abrigo de agradables colinas que parecen ocultarla de la vista de los hombres. Numerosos olivos la circundan y sobre el fondo verde oscuros de aquellos árboles, emblema de la paz, destacan las casas, blancas y deslumbrantes, coronadas de terrados y dominadas por el convento latino y la mezquita.

Perteneció Nazaret á la tribu de Zabulon; y su



nombre, que significa *Florida* ó *Santidad*, ha tenido justificación exacta en el trascurso del tiempo; mas era tan humilde la ciudad, que el judío Nataniel decía á San Felipe: «*De Nazaret puede haber cosa buena?*».

Durante la dominacion de los sarracenos fué completamente destruida esta localidad; pero en la época de las Cruzadas la reedificó Tancredo, que se había apoderado de toda la Galiléa.

La gruta de la Anunciacion está dentro de una iglesia edificada por Santa Elena. Sobre el sitio donde se verificó el milagro de la Encarnacion hay un altar y por bajo y en el mármol del pavimento esta inscripcion:

«*Verbum caro hic factum est*» (Aquí el Verbo se hizo carne).

Una escalera de mármol, de diez y siete peldaños, conduce al sitio en que tuvo efecto la maravilla de la Encarnacion y una columna próxima al altar señala, segun la tradicion, el lugar que ocupaba el Angel al participar á la Virgen el designio de la divina Providencia.

Además de este santuario, cuenta Nazaret uno erigido en el paraje donde estuvo el taller de San José y otro que guarda una piedra, utilizada varias veces como mesa de comer por el Salvador y sus discípulos, al decir de una tradicion piadosa. Al lado de esta segunda capilla está la Sinagoga,



donde Jesucristo comentó un sábado la profecía de Isaías referente al Redentor, en cuyo acto los judíos lo echaron del local y quisieron arrojarlo por un precipicio.

Los restos de la iglesia edificada por Santa Elena en la Plaza de María, señalaban el sitio en que la Virgen perdió las huellas de su amado Jesús, y allí donde este se ocultó de la furia de los judíos vese como testimonio un monton de ruinas, y por último, la fuente que suministraba á la Virgen el agua de la montaña, recuerda la humildad de María.

En los alrededores de Nazaret, delante del monte Hermon, está el pueblo de Naim, testigo del milagro que obró Jesucristo resucitando el hijo por quien lloraba la madre viuda; al sudoeste de Nazaret subsiste la aldéa que fné pátria del Zebedeo, padre de los apóstoles Santiago y San Juan; en otro lado aparece la aldéa de El-Mahed, situacion de la antigua ciudad de Geth, cuna del profeta Jonás, y á poca distancia surge, en la vertiente de una montaña, Séforis ó Diocesarea, pátria de San Joaquin y Santa Ana, segun la tradicion.





## X.

### EL TABOR Y TIBERÍADES.

---

El Tabor es una hermosa montaña de treinta estadios de elevacion, que dista dos horas y media de Nazaret y surge arrogante en la magnífica llanura de Esdrelon. Además del nombre hebreo con que se la designa, recibe los de *Atabyrion*, *Djebel-Nour* y *Djebel-Tor*. Es la mas alta de Galiléa; tiene graciosa figura piramidal y le sirve de coronamiento un llano de unas tres millas de circunferencia.

En la cumbre se reunió el ejército de Barac que derrotó á Sisara; allí Alejandro, hijo de Aristobulo, edificó una ciudad que mas tarde fortificó Josefó para defenderla contra Vespasiano, y allí, por último, subsisten diversas ruinas informes, que atestiguan la destructora influencia del tiempo.

La subida al Tabor no ofrece dificultad. Una vegetacion alpina, pródiga en árboles y flores, decora la vertiente y desde la cima disfrútase un espléndido panorama. Los campos de Saron; los montes Galaditas; la parte del mar de Galiléa donde estuvieron las ciudades de Cafarnaum, Corozain y Betsaida; el torrente Cison; las montañas de Hermon y Endor; un fragmento del Jordan; la llanura de Esdremon; los montes de Samaría; las montañas del Carmelo, y de Zabulon y descollando sobre todas ellas las cumbres del Anti-Líbano; hé aquí el conjunto del horizonte grandioso que descubrimos, una vez llegados á la meseta del Tabor.

La ciudad de Tiberiades ocupa los confines orientales de la tribu de Zabulon y las orillas occidentales del mar de Galiléa. Su primer nombre, tomado del vecino lago, fué, segun San Jerónimo *Generet*, es decir, *mutacion*. Destruida en la época de Benadad, monarca de Siria, la reedificó Herodes, quien la llamó *Tiberiades*, en honor de Tiberio Augusto. La ciudad es hoy pequeña; se halla cubierta de ruinas y circundada por un muro flanqueado de torres.

El lago de Tiberiades es un hermoso receptáculo alimentado por las aguas del Jordan y de otros raudales que bajan de los contíguos montes y tiene, en opinion de Josefo, doce mil quinientos pasos



de longitud y cinco mil de latitud. Se llama tambien mar de Galiléa por que pertenece á esta provincia y lago de Genesar ó Genesaret, porque ocupa una porcion del pais genesaretano. Josefo menciona el combate que libraron en sus aguas los buques de Vespasiano y los de los habitantes de Tariquea, y añade el historiador que el lago quedó enrojecido con la sangre derramada.

Ritter ha escrito acerca del lago de Tiberiades estas palabras, que sintetizan las impresiones que inspira el pequeño mar:

«Es un lago sagrado en el pais glorioso de la promesa y de las divinas realizaciones, el teatro apacible de la carrera del Redentor en sus principios, la cuna de su enseñanza, la pátria de sus discípulos, su retiro preferido, cuando se ocultaba de sus enemigos; sus milagros y sus enseñanzas sublimes han consagrado esas soledades».

Las márgenes del lago formaban en lo antiguo un vergel deliciosos, embellecido con ciudades, aldeas y casas de campo, y la navegacion de uno á otro punto de las orillas era continua y daba movimiento y animacion al cuadro general de la comarca. Hoy, por el contrario, el lago yace en silencio, sin que las barcas de grandes velas crucen las ondas tranquilas; y donde un día florecieron importantes focos de actividad y de comercio, encuéntranse pobres y humildes viviendas y tristes rui-



nas, que denuncian la existencia de un esplendor fenecido.

En la parte setentrional del lago están Magdalo; un molino en la situación de Betsaida; mas adelante Cafarnaum y despues el desierto en que estuvo erigida la ciudad de Corazain.

En la márgen meridional vemos las aguas termales de Emmaüs; el emplazamiento de la ciudad de Tariquéa y siguiendo desde aquí el curso del Jordán, los restos de Bthsan, denominada en griego *Escitopolis* (ciudad de los Escitas), localidad en cuyos muros colgaron los filistéos los cadáveres de Saul y de sus tres hijos.

Luego pasamos por el sitio que ocuparon Gaddara, la region de Dalmanuta y el desierto donde Jesucristo realizó el milagro de los panes y los peces.

Hay en el trayecto diferentes alternativas. Tan pronto se nos presenta un paisaje adusto y grave, como especies de oasis exornados con adelfas, rosas, trepadoras y otra multitud de flores y alegrado con el murmullo de las aguas, que originando bulliciosos arroyuelos, se arrojan en el lago de Tiberiades, sobre cuya superficie de brillante azul lanza sus fuegos el sol de Oriente.

## XI.

### EL CARMELO.

---

A la salida de Tiberiades para regresar á Nazaret y siguiendo el camino que mira al lado del setentrion está el desierto de pan y peces (ya citado) y á la media legua el monte llamado de las Bienaventuranzas, por que allí predicó Jesucristo el admirable sermon canocido con aquel nombre.

Despues de ver el campo de las Espigas, donde los apóstoles tamaron varias de aquellas un dia que el hambre los fatigaba, entramos en Caná de Galiléa, ciudad célebre por los prodigios que en su recinto llevó á efecto el Salvador.

La espedicion al monte Carmelo es una de las más interesantes de Tierra Santa, y si elegimos á Nazaret como punto de partida podemos verificarla en unas siete horas, sin escesivo cansancio que, de



existir, hallaría sobrada recompensa en la importancia del trayecto, pródigo en memorias del Evangelio y en bellezas naturales.

Hay dos montes que reciben la denominacion de Carmelo; el de Judá y el que sirve de asunto á estas líneas, ó sea el Carmelo del mar. Este último se encuentra situado entre las ciudades de San Juan de Acre y Dor; tiene unas sesenta millas de circunferencia; su longitud de norte á sur alcanza proximamente cinco horas y su figura se asemeja á un ángulo agudo cuyo vértice penetra en el mar.

El Carmelo se eleva magestuoso dominando todos los montes que lo rodean, y ofrece ante la contemplacion de las miradas las perspectivas más románticas; valles profundos, bosques umbríos, colinas de graciosos perfiles, flores perfumadas y, por último, dá realce á tan privilegiados encantos una temperatura agradable que al par modifica los frios del invierno y el ardiente calor del estío.

En tiempos remotos se esparcían alrededor del Carmelo las ciudades de Zabulon, Besara, Jechonan, Marala, Debaseth, Magedon, Gabe, Jeblan, Suna, Gaber, Adremon, Scitopolis, Jezrael, Nain, Mesala, Tiro, Tolemaida, Sicamino, Porfiria, Cesarea marítima y otras muchas; pero ahora solo subsisten algunas poblaciones insignificantes.

El profeta Amós, aludiendo á los castigos que iban á sufrir los israelitas, menciona la fertilidad

del Carmelo y dice que *hasta se habian de agotar las cumbres del Carmelo.*

El nombre Carmelo procede de las dos palabras *Karm* y *Allah*, que significan *viña del Señor.*

Elias desafió en esta montaña la cólera de Achab; Pitágoras subió con frecuencia al templo erigido en la altura, y adoraba el Eco; Vespaniano ascendió tambien á la montaña para consultar á un sacerdote, y segun Plinio, *«no habia en aquella época ni templo, ni estatua, sino solamente un altar y la veneracion del sitio».*

Suetonio habla del oráculo del dios Carmelo, y se espresa así: *Vespasiano consultó el oráculo del dios Carmelo, en la Judéa, el cual le prometió un éxito feliz para todos sus proyectos, por grandes que pudieran ser».*

Esta montaña fué escogida por el profeta Elias para morada de sus discípulos; y no pudo elegir una residencia más apropósito, pues la soledad y el silencio de aquel paraje, la abundancia de aguas y frutos y las numerosas cavernas del monte, convidaban á la vida monástica y sus meditaciones que apartando el alma de la tierra, la elevaban á la region de la inmortalidad.

El convento erigido en la cumbre de la montaña ocupa una posicion privilegiada. El mar bate el pié del promontorio y desde los terrados del edificio se disfruta de la vista del Líbano y del Mediterráneo.



Uno de los santuarios del Carmelo está sobre la cima donde se cree que se colocó la nubecilla que vió Elías y que derramó despues benéfica lluvia.

El convento actual tiene más de cien pasos de longitud y unos ochenta de latitud. La iglesia ocupa el centro de la obra y es sencilla. Hacia el lado del altar mayor, es decir, hacia el Oriente, se venera la cueva de Elías, habitacion que sirvió despues á Eliséo.

La iglesia está dedicada á la Virgen, cuya famosa estatua, universalmente conocida, aparece encima del altar mayor. En el coro hay un excelente cuadro que representa la muerte de San Luis. En el lugar donde congregados diariamente los hijos de los profetas, ó sea los discípulos de Elías y Eliséo, esplicaban los libros sagrados, hay un santuario que se llama *Escuela de los profetas*; otro de los santuarios es la fuente de Elías y otro, en fin, el sitio donde aquel profeta ofreció á Dios el sacrificio maravilloso sobre el cual bajó fuego del cielo.

La existencia de los Carmelitas se remonta á los primeros tiempos de la vida monástica, toda vez que Elías fundó hácia el año 927 antes de Jesucristo, la órden de los Profetas, quienes se llamaron *Carmes* por el nombre de su primitiva residencia.

Describir en todos su pormeros las muchas curiosidades que encierra el Carmelo, exigiría mayor amplitud de la que debemos dar á estos apuntes,



---

limitados á la mencion sucinta de lo más esencial, como preámbulo de otras consideraciones, y esta circunstancia hace que terminemos aquí, repitiendo que la magnífica montaña con sus ámplios horizontes, su vigorosa vegetacion y sobre todo, con sus recuerdos históricos, reclama una visita que, por las inefables impresiones que procura, escede á la idea que había preconcebido el viajero.





## XII.

### DEL CARMELO À DAMASCO.

---

A la bajada del Carmelo penetramos en San Juan de Acre ó Tolemaida y desde allí emprendemos la jornada, camino de la famosa ciudad de Tiro. Dos leguas antes de llegar á la segunda capital de Fenicia, encontramos los pozos construidos por Salomon, segun parece, y á los cuales se refieren estas palabras del «Cántico de los Cánticos»:

«Pozo de aguas vivas que descende con ímpetu del Libano.»

Tiro, que Isaías llama *la hija de Sidon*, debe su origen á los sidonios, quienes vencidos por el rey Ascalonita huyeron en sus embarcaciones hasta el cabo donde la poblacion está edificada. Respecto á la época de su fundacion, no hay acuerdo entre

los historiadores, pero si aceptamos la opinion de Josefo, que la supone anterior en 240 años al Templo de Salomon, resulta que data del 2760 del mundo. Por espacio de trece años le puso asedio Nabucodonosor; despues la estrechó tenazmente Salmanasar, y aunque la resistencia fué valerosa, tuvo que sucumbir y trasformarse en tributaria de ambos enemigos. Durante la dominacion romana alcanzó extraordinaria prosperidad, y en la época del imperio griego se inició la decadencia de Tiro, que bajo el poder musulman perdió todas sus manifestaciones de grandeza y de esplendor.

Ha ocupado Tiro un lugar preeminente en la humanidad, y tanto, que por espacio de cuatro mil años figura su nombre en la fábula, en la historia Sagrada y en la profana. Agenor, Dido, Hiram, Alejandro el Grande, San Luis y Saladino; los insignes poetas Homero, Virgilio y Tasso llevan su nombre unido al de la célebre ciudad, cuya magnificencia describe así el profeta Ezequiel:

—«Las moradas de sus habitantes eran palacios de oro y de mármol, donde resonaban continuos conciertos y el sonido de las arpas armoniosas; sus vestidos estaban teñidos de jacinto y de púrpura; los príncipes de Cedar les ofrecian sus caballos en las plazas de la ciudad; los habitantes del Yémen, de Javan, de Thubál, de la Armenia, ostentaban la plata, el estaño, las alfombras, los mantos precio-



sos, los rubíes, los esclavos, la mirra, el coral y el jaspe: los guerreros de la Persia, del Egipto y de la Libia colgaban en sus murallas sus corazas y sus escudos para que les sirvieran de ornamento.»—

El mismo Ezequiel, vaticinando la ruina de Tiro, escribe estas palabras:

—«Héme aquí contra tí, oh Tiro, y haré subir contra tí muchas gentes al modo que sube el mar cuando se hincha..... Te reduciré á la nada, y no serás, y te buscarán, y no serás hallada ya jamás, dice el Señor Dios.»—

Tiro es en la actualidad una poblacion insignificante, de calles estrechas y súcias, que en nada recuerdan el centro floreciente de otros siglos.

Entre Tiro y Sidon está Sarefta, ciudad muy antigua y de relativa importancia en época lejana, pero ahora reducida á un nombre.

Sidon (hoy Saida) ha sido la capital famosa de Fenicia. Debió su nacimiento á Sidan, primogénito de los hijos de Chanaan, y se dice que los habitantes de aquel pueblo pasan por ser los inventores de la escritura y de la navegacion. Josué menciona la ciudad de Sidon, como célebre así por sus riquezas cuanto por la habilidad de sus obreros, y Salomon se espresa en la forma siguiente:

— «No hay entre nosotros quien sepa cortar las maderas como los sidonios.»

Salmanasar se apoderó de Sidon 720 años antes



de Jesucristo, y Ciro la sometió á sus leyes 352 años antes de aquel glorioso acontecimiento. Ha pertenecido á Egipto, á Siria y á los romanos; tuvo despues del establecimiento del Cristianismo, un obispo sufragáneo y tras distintos sucesos pasó al dominio de los musulmanes.

En los alrededores de la ciudad vemos los sepulcros de Zabulon, del profeta Sophonias y de Bezeliel, obrero que hizo el Templo de Salomon y en un jardin visitamos una mezquita edificada, segun la tradicion, en el sitio donde Jesucristo curó á la hija de la Cananéa.

Las afueras de Sidon respiran un encanto indescible. Los verjeles abundan; la vejetacion es vigorosa; los tamarindos y los naranjos exhalan delicioso perfume y los mas variados árboles esmaltan las colinas y la llanura.

Beirut, llamada Berita por los griegos y los romanos, fué una colonia de Sidon y en la actualidad, si bien va adquiriendo algun desarrollo, no pasa de ser, en resúmen, una de tantas poblaciones modestas, que viven de sus memorias. Las murallas y las torres que rodean la ciudad recuerdan su origen sarraceno; el bazar tiene carácter oriental, y respecto de las ruinas diseminadas por todas partes, dicen de un modo evidente que allí hubo una época de grandeza.

Los alrededores de Beirut son hermosos, pero el

desierto, que se extiende hácia el mediodía, invade poco á poco los jardines y las plantaciones, y es de temer que un día pierdan aquellos campos su belleza y llegue un momento en que las arenas imperen como absolutas señoras.



Una carretera de construcción reciente facilita las comunicaciones entre Beirut y Damasco, y á la verdad, sorprende ver en un país donde los senderos más ásperos sirven de caminos, una ruta recorrida por diligencias, cual si se tratase de Europa.

No faltarán turistas apasionados de lo pintoresco para quienes la innovación represente un ataque á lo típico y tradicional de Oriente; pero es seguro que la mayoría de los viajeros aceptan de buen grado, tras las continuas expediciones á caballo por desiertos y montañas, el cómodo asiento que les brinda un vehículo á cuya influencia obtienen relativo descanso y economía de tiempo.

Damasco hace pensar en las maravillas de los cuentos árabes y evoca todo un mundo de fantasías. Es una ciudad perfectamente situada al Sur del Líbano y bañada por los ríos Abena y Farjar, el primero de los cuales atraviesa la población,

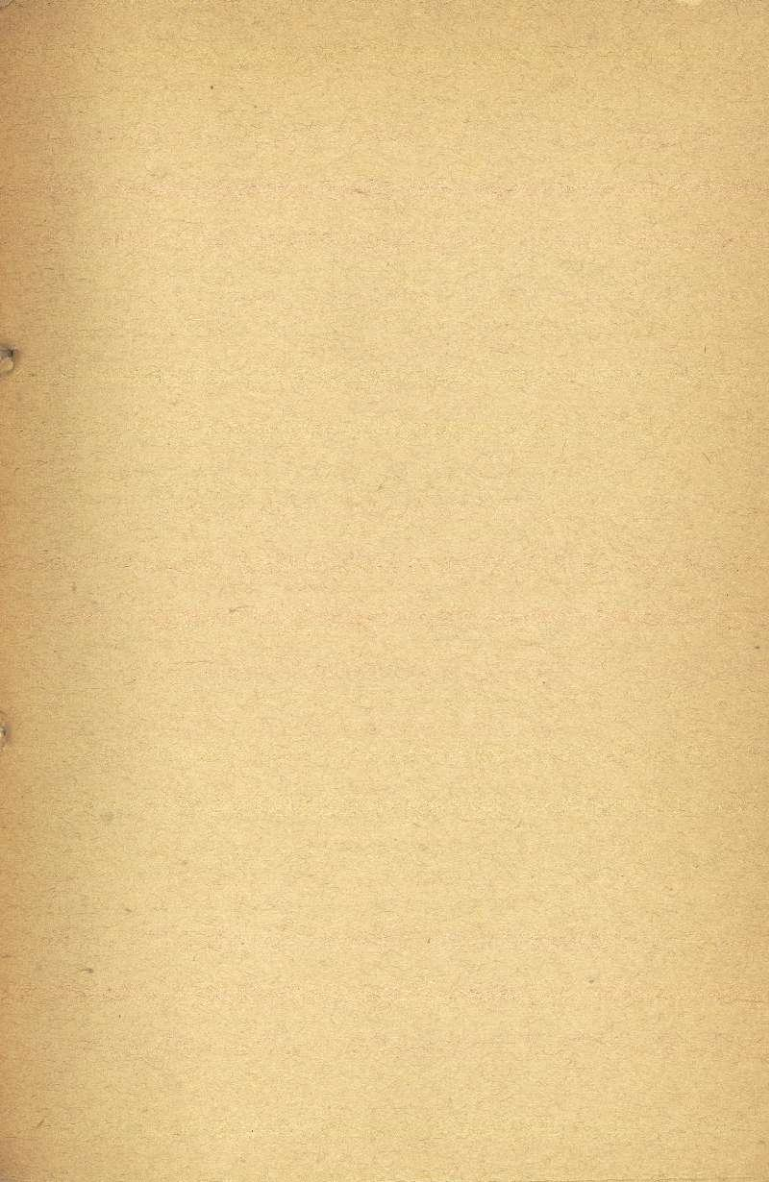


La «*Biblia*» hace en el «*Génesis*» referencia de Damasco y dice que Abrahan, persiguiendo al ejército que se había llevado cautivos á Lot y su familia, entró con los suyos en Hoba, á la izquierda de Damasco.

En un principio esta ciudad llamóse *El-Cham* (la Siria); fué edificada por Hus, hijo de Aram y ensanchada por Damascus, intendente á la vez que esclavo de Abrahan San Jerónimo consigna que Coré, hijo de Esaú, la embelleció. Posteriormente, la ocuparon David y Jeroboan y despues la arruinó Thlegat-Phalasar, monarca de los asirios. La conquistaron luego los persas, los griegos, los romanos, los emperadores de Oriente y los musulmanes. Los califas tuvieron su córte en aquel centro y hoy Damasco pertenece á Turquía.

Tiene diez y ocho puertas defendidas por destacamentos de tropas; encierra famosos baños, magníficos bazares, conventos católicos, jardines encantadores y así por los rasgos que exhibe en el interior como por la amenidad de sus campos, deja en el ánimo de quien la visita un agradable recuerdo, que flota á la manera de ideal vision, luminosa y espléndida, y sirve de coronamiento á la rica suma de impresiones recogidas en la sublime

REGION DEL EVANGELIO.







SEGUNDA PARTE.

---

JESUCRISTO.





## I.

### LOS PROFETAS.

---

El pueblo Israelita habia llegado á un doloroso extremo de estravío, y aunque surgian del lúgubre cuadro de sus errores y sus impiedades algunas figuras que guardaban puro el sentimiento místico y vivian sin contaminarse con el mal ejemplo, eran en escaso numero; de suerte que no podian vencer en la especie de lucha iniciada entre la bondad y las prácticas viciosas.

Pero aquella sociedad no debia extinguirse y los Profetas con su actitud y sus predicaciones lograron imponerse en términos tales, que su voz llevaba el consuelo á los justos y la acusacion y el temor del castigo á los que olvidaban sus obligaciones.

Los Profetas, llamados tambien en la Sagrada

Escritura *Hombres de Dios, Angeles del Señor*, predecían el porvenir, merced á la inspiracion que recibían de la divinidad. Los Profetas que aparecieron en Judéa desde Samuel á Jeroboam segundo y Osías, rey de Judá, nada dejaron escrito, si exceptuamos David; pero á contar de aquel tiempo empezaron otros Profetas, que escribieron las verdades anunciadas de parte de Dios, para que la posteridad las conociera.

Las profecías no se limitaban á sucesos relativos al estado temporal del pueblo de Dios, pues el Espíritu Santo hacía ver á Jesucristo y sus misterios, su redencion, su gracia, su Iglesia, la vocacion de los gentiles, el endurecimiento y la reprobacion de los Judíos y la vuelta de este pueblo á aquel á quien había renunciado y dado muerte.

La vida de los Profetas era una figura de la de Jesucristo. Su oscuridad, su penitencia, su fidelidad al dar testimonio de la verdad, sus humillaciones y sufrimientos, constituian otros tantos rasgos que los asemejaban al Justo cuyo advenimiento predecían.

Los Profetas estaban casi siempre iluminados con una luz divina y sobre natural, pero en ocasiones los abandonaba Dios á sus propias fuerzas para que incurriendo en errores reconocieran que por sí solos de nada servían y que el dón que ostentaban era un privilegio ofrecido gratuitamente,

merced á la omnipotencia del supremo Hacedor.

El esacto cumplimiento de las profecías es una de las pruebas más evidentes de la verdad de nuestra religion, por que ninguna inteligencia, en virtud de su esclusiva luz, tiene alcance para penetrar en el porvenir; y cuando una religion aparece, como el Cristianismo, apoyada en las profecías, hemos de reconocer lógicamente que es obra de Dios.



Moisés ha sido el primero que profetizó la venida del Mesías, en esta forma:

*«El Señor levantará de entre tus hermanos un Profeta y á El oirás.»*

Gran número de alusiones al propio asunto nos suministra la Sagrada Escritura, pero vamos á citar únicamente las que siguen:

*«Alabarán al Señor los que le buscan, y sus corazones vivirán de siglo en siglo... Y la generacion que ha de venir será llamada con su nombre.»* (Salmo XXI, 27 y 32.)

*«Por ventura no se dirá de Sion: La humanidad nació en ella y el mismo Altísimo la fundó?»* (Salmo LXXXVI, 5.)



«*Les redimiré de la muerte.*» (Salmo XIII, 14.)

«*Y será encoyada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones, y solo el Señor será ensalzado en aquel dia:*

*Y los idolos serán del todo desmenuzados.*» (Isaías II, 17 y 18.)

«*Ved que le di á los pueblos por testigo, por caudillo y por maestro á las naciones.*» (Isaías LV, 4.)

«*Mirad que vienen los dias, dice el Señor: y levantaré para David un pimpollo justo: y reinará rey, que será sábio: y hará el juicio y la justicia en la tierra.*

*En aquellos dias se salvará Judá, é Israel habitará confiadamente: y este es el nombre que le llamarán, el Señor nuestro Justo.*» (Profecía de Jeremías XXIII, 5 y 6).

«*Canta himnos de alabanza y alégrate, hija de Sion, por que vendré y moraré enmedio de tí.*» (Zacarías II, 10).

«*He aquí el Varon, que nacerá de sí mismo.*» (Zacarías VI, 12).

«*Su potestad es eterna, y su reino no será destruido.*» (Daniel VII, 14).

«*Sabe, pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez edificada hasta Cristo Príncipe, serán siete semanas (1) y sesenta y dos*

---

(1) Siete semanas de años.

semanas: (2) y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempo de angustia.

Y despues de sesenta y dos semanas (3) será muerto el Cristo: y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario: y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada». (Profecía de Daniel).

«Y tú, Belen Ephrata, pequeña eres entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá el que ha de dominar á Israel, segun está decretado desde la eternidad». (Miquéas V, 2).

«Me gozaré en el Señor y me regocijaré en Dios, mi Jesús». (Habacuc III, 18)

«Israel vendió al Justo por plata». (Amós II, 6).

«Me dieron hiél por comida, y en mi sed me dieron á beber vinagre.» (Salmo LXVIII, 22).

«Horadaron mis manos y mis piés. Se repartieron mis vestiduras, y sobre mis ropas echaron suertes». (Salmo XXI, 17 y 19).

«Desde Oriente á Occidente será grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se me sacrificará y ofrecerá una Hostia pura». (Malaquías I, 11).

\*\*\*

(2) Que son 400 y 34 años.

(3) 483 años.



El solemne acontecimiento se preparaba. Los tiempos corrían y á la voz de los Profetas sucedió más tarde la de los poetas profanos, que anunciaban como animados de un espíritu misterioso, la venida del divino Mesías.

La paz imperaba en el mundo, cual si la creacion se dispusiera á festejar el nacimiento de Jesucristo y germinaba con poder irresistible la esperanza, tras las rudas pruebas que hicieron desfallecer hasta entonces la viril energía de la humanidad.

En cuanto á la Judéa, la venida de Jesús habiase anunciado con los peculiares signos que señalan la víspera de los grandes sucesos. No era solo el alma la que presentia la aproximacion del instante solemne; una parte de la nacion soñaba con la gloria, pero en cambio, la fé se abría camino en todas las clases de aquel pueblo y encontraba in-dadable resonancia que así alcanzaba á Jerusalem como á Samaria.

Se respiraba una atmósfera inesplicable y, para decirlo de una vez, el mundo aguardaba á su libertador.



## II.

### EL CRISTIANISMO.

---

Cuando se eleva el pensamiento á las regiones de la historia y recorriendo sus páginas encuentra las luchas de la humanidad, á la vez que sus evoluciones extraordinarias, no puede menos de formular esta pregunta:

—¿Cuál es el móvil de ese oleaje tempestuoso donde se elaboran las pasiones?—Y la respuesta es tan compleja que nunca satisface la curiosidad.

De un lado las ambiciones públicas ó privadas; de otro la pasión ó el interés; tales son los elementos que más comunmente se agitan para imprimir al mundo el vaivén continuo que nos asombra. Y apesar de todo, el hombre tiene una mision que cumplir, á su paso sobre la tierra; mision de tra-

bajo, según sus esfuerzos y sus facultades; pero si no la cumple ni contribuye á la maravillosa realidad del perfeccionamiento, cuando un día, próximo á la muerte, se pregunte:—«¿Qué he hecho por la humanidad?»—hallará en su conciencia que su vida había sido estéril; que su existencia tuvo por limitación el presente, sin que la embelleciera una aspiración para el porvenir.

La historia nos dá á conocer la pequeñez de la criatura, sus miserias y debilidades, y el hombre debe aprender en la relación de los hechos que han tenido lugar, la enseñanza necesaria para la vida; la experiencia para seguir los caminos de la justicia y la virtud.

El pueblo Israelita, el pueblo elegido por Dios, ofrece un triste ejemplo de los extravíos del hombre. Guerras que no acaban; lamentos continuados; hé aquí los ecos que lo acompañan durante generaciones enteras; y acaso en el plan divino de la redención entrase la permisión de tantas maldades y dolores, para que la obra de Jesucristo fuese más meritoria.

El infame Cain inicia los crímenes y al través de los años no tardan en imitarlo multitud de seres, tan perversos como aquel fratricida. El delito de las hijas de Lot hace temblar. La cólera del vengativo Esaú; la venta de José por sus hermanos, claman al cielo; y mientras semejantes iniquidades



tienen lugar, el rumor de la guerra se deja oír y pueblos numerosos corren á las armas, y los campos de Judéa se tiñen de sangre. Los reyes vencedores cubren de cadenas á los reyes vencidos; los atan á sus carros de gloria y en tanto que el triunfo ciñe á sus frentes la corona y á sus hombros el manto de púrpura, resuenan los gritos del infortunado que desde el trono descende á los piés de un despótico monarca.

La ambicion ocupa un puesto al lado de los demás crímenes. El puñal de Abimelech arranca la vida á los hermanos de este monstruo, que le impedían poseer la diadema real; y Artajerjes VIII imitándolo más tarde no vacila, con igual móvil, en matar gran número de hermanos y parientes. Dalila engaña á Sanson. Rebélase Absalon contra su padre. Salomonn, el príncipe sábio, poderoso y favorecido por el cielo, relega al olvido los dones que debe al cielo, y lamenta en los últimos años de su vida, al par que sus errores, la ingratitud de sus hijos.

La sangre vuelve á correr á torrentes. Israel, gobernado sucesivamente por diversos tiranos, se vé empobrecido y miserable.

Pasan los tiempos y despues de tantas calamidades un extranjero clava en la tierra de Judéa el pabellon romano. Herodes, apellidado el



grande, acaso por sus crímenes, es el azote de Palestina.

Pero las profecias van á cumplirse. La estrella anunciada por Balaan aparece en el firmamento. Los ángeles cantan ¡*Gloria á Dios en las alturas!* y mientras á sus divinos acentos abandonan los humildes pastores las chozas de las montañas, llegan tres reyes de Oriente á rendir la corona en la puerta de un establo. Poco despues, los infelices de la tierra sienten una esperanza consoladora, al oir estas palabras, que prometen un mundo de felicidad—*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*—y sus corazones se estremecen de júbilo, porque el Redentor decia—*Todos somos hermanos.*

¿Qué doctrina era la de aquel hombre que recorria las tribus admirando á la muchedumbre con su palabra? Las gentes llegaban á su lado á implorar consuelo para los afligidos. El enfermo se arrastraba hasta sus piés y el Salvador lo curaba. El desgraciado le pedia alivio para sus dolores y El secaba sus lágrimas y le devolvía el reposo perdido.

Mas suena la hora del terrible sacrificio. El rumor de la fama y de los prodigios del *Pastor de almas* llega á Jerusalem, y los impios deciden perderlo. Entretanto, el Salvador se dirige hácia la ciudad deicida. La multitud sale á su paso,

cubre el camino de palmas y flores y saluda con entusiasmo al nuevo rey, que triste y pensativo, inclinaba sobre el pecho la noble cabeza.

Los tiranos buscaron más tarde al Redentor, y le hallaron, y fué preso.

La epopeya sublime de su vida terminó en el Calvario, pero la obra de la redención quedaba hecha.

La semilla del Cristianismo fructificó prodigiosamente desde aquel día. Los apóstoles llevaron por el mundo la palabra del Crucificado, y el martirio de miles sectarios de su doctrina selló con sangre la ley del Salvador.

La venida de Jesucristo causó una revolución inmensa al proclamar la *unidad del linaje humano*, y esta afirmación ha permitido que los adelantos de la civilización adquieran trascendental alcance.



En todo tiempo el hombre ha obedecido á un ideal hermoso; á la *perfectibilidad*, representada en unos pueblos por el trabajo material, en otros por el heroísmo, en otros por la familia.....

Los himnos de la India son la revelación de una profunda moral. Amor á la luz (el día) y al hogar (el fuego).



La mujer ocupa en la familia un lugar preferente. El matrimonio encierra este pensamiento. *El hombre no es hombre hasta que es triple; es decir; hombre-muger-niño.*

*La esposa es la mitad del cuerpo de su marido.*

*La madre vale mas que mil padres.*

*La muger es la casa.* (Manú).

El poema indio «*El Ramayana*» completa con su admirable sintesis la moral del pais que nos ocupa. Valmiki, el autor de aquel libro, se espresa de este modo:

*«Oh cazador! Ojalá que tu alma nunca llegue á ser glorificada en las vidas del porvenir puesto que has herido á aquella ave en el sagrado instante del amor».*

La Persia antigua tiene, así mismo, una doctrina encantadora: *trabajar contra el mal*. El trabajo como principio de justicia, como elemento de pureza.

Grecia elevó altares á la paz.

Egipto tuvo una *Trinidad* enteramente humana. *Isis, Osiris y Horus*: (la muger, el hombre y el niño); espresion de la familia y símbolo de la fecundacion ó sea el trabajo, origen de la riqueza.

La sociedad antigua sembró los gérmenes de la justicia. La Edad Media vino á oscurecer aquella obra. Los resplandores que derramaron en todas partes la filosofía y la moral del mundo primitivo causaron espanto á los siglos feudales y opusieron



á la luz de la fé la sombra de la supersticion y coartaron con el fanatismo la marcha de la civilizacion. Pero llega un dia en que por virtud de una reaccion saludable se inaugura una era distinta, y entonces, á los grandes crímenes de otras épocas y á los derramamientos de sangre sucede, bien que con lentitud, el triunfo razonado de la idea; y es que el progreso está marcado por Dios y en definitiva, el hombre lo admite y lo acata.

Resulta, pues, que nos acercamos al *ideal*, en cuanto lo permiten las flaquezas y los errores, siempre en lucha contra la verdad, y ese *ideal* tiene por fórmula el Cristianismo, arca santa de la *Paz* y la *Fraternidad*.

El Cristianismo posee una fuerza poderosa y proclama la divinidad de su esencia, sin que para demostrarla sea preciso recurrir á profundos argumentos. Ha subsistido muchos siglos; ha resistido los mas rudos embates, y al contrario de lo que sucede en los códigos de origen humano, que con frecuencia reclaman una modificacion, el Cristianismo no ha necesitado alteraciones.

Los pueblos que profesan otras religiones permanecen estacionarios enfrente de las conquistas de la civilizacion. Los que siguen las doctrinas del Cristianismo, desenvuelven sus facultades y cumplen sin contrariedad sus elevados fines.

Tal es, en resumen, la grandeza de la doctrina

de Jesucristo, sintetizada en el Evangelio. Este pretende la perfeccion, la redencion y la emancipacion por medio de la pureza.

El Evangelio tiene un fondo de propaganda. Es la idea del deber.

El Evangelio, consecuente con su carácter de misionero, predicó la *buena nueva* por toda la tierra y cambió la faz del mundo, y hecho semejante demuestra la divinidad de la doctrina de Jesucristo.

El Evangelio destruye á la sociedad pagana y destruye la poligamia. Devuelve á la familia su dignidad; á la esposa su rango; á los hijos el puesto que les corresponde en el hogar. La esposa deja de ser esclava y los hijos dejan de ser una *cosa* que el padre podia vender, abandonar y matar. El antiguo Derecho romano que había inventado el despotismo paterno es sustituido por una autoridad suave y dulce, nacida del Evangelio.

Desde la predicacion del Evangelio la familia forma parte de la filosofía y la legislacion y constituye un elemento esencial de las sociedades.

La obra de Jesucristo derrama el perfume de su bondad y es un magnífico libro, siempre abierto, cuyas páginas darán en todo tiempo raudales de enseñanza, fuentes de sabiduría y ejemplos sublimes de perfeccion moral.



### III.

## EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

---

Después de una expectativa de cuatro mil años, y cuando el imperio romano, bajo el reino de Augusto gozaba de la paz y eran los judíos gobernados por Herodes, llegó el suspirado instante en que iba á nacer el Redentor del mundo.

Vivía entre los judíos un anciano sacerdote llamado Zacarías, de la familia de Abía, casado con Isabel. Practicaban ambos los mandamientos de Dios; eran modelos de virtud; y si alguna sombra enturbiaba el reposo de su existencia debiase al oculto pesar de no tener hijos, aunque los dos esposos se encontraban en avanzada edad.

Cierto día que el venerable sacerdote hallábase en el Templo con ocasión de ejercer su ministerio,



se le apareció el ángel Gabriel y le anunció que la esterilidad de Isabel iba á concluir, pues Dios ordenaba que diese á luz un hijo el cual se llamaría Juan, que significa *gracioso* ó *el Señor tuvo misericordia* y sería lleno del Espíritu Santo,

La turbacion de Zacarías fué extraordinaria; la duda hubo de presentarse en su ánimo; y como quisiese un testimonio de la esactitud de aquellas palabras, el enviado del Altísimo le dijo que quedaría mudo y no recabraría la voz hasta que el singular anuncio llegase á ser un hecho. Y en efecto, aquel varon piadoso enmudeció de seguida y en tal momento comenzó á realizarse el vaticinio del celestial mensajero.

Terminados los dias de su ministerio en el Templo, volvió Zacarías á su casa, en una ciudad de la tribu de Judá y Dios cumplió la promesa anunciada por el ángel.

Isabel había concebido.



Trascurridos seis meses desde que la esposa de Zacarías estaba en cinta, el mismo ángel fué enviado á Nazaret para anunciar á María una encarnacion maravillosa.

La historia de María es el poema de la dulzura,

del amor, del sufrimiento, de la humildad; poema rico en episodios conmovedores, en ejemplos de profunda enseñanza, en escenas sublimes. Es, en fin, una joya que se destaca entre las admirables páginas del Evangelio con la fúlgida luz de una inmaculada poesía.

Nazaret, pequeña ciudad de Galiléa, en la tribu de Zabulon; era la pátria de la Virgen María, y esta circunstancia hizo que Jesús la eligiese por su residencia hasta el tiempo de su bautismo; de donde el Salvador tuvo el sobrenombre de *Nazareno*.

María era de la tribu de Judá y de la familia de David. La Escritura nada habla de sus padres; pero en documentos muy antiguos constan los nombres de aquellos, ó sea San Joaquin y Santa Ana.

A la edad de tres años fué la Virgen presentada al Templo, donde permaneció once. Luego se casó con José, que Dios le concedió para protegerla y ser el guardian de su pureza; habiéndose casado ambos, con el designio recíproco de unirse tan solo por el espíritu, conforme dice San Agustín.

Segun San Isidoro María significa *luz ó estrella del mar*, por que prestó al mundo la luz eterna.

Isaías, hablando de la Virgen, se espresa de este modo:

«Un retoño saldrá de la vara de José; y saldrá una flor de su raiz. El espíritu del Señor descan-



sará sobre este retoño; el espíritu de consejo y de fuerza, el espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará del temor del Señor».

El *Cántico de los Cánticos* le dedica las siguientes palabras:

«¿Quién es esta que adelanta como los primeros destellos de la aurora; hermosa como la luna; brillante como el sol, y terrible como un ejército ordenado en batalla?».

El mensajero enviado á la Virgen para anunciarle que estaba destinada á recibir al rey celestial y darle vida con su propia vida, saludó á María con estas frases:

«Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: bendita tú entre todas las mujeres».

Turbose la Virgen, y sorprendida y enagenada guardó silencio, pero entonces el ángel dijo:

«No temas, María, por que has hallado gracia delante de Dios».

Y con otras palabras no menos consoladoras, hizo ver á la Virgen que de ella había de nacer Jesús, el redentor de la humanidad. Inclínose María y aceptó con gratitud la gloria para que la había elegido Dios:

—«He aquí (dijo) la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra».

Y el ángel abandonó, tras esta respuesta de la Virgen, la humilde estancia.



María era la escogida para alcanzar la paz entre el cielo y la tierra y ofrecer la reconquista de la gracia, perdida por Eva y Adán.

Poco tiempo despues de la anunciacion del ángel, dirigióse María á Hebron, en las montañas de Judá, con objeto de visitar á su prima Isabel, quien al oír la salutacion de María fué llena del Espíritu Santo, mientras Juan Bautista, del cual estaba en cinta, segun hemos dicho, se estremeció en el seno de su madre. Entonces María habló así:

—«Mi alma engrandece al Señor:

Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas, el que es poderoso: y santo el nombre de él.

Y su misericordia de generacion en generacion sobre los que le temen.

Hizo valentía con su brazo: esparció á los soberbios del pensamiento de su corazon.

Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

Hinchó de bienes á los hambrientos: y á los ricos dejó vacíos.

Recibió de Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

Así como habló á nuestros padres, á Abrahan, y á su descendencia por los siglos». (1)

\* \* \*

Tres meses permaneció la Virgen en compañía de su prima, y trascurrido ese tiempo regresó á Nazaret.

Llegada la época oportuna dió á luz Santa Isabel un niño y como la madre pretendiera que se llamase Zacarías se opuso el padre, por signos, toda vez que no podía hablar; pidió unas tabletas y escribió el nombre de Juan, que en efecto recibió. Seguidamente el anciano sacerdote recobró el uso de la palabra, y conmovido ante los prodigios que tenían lugar utilizó primeramente la voz en dar gracias al cielo, á cuyo fin entonó este cántico lleno de magestad y de noble belleza:

«Bendito el Señor Dios de Israel, por que visitó, é hizo la redencion de su pueblo:

Y nos alzó el cuerno de salud en la casa de David su siervo.

Como habló por boca de sus santos profetas, que ha habido en todo tiempo: salud de nuestros

---

(1) Evangelio de San Lúcas.



enemigos, y de mano de todos los que nos aborrecen.

Para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento.

El juramento, que juró á nuestro padre Abrahan, que él daría á nosotros:

Para que librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor.

En santidad, y en justicia delante de él mismo, todos los dias de nuestra vida.

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado: por que irás ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos.

Para dar conocimiento de salud á su pueblo, para la remision de sus pecados.

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó de lo alto el Oriente:

Para alumbrar á los que están de asiento en tinieblas, y en sombra de muerte: para enderezar nuestros piés á camino de paz».

Juan, el Santo Bautista nació, pues, y á fin de que se preparase al gran ministerio que iba mas tarde á cumplir, quiso Dios que viviese en el desierto hasta el momento en que debía hacer su presentacion en el pueblo de Israel.





Los prodigios relacionados con el nacimiento de San Juan trascendieron á todo el pais de las montañas de Judéa y entretanto, la Virgen María meditaba en silencio acerca del misterio que Dios había obrado con ella y aunque nada hubo de hablar á su esposo, llegó un dia en que este descubrió que María estaba en cinta. José era justo, amaba profundamente á su dulce compañera y en vez de acusarla ni difamarla, resolvió apartarse de su lado, bien que con íntimo dolor, como debe sufrir quien ve marchitas de repente sus mas preciadas ilusiones.

Sin embargo, la resolucion de José modificóse luego, por que vió en sueños un ángel que le dijo estas palabras:

—«José, hijo de David, no temas de recibir á María tu mujer: porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu Santo es.»

El ángel añadió que el niño que iba á nacer tendría el nombre de *Jesús*, que significa *Salvador ó Salud*, y en el trascurso del tiempo se cumplió todo, conforme los divinos anuncios.



Al acercarse la época de su alumbramiento, trasladose María con su esposo á Belen, de cuyo punto

era originaria su familia, á fin de obedecer el mandato del emperador Augusto, que habia ordenado un empadronamiento general. Llevaron en el viaje un asno y un buey; aquél para conducir á María, y el buey para venderlo y atender con su producto á los gastos más necesarios.

Arribaron á Belen y fué en vano buscar un alojamiento; el numeroso concurso de extranjeros que á la sazón habia en la localidad y la circunstancia de ser pobres los recién llegados, conspiraron en su contra; y en tal apuro, hubieron de resignarse á aceptar como único asilo una especie de gruta situada cerca de la puerta de Belen; y allí, en tan olvidado sitio, vió la primera luz el Salvador de la humanidad.

La Santa Virgen no pudo ofrecer á su divino Hijo otra cosa que un lecho de paja en un humilde pesebre.

—*«Es un Niño que sabe elegir el bien y rechazar el mal;»*—ha dicho Isaías, á propósito de Jesucristo, significando así que el nacimiento del Redentor representa una profunda enseñanza para aquellos que aman los falsos esplendores de la riqueza.

Un ángel apareció á los pastores, que de noche vigilaban por sus ganados, y anunció á aquellas sencillas gentes el admirable suceso, y oyéronse en las celestes alturas estas palabras:



—«¡Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»



Fé, religion, hogar, no son nombres efimeros; no son la memoria de algo que pasó. Viven en nuestra alma; infunden su inspiracion á las sociedades; se sobreponen á las desventuras, á los errores, al pesimismo de todos los tiempos y todos los paises; representan glorias immaculadas; aspiraciones sublimes; engendran sentimientos de amor; flotan en el espíritu con la puréza de lo bueno y lo santo...

Páginas de antaño, recuerdos de inefable poesía, fiestas de la paz, conmemoraciones de la creencia, ¡cuán hermosas y cuán radiantes surgís á la contemplacion, y cómo nos deleitamos al rehacer el idilio ideal de nuestras sacrosantas grandezas!

La noche del nacimiento de Jesús, es decir, la *Noche Buena*, aparece luminosa con su manto de nieve, su aliento glacial, sus huracanes y sus atributos, en fin, que son los símbolos del invierno.

La infancia, la edad viril, la vejez, encuentran en esa noche un inefable goce. La niñez el goce de hoy; la edad viril la esperanza del mañana; la vejez las memorias del pasado; pues por un fenómeno



no que pudiera calificar de psicológico, en la Noche Buena el pasado, el presente y el futuro adquieren las mismas tintas, se revisten de idéntica alegría, y ni las penas torturan, ni las ambiciones derraman nubes sobre la frente.

¡Noche-Buena! Origen de nobles creencias, santificadas á través de los años, y de esperanzas que fortifican y restauran el espíritu débil; eres semilla de bienes, que el viento lleva en sus alas impalpables; eres manantial fecundo que no se agota ni se enturbia.

Ojalá que siempre las generaciones recojan tu semilla, aspiren tu aroma y beban en tu manantial; porque tu semilla es la fé, tu aroma el amor, y tu manantial el camino que permite ver en los ideales mundos del alma la eterna luz, la luz de la inmortalidad.



## IV.

### LA INFANCIA DE JESUCRISTO.

---

En la época del nacimiento de Jesús llegaron á Jerusalem tres reyes magos (filósofos ó sábios) procedentes de las regiones de Oriente, los cuales guiados por el rumbo que les trazaba una estrella fueron á la córte de Herodes, en demanda del divino rey de los Judios.

Una vez en Jerusalem, ocultóse la estrella y cuando los tres viajeros abandonaron la ciudad volvió á mostrarles su luz, que los llevó al sitio donde se encontraba Jesucristo.

Enterado Herodes por los magos del nacimiento del Redentor, hizo reunir los pontifices y los doctores de la ley, y con sorpresa oyó que el Salvador debia nacer en Belen de Judá, segun estaba anuncia-



do por el profeta Miqueas; y como la noticia era un golpe asestado á la ambicion de Herodes, que temia perder su reino temporal, el orgulloso príncipe rogó á los magos que tan luego como hubieran hallado al recién nacido se lo participasen para ir á su vez á adorarlo.

Los magos llegaron por fin á Belen y allí encontraron el Mesías, ante quien se postraron, ofreciéndolo oro, incienso y mirra; pero advertidos en sueño por un oráculo, se guardaron de comunicar á Herodes que habian visto al Salvador, y en cambio volvieron á su pais por distinto camino del que llevaron á la pátria del Redentor.

El Evangelio consigna que Jesucristo en cumplimiento de la ley, fué circuncidado á los ocho dias de nacer y recibió, conforme habia dicho el ángel, el nombre de *Jesús*.

Cuarenta dias despues de venir al mundo el Salvador, fueron María y José á Jerusalem y consagraron al Niño Dios, presentándolo en el Templo porque la prescripcion de Moisés ordenaba á los Judíos que consagrasen los primogénitos de cada familia y los rescatasen con la ofrenda de cinco *siclos* de plata.

María aceptó sumisa el cumplimiento de la ley lo mismo que el de la purificacion, aunque dadas las excelencias de la Virgen, estaba exenta de ambos requisitos; y como no pudo; gracias á su pobre-

za, ofrecer un cordero en el acto de la presentación, entregó dos tórtolas, según era práctica en los que carecían de riqueza; pues los dones que depositaron los Reyes Magos ante el Salvador habían sido, sin duda, repartidos por la Virgen entre infelices necesitados.

La fiesta llamada de la *Purificación* fué instituida en recuerdo de la purificación de María, cuya humildad perfecta en aceptar aquella práctica celebra la Iglesia.

Según la opinión general, estableció dicha festividad el emperador Justiniano hácia mediados del siglo VI, con motivo de una terrible mortandad que hubo en Constantinopla; pero de cualquier modo, es lo cierto que aquel príncipe la fijó en el 2 de Febrero y ordenó que en todas partes se celebrase de una manera uniforme.

Después de la presentación, volvieron á Nazaret María y José; y como un ángel del Señor se apareciera á este en sueños ordenándole que huýese á Egipto con Jesús y María, porque Herodes iba á buscar al Niño-Dios para hacerlo morir, el santo matrimonio emprendió de seguida el penoso viaje; y cuenta la tradición que donde la Santa Familia se detenía para reposar durante el día, brotaban de la arena fuentes de puras aguas y elevábanse por sí mismos hermosos árboles de espeso ramaje, y luego que se agotaban las provi-



siones, se inclinaban hasta el alcance de los viajeros los sabrosos dátiles de magníficas palmeras.

La ciudad de Heliópolis fué el refugio donde permanecieron María y José durante siete años, consagrados á velar por las necesidades de su divino Hijo, al que mantenía el matrimonio con el producto de su trabajo; María hilaba y cosía y José habíase dedicado á la carpintería.

Entretanto, Herodes comprendiendo que los Reyes Magos lo habían burlado, puesto que inútilmente aguardó su vuelta, hizo matar todos los niños de dos años para abajo que hubiera en Belen y sus alrededores, á fin de que pereciese con ellos Jesús. El terrible monarca vivió mucho tiempo, despues de aquella matanza inhumana, y el ángel del Señor aparecióse de nuevo á José mientras dormía, anunciándole que podía regresar á la tierra de Israel, porque habian muerto los que buscaban al Niño Dios. El honrado esposo de María emprendió el camino hácia el país de Israel; pero sabiendo que Arquelao, hijo de Herodes, reinaba en Judéa, no se atrevió á ir allá, y la Santa Familia se retiró á Nazaret.





El *Evangelio* no se muestra explícito respecto de la infancia de Jesús; pero se sabe que el Redentor, durante ese periodo de su vida conservó, como en lo sucesivo, íntegras la pureza y la humildad. La circunstancia de residir en Nazaret, ciudad modesta y sin duda de escasos elementos para la instrucción, hace presumir que frecuentaría pocas escuelas y que más bien estudiaría en la hermosa naturaleza que lo rodeaba.

A la edad de doce años acompañó Jesús á sus padres en su viaje á Jerusalem, á cuya capital iban para celebrar las fiestas de Pascua y habiéndolo perdido, lo encontraron al tercer dia en el Templo, sentado en medio de los doctores, con los cuales discutía.

La aflijida madre le preguntó:

—«Hijo mio ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira cómo tu padre, y yo angustiados te buscamos».—

Y respondió Jesús:

—«Para qué me buscábais? No sabíais, que en las cosas que son de mi padre me conviene estar?»—

Después, la santa familia regresó á Nazaret; pero la extraordinaria escena del Templo fué suficiente para revelar toda la sabiduría de aquel niño, cuyos conceptos ricos de profundidad y de sentimiento, destruían la argumentación de los más

ilustres maestros. Y es que Jesús, en su lenguaje sencillo, hablaba la verdad y esta se impone, como se impuso más adelante para subsistir inquebrantable, constituyendo una sublime doctrina que no se borra ni se marchita á los rudos embates del tiempo destructor.

## V.

### JUAN BAUTISTA.

---

Desde la infancia de Jesucristo hasta la inauguración de su ministerio público que empieza con la elevada misión de Juan Bautista, nada dicen los Evangelistas acerca de la vida del Redentor.

San Lucas señala la obra del Precursor en el año 15 del imperio de Tiberio, cuando Póncio Pilato gobernaba la Judéa y Herodes Antipas era Tetrarca de Galiléa, en tanto que su hermano Felipe desempeñaba análogo cargo en Ituréa. En esa época, pues, oyóse la voz sublime de Juan Bautista quien contaba treinta años de edad y había vivido hasta entonces en el desierto.

El Precursor fué, como dice un publicista, el primero que abrió el camino á los anacoretas y soli-



tarios. San Gregorio Nacianceno lo llama *ermi-  
taño*; San Ambrosio y San Crisóstomo consignan  
que en el desierto tuvo por maestro al Espíritu  
Santo que lo alumbró de los misterios divinos;  
San Jerónimo lo designa con el nombre de *apóstol* y  
San Bernardo lo denomina *patriarca, cabeza y fin  
de los patriarcas*.

Su alimento consistía en langostas y en la miel salvaje que encontraba en el tronco de los árboles y en las grietas y huecos de las rocas. Su vestido se reducía á un cilicio tejido con pelo de camello, que le cubría el cuerpo, y un cinturón de piel; de suerte que al par se presentaba austero en sus ropas y en sus alimentos. La severidad del Precursor, su franqueza ruda, como de quien habla el lenguaje de la verdad, hacían de aquel hombre un sér extraordinario; y luego, el lugar elegido para su predicación contribuía á completar la aureola de que se hallaba revestido. No era una comarca risueña, cual otras que hermocean la Palestina; era el desierto de Judéa, que se extiende hasta el mar Muerto y cuyo carácter de grandiosa desolación impresiona vivamente. La magestad del paisaje; la melancolía que allí se respira, elevan el pensamiento, purifican el alma apartándola de las ideas terrenas y ponen de realce la omnipotencia de Dios. No hay término que sirva para que el hombre se comunique con la divinidad. La oración

y la meditacion suben directamente y por sí mismas al cielo, sin encontrar objeto ni motivo que las aparten del supremo fin que buscan.

La nueva de la predicacion de Juan circuló rápidamente y acudió en su busca un numeroso concurso que procedía ya de Jerusalem, ya de todo el pais que se estiende á entrambas orillas del Jordan. El bautismo que el Precursor imponía llamábase purificacion y era la disposicion de penitencia para preparar al bautismo de Jesucristo. Anunciaba la venida del Mesías; instruía á los que se le acercaban y tuvo muchos discípulos, á quienes cautivaba la hermosa enseñanza que escuchaban. Su predicacion adaptábase á las respectivas condiciones de los oyentes y siempre entrañaba un fondo de profundidad, exento de contemplacion temerosa y de ficcion encaminada á torcer el realismo de las cosas.

Habia entonces entre los Judíos tres grandes sectas, la de los Esenios que tenían creencias honradas y prácticas excelentes; la de los Fariseos que con apariencia de bondad eran hipócritas y malvados y la de los Saducéos que no creían en el espíritu ni en la inmortalidad del alma.

Juan comprendió que las dos últimas sectas llegaron á su lado por un mentido alarde de piedad y las trató con dureza, increpándolas en esta forma:



—«Raza de víboras, quien os mostró á huir de la ira, que ha de venir?

Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no comenceis á decir: Tenemos por padre á Abrahan. Por que os digo que puede Dios de estas piedras levantar hijos de Abrahan.

Porque ya está puesta la segur á la raiz de los árboles. Pues todo árbol, que no hace buen fruto, cortado será, y echado en el fuego.»—(SAN LUCAS) III, 7, 8 y 9.)

Cuando le preguntaban si era el Cristo, respondía:

—«Yo en verdad os bautizo en aguas: mas vendrá otro más fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espíritu Santo, y fuego.» - (id. III, 16.)

A los que le interrogaban acerca de lo que debían hacer, contestaba:

—«El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene: y el que tiene que comer, haga lo mismo.»—(idem III, 11.)

A los Públicos (1) hablaba de esta suerte:

---

(1.) Receptores de los caudales públicos. Era un cargo que los Judíos miraban con antipatía, por que la mayor parte de los individuos que lo desempeñaban tenían la flaqueza de abusar del pueblo.



—«No exijais más de lo que os está ordenado.»—

(SAN LUCAS III, 13.)

A los soldados aconsejaba en esta forma:

—«No maltrateis á nadie ni le calumniéis: y contentáos con vuestro sueldo.»—(SAN LUCAS III, 14).



Se ignora si habian muerto los padres del Bautista al entrar este en su ministerio y del propio modo la Escritura guarda silencio acerca de otros detalles de su vida. En cambio, es evidente que el fervoroso profeta se consagró á Dios con la más perfecta vocacion, comenzando por el voto parcial establecido entre los Judíos y consistente en no cortarse el cabello, que debia crecer en libertad, y en no beber licores fermentados.

Su pensamiento habia comprendido con su poderosa percepcion mental que era preciso realizar titánicos esfuerzos para que su pátria abandonase las vías del pecado y entrase en el recto camino de la virtud. Causábale amargura el cuadro de impiedad que veía y atormentada su alma quiso poner un dique al desbordamiento de la impiedad. La soledad agigantando las fuerzas del Bautista le prestó feliz preparacion y cuando la hora se hubo

aproximado pronunció las solemnes palabras. —  
— ¡Arrepentíos! *El reino de los cielos se acerca!*

San Juan con su ministerio, dió forma á estas frases del profeta Ezequiel:

—«Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificareis de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré.»—

El valeroso Precursor atacaba el mal en su raíz; iba derecho al fondo del vicio y anunciaba los juicios de Dios con frase ruda y sóbria.

Su nombre y su fama crecieron. El Sanhedrin, tribunal que entendía en los asuntos religiosos, le envió una especie de diputacion y á sus preguntas de si era el Cristo ó Elías, respondió:—*Yo soy la voz del que clama en el desierto.* Y con elocuentes razones, dió testimonio de que vendría en breve el Mesías, es decir, la verdadera luz.

## VI.

### BAUTISMO DE JEEUCRISTO.

---

Al terminar Juan su mision, despues que todo el pueblo hubo recibido el bautismo, hizo Jesús la salida de Nazaret y apareció por la vez primera, trascurrida la época de su modesta y desconocida infancia.

Era el año 780 de Roma cuando el Redentor que, segun San Lúcas tenía unos treinta años, llegaba á la orilla del Jordan para recibir el agua de manos del austero Precursor y demostrar en esa forma que aceptaba y aprobaba la conducta de Juan y el recogimiento de los que fueron bautizados; que no obstante su immaculada pureza consentía humillarse como un pecador y en fin, que san-



tificaba las aguas, dándoles virtud regeneradora. Jesucristo iba solo. Aun no tenía discípulos, y puede añadirse que las gentes ignoraban que se tratase de un sér extraordinario; pero el Bautista lo reconoció á través de su humanidad, que anteriormente no diferenciaba á Jesús de los demás hombres y midió con el pensamiento la distancia que entre ambos existía y es indudable que, una vez en movimiento la intuicion reveladora, viese en imaginacion el pasado y rehiciera los recuerdos indecisos de la infancia.

Juan, confuso, exclamó entonces:

—«¿Yo debo ser bautizado por tí, y tú vienes á mí?»

Y Jesucristo respondió:

«Deja ahora: por que así nos conviene cumplir toda justicia». (SAN MATEO III, 14 y 15 )

Juan obedeció trémulo y bautizó á Jesucristo en las aguas del Jordan: pero apenas el Redentor había penetrado en el rio, abrióse el cielo, el espíritu divino descendió sobre Jesús en forma de paloma y una voz que venía de las etéreas alturas habló así:

«Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido». (SAN MATEO III, 17.)

El cielo, cerrado hasta ese instante, se abrió en presencia de Jesucristo, y por aquel testimonio visible señalaba Dios los efectos del bautismo que el mismo Jesús debía instituir y demostraba que el

Omnipotente adoptaba por hijos á cuantos lo recibieran.

El Precursor, acompañado de dos de sus discípulos, encontró al dia siguiente á Jesús, y les dijo:

—«He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita el pecado del mundo». (SAN JUAN II, 29).





## VII.

### LA TENTACION.

---

Jesucristo, como el Bautista, vivió en el desierto; y allí, en la soledad, en el retiro donde las ideas se exhiben sin la cohibición del bullicio y las multitudes, inauguró durante su permanencia de cuarenta días, sus combates y sus victorias.

El lugar elegido por el Salvador se dilata entre el Mar Muerto y Jericó, y desde aquella época tiene el nombre de desierto de la Cuarentena. Quería Jesús prepararse para la sublime obra de predicar el reino de Dios y fundar su Iglesia y comenzó con el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, según habían practicado en otro tiempo Moisés y Elías.

El Evangelio afirma que después de ayunar Je-

sús cuarenta días y cuarenta noches tuvo hambre, demostrando por este hecho la verdad de su naturaleza humana; y entonces fué cuando lo tentó el espíritu del mal.

El ángel caído aparece ante el Mesías y pretende poner á prueba el poder de Jesucristo; pretende que su grandeza llegue á manifestarse conforme á la voluntad del génio tentador; y aspira, en fin, á que cediendo á las sujestiones que le dirige, renuncie á la ley de la obediencia y acepte el cumplimiento de su propia satisfaccion y particulares inclinaciones.

La prueba á que estuvo espuesto Jesucristo es la espresion de la voluntad divina, que permite la tentacion, como para deducir de la victoria, que la obra sometida á las sujestiones del mal, era acreedora al mérito que se le asignaba.

Jesucristo, solo en el desierto y entregado á los ataques de Satan, dice en términos evidentes que el género humano hallará tentaciones en la vida, y enseña el modo de combatirlas, para que triunfe la libertad, precioso distintivo del hombre.



Revestido de forma humana, acercóse á Jesús el

espíritu del mal; le presentó dos piedras y le habló así:

«*Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se hagan panes*». (SAN MATÉO IV, 3)

Satan creía que si Jesús trocaba las piedras en panes, era en efecto, hijo de Dios; pero que en el caso contrario, carecía de la divinidad.

Jesucristo respondió:

«*Escrito está: No de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios*». (id. id., 4).

Satan, entonces, trasportó en espíritu á Jesús hasta lo alto del Templo de Jerusalem y le habló de esta suerte:

«*Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, por que escrito está: Que mandó á sus ángeles acerca de tí, y te tomarán en palmas, por que no tropieces en piedra con tu pié*». (id. id., 6).

Jesucristo repuso:

«*Tambien está escrito: No tentarás al Señor tu Dios*». (id. id., 7).

El tentador, en vista de su poca fortuna hizo un último esfuerzo; quiso vencer escitando el orgullo y la ambicion; llevó á Jesucristo sobre una elevada montaña; presentó á su vista el mundo con sus glorias y exclamó:

«*Todo esto te daré, si cayendo me adoraes*». (id. id., 9).



Sin embargo, únicamente obtuvo esta contestación:

«*Vete, Saltauás: por que escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás*». (id. id., 10).

Vencido el espíritu del mal, desistió de su empresa, al par que Jesús aparecía triunfante. Había elegido el camino que iba á llevarlo á la cruz, pero al propio tiempo, cumplió con el más digno de los deberes; renunciando á la mentida gloria del egoísmo y enseñando á la humanidad las vías de la moral sublime y de la noble fortaleza.

## VIII.

### PRIMEROS DISCÍPULOS Y PRIMER MILAGRO.

---

El Bautista, acompañado de dos de sus discípulos, según hemos dicho, había exclamado al ver á Jesús que salía del desierto:

—«*He aquí el Cordero de Dios: he aquí el que quita el pecado del mundo*»—y al oír estas palabras, los discípulos fueron en pos de Jesucristo quien observando que le seguían volvióse y les preguntó:

—«¿*Qué buscáis?*»—

Ellos respondieron:

—«¿*Rabbi (maestro) en donde moras?*»

—«*Venid, y vedlo*»: (repuso el Salvador).

Llegaron á Bethabara y allí el Redentor hubo de ofrecer á sus huéspedes la ocasión de una con-

ferencia. Era la décima hora del día, ó sea las cuatro menos cuarto de la tarde del 19 al 20 de Febrero. La conversacion se prolongaba y llegó la noche, con cuyo motivo los discípulos se retiraron, si bien algunos autores creen que permanecieron toda la noche en compañía de Jesús.

A la mañana siguiente, Andrés, uno de los discípulos encontró á su hermano Simon y le dijo:

—«*Hemos hallado al Mesías*».

Lo llevó á presencia de Jesucristo: este lo miró y le habló así:

—«*Tú eres Simon hijo de Jonás: tú serás llamado Cephás, que interpreta Pedro*».

Al dia siguiente encontró á Felipe y le dijo—*sígueme*— Felipe halló á Nathanael y como le refiriese el feliz encuentro con el Mesías, respondió—«¿De Nazaret puede haber cosa buena?»—pero luego que vió á Jesús exclamó con íntima conviccion—«*He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño*».—

Nathanael preguntó á Jesús de donde le conocía y el Salvador pronunció estas palabras:

—«*Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi*».

Este dato acabó de llevar la certidumbre á Nathanael, puesto que replicó:

—«*Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel*».



La observacion de Jesucristo, acerca del momento en que habia visto á Nathanael, es la prueba de que el recién llegado era buen israelita, pues leía la Escritura, bajo una higuera; ó en otros términos hacía oración, esperando con fé profunda el tiempo feliz anunciado por los profetas.

De esta suerte, comenzaba Jesús el sagrado ministerio.

Tres dias despues de abandonar las orillas del Jordan entró Jesucristo en Caná de Galiléa, donde encontró su divina Madre, que habia sido convidada para asistir á una casa en la que celebraban una boda. Tan luego como el esposo tuvo noticia de la llegada de Jesús lo invitó al convite, en compañía de los discípulos que iban con el Redentor; pero aconteció que tratándose de una familia de escasos recursos, habían llevado solo la cantidad de vino necesaria para los comensales que esperaban; y como de repente se sentaron á la mesa otros varios con quienes no contaban, resultó que aquella bebida iba á faltar, evidenciando por este hecho la pobreza ó la imprevision de la familia.

La Santa Virgen deseosa de que el decoro de los esposos no sufriera y queriendo tal vez pagar de una manera brillante la hospitalidad recibida, dijo á Jesús:

—«No tienen vino».

Pero el Salvador contestole en estas palabras:

—«Muger ¿qué nos va á mi, y á tí? aun no es llegada mi hora.».

Sin embargo, la Virgen insistió, pues habló á los que servían:

—«Haced cuanto él os dijere.».

Había seis grandes urnas de piedra, destinadas á las purificaciones que practicaban los Judíos, y Jesucristo las mandó llenar de agua, despues de lo cual dispuso que sacasen el líquido y una vez gustado, vieron con asombro que era delicioso vino.

Este primer milagro, en presencia de sus discípulos, hizo aparecer de un modo patente la gloria de Jesús. Hasta aquel momento habian creido en el Salvador por el testimonio del Bautista; pero despues de lo que acababan de presenciar, empezaron á fundar su fé sobre las acciones de Jesucristo.

Al mismo tiempo, se deduce una profunda enseñanza de las palabras que Jesús dirige á su madre. Significan que solo obedece á su eterno Padre; que lo primero es el cumplimiento de la noble mision de que está encargado; y de esta suerte, llega María á comprender cuantos serán los sufrimientos que le aguardan para lo sucesivo.

Es una vida de pruebas; y aunque el triunfo espera al término de la jornada, no puede sustraerse á la amargura el corazon de la madre, presintiendo rudos combates entre el deber y las afecciones del alma.



## IX

### LOS VENDEDORES DEL TEMPLO Y LA CONVERSACION CON NICODEMO.

---

Habian trascurrido cinco ó seis semanas desde el milagro de Caná. Se aproximaba la Páscoa, y el dia de los *Acimos* era el diez de abril. La fiesta de los *Acimos* figuraba entre los mas célebres de los Judios; se prolongaba siete dias y en ese espacio de tiempo comian pan sin levadura para recordar que el pueblo hebreo se vió precisado á hacerlo en la misma forma cuando salió de Egipto. Los Judios observaban con todo rigor la solemnidad; mientras duraba les estaba prohibido, bajo pena de muerte, servirse de cosa alguna en que hubiera levadura; ofrecian holocaustos y victimas



cada día, y el primero y el último de los *Acimos*, debían abstenerse de toda obra servil.

Acompañado de su santa madre, de varios parientes y de sus nuevos discípulos, emprendió Jesús el camino de Jerusalén, en la citada época, deteniéndose algunos días en Cafarnaun.

Una vez llegado á Jerusalén, dirigióse al Templo y demostró con su enérgica actitud cuan grande era el celo que lo animaba por la gloria de su eterno Padre.

Encontró Jesucristo en el primer átrio del Templo un mercado de palomas, bueyes y ovejas, así como diversos cambistas que facilitaban los pagos á los Judíos extranjeros. Sin duda la instalacion de aquellas gentes obedecía á la costumbre y la tolerancia, pero de cualquier modo implicaba un abuso, no solo por que el emplazamiento ocupado era un lugar de oracion, cuanto por que denunciaba la explotacion de los sacerdotes, que alquilaban los sitios, obteniendo una importante renta; de suerte que el culto habiase convertido en espresion manifiesta de la codicia, con menoscabo de su purísimo concepto.

En presencia de semejante profanacion, indignase Jesús, toma un puñado de cuerdas, y formando una especie de azote arroja del Templo los mercaderes, echa por tierra las mesas de los cambistas y dice á los que vendian palomas:

—«*Quitad esto de aquí, y la casa de mi padre no la hagais casa de tráfico*». — (SAN JUAN III, 16.)

La magestad divina que brillaba en el rostro de Jesús y la viril energia de sus palabras, se imponen á la muchedumbre. Nadie intenta resistirse y únicamente le preguntan:

—«*Qué señal nos muestras de que haces estas cosas?*» — (id. id. 18.)

Y responde Jesús:

—«*Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré*». — (id. id. 19.)

Jesucristo hablaba de si mismo, refiriéndose á su futura resurreccion; es decir, que mencionaba el verdadero santuario de la religion, llamado á restaurar el culto de Dios.

\* \* \*

La noche de aquel dia un sábio fariseo que pertenecia al Sanhedrin; un hombre de elevado rango social, llamado Nicodemo, fué en busca de Jesús; pero temeroso de comprometer su dignidad, lo visitó en secreto. Habia oido hablar cosas extraordinarias del Salvador y comprendia quizá que era un profeta.

La conversacion tuvo por base los primeros ele-



mentos de la religion Cristiana y con tal motivo espuso Jesús consideraciones sublimes que sorprendian á Nicodemo, cuya inteligencia no podia alcanzar todo el significado de las palabras del Salvador. El docto fariseo, despues de darle el nombre de Maestro, espresó que lo consideraba como enviado por Dios para instruir á los hombres y que lo juzgaba así, en virtud de los milagros con que afirmaba sus predicaciones, cosa que no haría si Dios no estuviera con él.

Jesús le habló así:

—*«En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios, sino aquel que naciere de nuevo».* (SAN JUAN III, 3.)

Nicodemo, sorprendido, preguntó cómo puede un hombre nacer, siendo viejo; y Jesucristo añadió entonces:

—*«En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo».*

*«Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es».* (id. id., 5 y 6.)

*«El espíritu donde quiere sopla: y oyes su voz: mas no sabes de donde viene, ni á donde va: asi es todo aquel que es nacido de espíritu».* (id. id., 8.)

Nicodemo, desconcertado por aquel lenguaje que nunca había oido, preguntó cómo podia hacerse todo esto y entonces Jesús le replicó que siendo



maestro en Israel ignorase los primeros elementos de la conduccion de las almas y la vida espiritual que consiste en la renovacion interior.

Jesucristo insistió de este modo:

—«En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos, eso hablamos, y lo que hemos visto, atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio»

«Si os he dicho cosas terrenas, y no las creéis: ¿Cómo creereis, si os dijere las celestiales?».

«Y ninguno subió al cielo, sino el que descendió de cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo».

«Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así tambien es necesario, que sea levantado el Hijo del hombre».

«Para que todo aquel, que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna».

«Por que no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él».

«Quien en él cree, no es juzgado: mas el que no cree, ya ha sido juzgado: por que no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios».

«Mas este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas, que la luz: por que sus obras eran malas».

«Por que todo el hombre, que obra mal, aborrece la luz, para que sus obras no sean reprendidas».

«Mas el que obra verdad, viene á la luz, por que son

*hechas en Dios». (SAN JUAN III, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21.)*

Es decir, que Jesucristo promete un porvenir celestial, y para cumplir su obra redentora, será crucificado, y su muerte dará la salvacion á quien tenga fé; puesto que la serpiente á que alude es una figura de la salvacion de la humanidad por la fé en Jesús crucificado.

## X.

### MUERTE DE JUAN BAUTISTA.

---

Jesús marchó con sus discípulos al territorio de la tribu de Judá; permaneció algun tiempo cerca del sitio donde había estado el Bautista, hácia la desembocadura del Jordan en el Mar Muerto, y allí bautizaba á cuantos iban en su busca.

Entretanto, el Precursor que seguía predicando con la propia entereza que en un principio, se encontraba en Henon, cerca de Salim, sobre la orilla derecha del Jordan,

Los discípulos de Juan y algunos Judios partidarios de Jesús, discutian acerca de la eficacia del Bautismo que el uno y el otro administraban; y para decidir el debate espresaron sus opiniones á Juan. Este hombre extraordinario declaró entonces que Dios enviaba las gentes al nuevo bautis-



mo de Jesús y que él, Juan, no debía oponerse á los designios de Dios. Luego, empleando una hermosa imágen, esplicó la virtud de los dos bautismos, estableciendo la diferencia que existia entre los dos bautistas, y al efecto, á Jesús lo llamó Esposo de la Iglesia, al paso que el Precursor era el amigo del Esposo. Espuso la necesidad de que Jesús fuese creciendo y elevándose, á la vez que el Bautista se borraba mas y mas y volvía á la oscuridad de su nada, y por último añadió que habiendo venido del cielo Jesús, estaba por encima de todos, en sus doctrinas y sacramentos, mientras que Juan, que traía su origen de la tierra, era todo terrestre, en sus condiciones, en sus pensamientos y lenguaje.

Las palabras del Bautista obraron una reaccion en sus oyentes. Disípóse todo antagonismo y comprendieron los discípulos la grandeza de Juan, cuya voz difundía el sentimiento del deber.

La predicacion y la doctrina del Bautista, habianse esparcido en toda la Judea, cuando Herodes Antipas lo mandó matar en virtud de un acto de venganza. El tetrarca hallábase dominado por un criminal amor hacia Herodias, esposa legitima de su hermano Felipe, el cual vivía en Roma. Herodes, sin tener en cuenta lo culpable en su accion hizo alarde de su amor, casándose públicamente con aquella muger, á cuyo fin se divorció de su

primera esposa, la hija de Aretas, rey de Petra.

El escandaloso hecho causó profunda indignación en Galilea y tan luego como lo supo el Bautista fué á Henon y revelando valerosa franqueza, reprendió á Herodes su matrimonio incestuoso, diciendo que la ley de Dios no le permitía casarse con la muger de su hermano, que no solo vivía, sino que tenía una hija de Herodias.

La espresion de la verdad levanta en ocasiones rudas tempestades, y esto aconteció con el Bautista. Sintió Herodias surgir de su alma un implacable ódio contra Juan, en quien veía una constante amenaza tanto mayor, cuanto que si el tetrarca daba acceso á las palabras de reprension corria el riesgo aquella muger de ser enviada á su primer marido; de modo que en su deseo de aniquilar al justo varon, animaba á Herodes contra Juan. Por otra parte, Herodes no tenía valor para separarse de Herodias, y si á veces experimentaba respeto hácia el Bautista y aun lo escuchaba con atencion, á veces tambien sus propios resentimientos y las frecuentes escitaciones de su esposa lo llevaban al extremo de jurar la muerte de Juan. Pero al lado de estas consideraciones aparecía una muy digna de meditacion. El pueblo miraba en el elocuente predicador un profeta y hubiera sido fácil promover una sedicion al decretar su muerte.



Así las cosas, tras largas incertidumbres, venció el espíritu de la perversión. Herodes, para apaciguar los ánimos, pretestó que el Bautista, abusando de su autoridad, escitaba á la rebelion y dispuso en consecuencia, que fuese encerrado en un calabozo del castillo de Maqueronte.

El desenlace del drama no debia tardar. Era el aniversario del nacimiento de Herodes y con tal motivo celebrábase un festin en la fortaleza de Maqueronte, erijida en el extremo oriental del mar Muerto. La hija de Herodias danzó delante de todos, y de tal manera agradó al tetrarca, que este le ofreció con juramento, darle cuanto le pidiese. Prevenida ella por su madre, pidió que la llevasen en un plato la cabeza del Bautista; y aunque la demanda entristeció á Herodes, mandó que degollasen á Juan y poco despues el precursor exalaba el último suspiro.

La vida de Juan no fué esteril y era locura pretender ahogar en sangre inocente la sublime doctrina predicada por aquel hombre extraordinario. Muerto el Bautista, la memoria de su predicacion flotaba, por decirlo así, en la sociedad que lo habia conocido,

Los cimientos del edificio estaban echados. El tiempo haria lo demás.



## XI.

### JESUCRISTO A LA SAMARITANA.

---

La hostilidad que los fariseos demostraban hácia Jesús desde que tuvo lugar la escena del Templo, y á la vez la noticia de la prision del Bautista, lo determinaron á salir de Jerusalem y dirigirse á Galiléa. Tenia el Salvador que atravesar la provincia de Samaría, y siguiendo las ásperas sendas de las montañas, llegó un dia, bajo los rayos del sol ardiente de Palestina, á la ciudad de Sichar, hoy Sichem, distante doce leguas de Jerusalem.

Fuera de la poblacion encontrábase una heredad que Jacob habia dado en concepto de mejora á José su hijo, y junto á un pozo del prédio sentóse Jesús para descansar de las fatigas de la ruta.

Era la hora sesta, y habiendo llegado una mager

de Samaría á sacar agua del pozo, Jesús le habló así:

—«*Dáme de beber*». (SAN JUAN IV, 7.)

En la primera parte de esta obra hicimos referencia al odio que mediaba entre los Judíos y los Samaritanos, y por consiguiente es fácil presumir el asombro de la muger, al observar que un Judío, segun denunciaban el traje y el acento, le dirigiese la palabra. De aquí su réplica á la peticion de Jesucristo:

—«*¿Cómo tú, siendo Judío, me pides de beber á mí, que soy muger samaritana? por que los Judíos no tienen trato con los Samaritanos.*» (SAN JUAN IV, 9.)

Jesucristo respondió:

—«*Si supieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dáme de beber: tú de cierto le pidieras á él, y te daría agua viva.*» (Id. id. 10)

La Samaritana tomó estas palabras en su sentido material y repuso con sorpresa:

—«*Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva?*

«*Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?*» (Id. id. 11 y 12).

Entonces añadió Jesús:

—«*Todo aquel que bebe de esta agua, volverá á tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca nunca jamás tendrá sed:*

*Pero el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.»* (Id. id. 13 y 14.)

La inteligencia limitada de aquella muger no comprendia que Jesucristo aludia á la gracia que estingue la sed de los bienes terrenales y á la gloria que ha de colmar todos nuestros deseos, y replicó de esta suerte:

—«Señor, dáme esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí á sacarla.» (id. id. 15.)

Jesús le dijo:

—«Vé, llama á tu marido, y ven acá.» (Id. id. 16.)

Turbada la samaritana, confesó que no tenia marido y Jesús insistió:

—«Bien has dicho, no tengo marido: Porque cinco maridos has tenido: y el que ahora tienes, no es tu marido: esto has dicho con verdad.» (Id. id. 17 y 18.)

Aquella revelacion fué como un rayo de luz para la samaritana. Reconoció al punto que quien de tal modo poseia los secretos de su vida y hablaba en tan desusada forma, debia ser un profeta, y espresando esta creencia á Jesús, le preguntó qué donde era menester adorar á Dios, en Garazim ó en Jerusalem. Jesucristo pronunció como respuesta las siguientes frases:

—«Dios es espíritu: y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.» (id. id. 24 )

El fondo sublime de este pensamiento escapaba



á la penetracion de la samaritana, pero animada quizá de un presentimiento, dijo:

—«*Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo; y cuando viniere él nos declarará todas las cosas*» (Id. id. 25.)

Jesús limitóse á contestar:

—«*Yo soy, que hablo contigo.*» (Id. id. 26.)

Al mismo tiempo llegaron los discípulos de Jesús trayendo víveres de la ciudad, y como le rogasen que comiera, respondió Jesucristo:

—«*Yo tengo para comer un manjar, que vosotros no sabeis.*» (Id. id. 32.)

Y ante la estrañeza de sus discípulos, añadió:

—«*Mi comida es, que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra.*» (Id. id. 34.)

Es decir, que el divino Redentor atento á la obra de salvacion de la humanidad, se alimentaba con la fé de los que creian en la nobleza de su doctrina.

Entretanto, la Samaritana corrió á Sichar, y á la manera de un apóstol, predicó á Jesús, rogando á cuantos encontraba que la acompañasen para ver un estrangero que poco antes le habia descubierto las acciones todas de su vida. Muchos creyeron en Jesús por la referencia de la muger; y otros que acudieron ante la presencia del Salvador y le pidieron que se detuviese en Sichar, como lo

verificó dos días, creyeron también, en virtud de la bondad de su predicación.

Jesús lo había manifestado á sus discípulos cuando lo encontraron hablando con la Samaritana:

— *«Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse.»* (SAN JUAN IV, 35).

En otros términos: había llegado la oportunidad de la conversión de los pueblos.





## XII.

### PREDICACIONES PÚBLICAS.

---

Si esceptuamos la protesta contra la profanación del culto en el Templo de Jerusalem, no habia inaugurado Jesucristo su ministerio en la esfera pública; pero una vez en Galiléa preséntase ante el pueblo y con sus actos y su palabra lleva á los ánimos el convencimiento de la hermosa doctrina que predica.

De nuevo llega á Caná y allí le pide la salud para su hijo moribundo, un oficial de la córte de Herodes Antipas. El Redentor accede á la demanda y aquel padre y toda su familia se convierten á la fé del divino Maestro.

Jesús pasa un sábado á Nazaret y penetra en la sinagoga, donde reunido el pueblo, escuchaba se-

gun costumbre, la lectura de los libros santos. Ese día tocaba el oráculo magnífico de Isaías en que se anuncia el Mesías y cuando era mas profundo el silencio, exclama Jesús:

—*Hoy se ha cumplido la escritura en vuestras orejas*. (SAN LÚCAS IV, 21).

A seguida comenta el testo sagrado y produce en el auditorio extraordinaria sorpresa. Le piden un milagro y como responde invocando la libertad de la gracia divina, que ofrece tan solo sus dones á la fé, aquellos hombres, poseidos de inícua saña, lo arrojan de la sinagoga, lo llevan á la cumbre de un monte, quieren precipitarlo al abismo, pero Jesús pasa por enmedio de la turba enfurecida, y abandona la pequeña ciudad.

Una mañana iba Jesucristo por la orilla del lago de Galilea y vió dos pescadores que echaban las redes al agua. Eran aquellos Simon Pedro y su hermano Andrés, quienes habían acompañado algun tiempo á Jesús, si bien más tarde volvieron á su primitiva ocupacion. A corta distancia otros dos hermanos, Santiago y Juan, hijos de Cebedéo, hallábanse en una barca componiendo sus redes. Jesucristo los invitó á que lo siguieran, prometiéndoles que en adelante serían pescadores de hombres. La muchedumbre se apiñaba en torno del Redentor y entonces este entró en la barca de Si-



mon y desde allí dirigió la palabra al pueblo, que oía con asombro la sublime enseñanza.

Cuando hubo cesado de hablar, quiso dar á los cuatro nuevos discípulos una idea sensible de la pesca espiritual que les ofrecía y al efecto, dijo á Simon:

—*«Entra mas adentro, y soltad vuestras redes para pescar».* (SAN LÚCAS V. 4).

Simon repuso:

—*«Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada: mas en tu palabra soltaré la red».* (id. id., 5).

Y fué tan crecido el número de peces que sacaron entre las mallas, que la red se rompía. Entonces llamaron para que los ayudase á Santiago y Juan, que los seguian en otra barca; y habiendo acudido llenaron de tal modo las embarcaciones, que casi se sumergían.

Simon Pedro, maravillado en presencia de aquel prodigio, arrojóse á los piés de Jesús y exclamó de esta suerte.

—*«Señor, apártate de mi, que soy un hombre pecador».* (id. id., 8).

Despues de semejante escena, Simon, Andrés, Santiago y Juan siguieron á Jesús, y demostraron en lo sucesivo ser fieles partidarios de su doctrina.

El sábado siguiente entró Jesús, acompañado de sus discípulos, en la sinagoga de Cafarnaun y pre-



dicó en público el Evangelio, enseñando las reglas de una moral santa, en oposicion de las tradiciones farisaicas, superficiales y exentas de sólido fundamento. Demostraba la ineficacia de la penitencia cuando no tiene por espresion un cambio en el alma y en la voluntad; añadía que la adoracion á Dios consiste en amarlo sobre todas las cosas y que las acciones exteriores carecen de mérito si no parten de un fondo de sincera caridad y de recta intencion. Hablaba con la autoridad de un legislador; señalaba todos los deberes del hombre; había en su lenguaje persuasiva eficacia, magestad profunda y fuerza irresistible, y confirmaba la verdad de sus instrucciones por medio de milagrosos efectos.

En la sinagoga libró á un hombre del espíritu impuro; poco despues devolvía la salud á la suegra de Simon y durante su permanencia en Cafarnaun obró diferentes otros milagros.

*«Y tanto más se estendía su fama: y acudían en tropas los pueblos por oirle, y para ser curados de sus enfermedades».*

*«Mas él se retiraba al desierto á orar».* (SAN LÚCAS V. 15 y 16).

Cierto dia, en una ciudad de Galiléa, encontró un leproso que le imploraba lo librase de su horrible mal, y el Redentor estendiendo la mano, lo tocó y sanó. En vano le había prohibido publicar

el suceso. El hombre que de tan extraordinaria manera se veía limpio de la lepra refirió el milagro y sirvió para que aumentase la admiración hácia Jesús. Pero no todo era espontáneo respeto en favor de Jesucristo. El partido farisáico lo miraba con hostilidad y en aquel tiempo lo manifestó de una manera ostensible.

Estaba Jesús en una casa particular de Cafarnaun, en medio de la muchedumbre que de diferentes puntos acudía á verlo y pedirle consuelo, y he aquí que llegaron unos hombres trayendo sobre un lecho un infeliz paralítico. Pretendían ponerlo en la presencia de Jesucristo, pero como lo impidiese el tropel de la gente lo subieron encima del techo y practicando una abertura en el tejado lo descolgaron con el lecho, hasta colocarlo á los piés del divino Maestro. Al observar este la fé del paralítico y de los que lo conducían, dijo:

—«Hombre, perdonados te son tus pecados». (SAN LÚCAS V. 20).

Los escribas y los fariseos comenzaron á pensar maliciosamente y juzgaron que Jesús hablaba un lenguaje de blasfemia, toda vez que solo Dios tiene facultad para perdonar los pecados; pero el gran profeta, leyendo sus pensamientos, añadió:

—«¿Qué es mas fácil, decir: perdonados te son tus pecados: ó decir: Levántate, y anda?»

«Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene po-



*testad sobre la tierra de perdonar pecados* (dijo al paralítico): *A tí digo, levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa*. (id. id., 23 y 24).

El paralítico se levantó y fuese á su casa, glorificando á Dios, mientras la multitud, poseida de temor y de asombro, exclamaba:

—«*Maravillas hemos visto hoy*». (id. id., 26.)

A los pocos dias halló Jesús un publicano, de nombre Levi, al cual llamó para que lo siguiere, y en efecto; Levi lo siguió desde aquel instante, renunciando á su ventajosa posicion y animado de las mejores disposiciones en favor de la doctrina de Jesucristo. Los fariseos y los escribas se indignaron al saber que los discípulos del Salvador comían y bebían con los publicanos y pescadores, pero Jesús les respondió:

—«*Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos* »

«*No soy venido á llamar á los justos á penitencia, sino á los pecadores*». (SAN LUCAS V. 31 y 32)

Los adversarios de Jesús no satisfechos con aquella hermosa réplica, creyeron ver una contradiccion entre su conducta y el ascetismo del Bautista, cuyo ejemplo invocaron; pero Jesucristo repuso:

«*¿Por ventura podeis hacer, que los hijos del esposo ayunen, mientras con ellos está el esposo?*»

«*Mas vendrán dias, en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán en aquellos dias*»--(id. id. 34 y 35.)



En otros términos: la condicion presente de los discípulos de Jesús debía ser la alegría. El era el Esposo místico de la Iglesia, merced á la conversion de los Judíos, y en quanto á sus discípulos, eran amigos del Esposo; de manera que no se les podia obligar á que ayunasen mientras el Esposo estuviere con ellos; pero llegará un dia en que Jesucristo, por virtud de su Ascension al cielo los prive de su presencia, y entonces ayunarán.

Las sutilezas no cesaban; y como la cuestion relativa al sábado tenia importancia para los enemigos de Jesús, partidarios de una legislacion que bajo la apariencia del recto espíritu ocultaba la hipocresía, los discípulos fueron inculpados por que al atravesar en sábado unos sembrados cogieron espigas y comieron sus granos á fin de aplacar el hambre.

Jesús, entonces, invoca el ejemplo del rey David y pronuncia además, estas elocuentes palabras:

—*«El sábado fué hecho por el hombre, y no el hombre por el sábado.»*

—*«Así que el Hijo del hombre es Señor tambien del sábado.»*—(SAN MÁRCOS II. 27 y 28.)

Otro sábado, en la sinagoga, durante la lectura de los libros sagrados, dijo á un hombre que allí se encontraba y tenia la mano seca:

—*«Levántate, y ponte en medio.»* (S. LÚCAS VI, 8.)

El hombre obedeció y Jesús añadió:

—«Os pregunto, ¿es lícito en sábados hacer bien, ó hacer mal: salvar la vida ó quitarla?» (id. id. 9.)

—Ninguno respondia y mirando Jesucristo á todos, repuso:

—«*Tiende la mano*». (id. id. 10 )

Hízolo así el hombre y fué sana la mano poco antes seca.

Los fariseos no podian presentar á Jesus la discusion franca y noble; pero como temian el fin de su antigua teocracia, recurrieron á la astucia en contra del Salvador. Entretanto, la sociedad religiosa predicada por el sublime profeta se consolidaba y prometia para en adelante sus frutos de libertad y de dignidad humanas.

### XIII.

#### LA ELECCION DE LOS DOCE APÓSTOLES.

---

La institucion del apostolado tiene considerable importancia en la historia del Cristianismo, pues sintetiza la expresion de la Iglesia en su aspecto ideal y supone la práctica del heroismo, sin alardes ni aparato de ninguna especie. Representa el apostolado el sacrificio de sí mismo; la identificacion absoluta con la doctrina de Jesús y á la vez la expectativa del martirio, tras la gloria de una propaganda de paz y fraternidad.

Jesucristo, fiel á los principios que predicaba y realizaba, no escogió sus apóstoles en las elevadas gerarquías ni en la ciencia, sino entre los humildes y los ignorantes. Eran gentes sencillas, de honrados sentimientos y pertenecian á las masas popu-



lares; pero en el trascurso del tiempo llegaron á constituir la base firmísima del edificio religioso destinado á la regeneracion social.

Luego que Jesús hubo salido de Cafarnaun pasó la noche orando en una colina próxima á la ciudad, y á la mañana siguiente procedió á elegir los apóstoles, para lo cual se colocó un tanto separado de sus discípulos. El orden en que segun San Márcos, que lo aprendió de San Pedro, fueron llamados los apóstoles, es el que señalamos. Simon, al que Jesucristo dió el sobrenombre de Pedro; Santiago, hijo de Cebedeo, y Juan, su hermano, á los que señaló con el nombre de Boanerges, hijos del Trueno; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alféo; Judas ó Tadeo, hermano de Santiago; Simon, por sobrenombre el Cananéu, es decir, el Zelador y Judas de Iscariote, quien más tarde vendió á Jesucristo.

Santo Tomás analiza así, la razon de que los Apóstoles fuesen doce:

«Este número de doce estaba significado por los doce hijos de Jacob, por los doce príncipes de los hijos de Israel, por las doce fuentes de Elim, por las doce piedras del Racional, por los doce panes de proposicion, por los doce espías, por las doce piedras tomadas en el Jordan con las cuales se coustituyó un altar, por los doce bueyes que sostenian la fuente de bronce, por las doce estrellas

que forman la corona de la Esposa de que nos habla el Apocalipsis, por los doce fundamentos de la ciudad celestial, por las doce puertas de la Santa Sion».

Isaías, hablando de los Apóstoles, exclama:

«Qué hermosos son los piés de los que anuncian la paz y la felicidad, y predicán la salvación!»—

El «*Eclesiástico*» se espresa en esta forma:

«Todos sus bienes seguirán en manos de su posteridad; sus nietos son una herencia santa; y, á causa de ellos, sus hijos jamás perecerán».—

San Pablo esplica á los Corintios las razones que justifican la eleccion de los doce Apóstoles en cuanto afecta á varias de sus condiciones y dice lo que sigue:

«Dios ha escogido á los menos entendidos segun el mundo, para confundir á los sabios; ha escogido á los débiles segun el mundo, para confundir á los fuertes; ha escogido á los más viles, á los más despreciables segun el mundo, y á los que no eran nada, para vencer á los más grandes; y esto á fin de que ningun hombre se jacte delante de él».

Los Apóstoles tenían defectos y necesitaban en consecuencia, purificarse y modificar sus criterios respectivos. Había caracteres rudos y exageradas apreciaciones. Un dia Santiago y Juan pidieron á Jesús que les concediera sentarlos en su gloria, el



uno á su diestra y el otro á su siniestra y el Redentor les dijo:

«No sabeis lo que os pedís ¿podeis beber el cáliz que yo bebo: ó ser bautizados con el bautismo, con que yo soy bautizado?»—(SAN MÁRCOS X, 38).

Ellos contestaron afirmativamente, pero Jesucristo añadió:

«Vosotros en verdad, beberéis el cáliz que yo bebo: y sereis bautizados con el bautismo, con que yo soy bautizado:

«Mas sentarse á mi diestra, ó á mi siniestra, no es mio darlo á vosotros, sino á aquellos para quienes está aparejado. (Id. id. 39 y 40).

Habia además, Apóstoles ignorantes y de aquí esta exclamacion de Jesús.

—«Oh necios y tardos de corazon, para creer todo lo que los profetas han dicho». (SAN LÚCAS XXIV, 25.)

Unos poseian hacienda; otros carecian de bienes; pero todos ellos estaban animados de igual espíritu y el divino Maestro comprendió lo que iban á ser en lo futuro, cuando brillasen por la elocuencia de la palabra, por la constancia de la predicacion, por la solidéz del raciocinio, por la energía de la voluntad, ó por el entusiasmo en la práctica de su ministerio.

Eran, para decirlo de una vez, el embrion del presente y la luz del porvenir.



## XIV.

### LAS BIENAVENTURANZAS A LA NUEVA LEY.

---

Una de las mas sublimes escenas del Evangelio es aquella en que, dos dias despues de la eleccion de los doce Apóstoles, subió Jesucristo á un monte para pronunciar el admirable discurso conocido con el nombre de *Sermon de la Montaña*, elocuentísimo por su significado, puesto que exhibe la nueva legislacion y hace un maravilloso resúmen de toda la moral cristiana.

En pos del severo código da Moisés y las predicciones del Bautista, oradores que escitaban á la penitencia y la austeridad y que fustigaron con su elocuente palabra las pasiones humanas, se deja oír la voz de Jesús, no en son de amenaza, sino

para consolar y hacer patente, á la vez que la dulzura del bien, el anatema que alcanza á quien olvida la práctica de la virtud.

Es un hermoso poema; es la rehabilitacion del humilde y del infortunado; es la espresion del concepto democrático, que se destaca viril y acentuado, enfrente de las preocupaciones y destruye todos los alardes del orgullo.

Jesús descendió con sus discípulos de la cumbre del monte y se detuvo en la vertiente, ocupando una planicie; los discípulos se colocaron al rededor de su Maestro y se esparció en la parte llana la multitud que de toda la Judéa y principalmente de Jerusalem, Tiro y Sidon habia acudido, ansiosa de oír la palabra divina.

Entonces, Jesucristo habló de este modo:

—*Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.*

*Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra.*

*Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados.*

*Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.*

*Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.*

*Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán á Dios.*



*Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados.*

*Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.» (SAN MATÉO V. 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10 )*

Jesucristo considera despues las cualidades á que deben responder los Apóstoles, y dice:

—«*Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada? no vale ya para nada, sino para ser echada fuera, y pisada por los hombres.» (Id. id 13.)*

«*Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad, que está puesta sobre un monte, no se puede esconder.» (Id. id. 14 )*

«*Ni encienden una antorcha, y la ponen debajo del candelero, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en la casa.» (Id. id. 15.)*

Luego pasa Jesucristo á promulgar la ley de su divino reyno, empezando por afirmar que no ha venido á destruir la antigua legislacion, sino á cumplirla y perfeccionarla, y de seguida se espresa en esta forma:

—«*Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado será á juicio.»*

«*Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio.» (Id. id. 21 y 22.)*

A continuacion de otras consideraciones añade:



—«Oisteis que fué dicho á los antiguos: No adúlterarás.»

«Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella.» (Id. id. 27 y 28.)

Sus palabras acerca del escándalo, son elocuentes y severas:

«Y si tu ojo derecho te sirve de escánealo, sácale, y échale de tí: por que te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno». (Id. id. 29.)

Acerca del repudio de la muger y del juramento expresa profundos pensamientos, y en cuanto se refiere á la triste ley del talion opone la grandeza del amor que olvida las ofensas, y pronuncia, al efecto, estas palabras:

—«Habeis oido que fué dicho: Ojo por ojo, y diente por diente.»

«Mas yo os digo, que no resistais al mal: antes si alguno te hiriere en la megilla derecha, párale tambien la otra.»

«Y á aquel que quiere ponerte á pléito, y tomarte la túnica, déjale tambien la capa.»

«Y al que te precisare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil más.»

«Dá al que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda.»

«Habeis oido que fué dicho: Amarás á tu prógimo, y aborrecerás á tu enemigo».

«Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen: y rogad por los que os persiguen y calumnian». (Id. id. 38, 39, 40, 41, 42, 43 y 44.)

A continuacion de tan admirables máximas formula Jesús esta otra, que es todo un poema de moral:

«Sed, pues, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto». (Id. id. 48).

Despues dicta sábias recomendaciones sobre el modo de practicar la limosna, de orar y ayunar y se espresa así:

—«Mirad, que no hagais vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: de otra manera, no tendreis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.»

Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las sinagogas, y en las calles, para ser honrados de los hombres: En verdad os digo, recibieron su galardón »

«Mas tú, cuanda haces limosna, no sepa tu izquierda, lo que hace tu derecha»:

Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que vé en lo oculto te premiará.» (SAN MATEO VI, 1, 2, 3 y 4.)

Censura los alardes de los hipócritas que rezan de modo que sean vistos y despues de recomendar el secreto en la oracion, dice:



—«*Vosotros, pues, así habeis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre.*»

«*Venga el tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.*»

«*Dáenos hoy nuestro pan sobrestancial.*»

—«*Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*»

«*Y no nos dejes caer en la tentacion. Mas libranos de mal. Amen*» (Id. id. 9, 10, 11, 12 y 13.)

Respecto del ayuno rechaza toda manifestacion de hipocresía encaminada al bien parecer ante los hombres y pronuncia estas palabras:

—«*Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara*»

«*Para no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que vé en lo escondido, te galardonará.*» (Id. id. 17 y 18.)

Aconseja que en vez de atesorar para la tierra se atesore para el cielo y pronuncia esta magnífica frase:

—«*La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso.*» (Id. id. 22.)

Con severidad y profunda elocuencia pone de manifiesto la imposibilidad de servir á dos señores, á Dios y á las riquezas, y añade á su razonamiento estos símiles bellísimos y delicados:

—«*Mirad las aves del cielo que no siembran ni siegan, ni allegan en trojes: y vuestro Padre celestial las ali-*



menta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas?»

«¿Y quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo á su estatura?»

«¿Y por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan.»

«Yo digo, que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos.»

«Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fé?» (Id. id. 26, 27, 28, 29 y 30.)

Jesucristo recomienda luego que con preferencia se busque el reino de Dios, puesto que todas estas cosas serán entonces añadidas; censura que el hombre ande cuidadoso por el día de mañana y termina su exhortacion con este pensamiento:

«Le basta al día su propio afán.» (Id. id. 34.)

Condena los juicios temerarios; advierte que no se debe juzgar para no ser juzgados, y dice:

—«Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano: y no ves la viga en el tuyo?» (Id. id. VII, 3.)

Hace otras diversas recomendaciones y entre las muchas admirables ideas que emite, enuncia las siguientes:

—«Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá.»

«¿Qué angosta es la puerta, y que estrecho el camino, que lleva á la vida: y pocos son, los que atinan con éla,

*«Guardáos de los falsos profetas, que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores.»*

*«No puede el árbol bueno llevar malos frutos: ni el árbol malo llevar buenos frutos.» (Id. id. 7, 14, 15 y 18.)*

Jesucristo pone fin á su grandioso discurso con una comparacion; el que lo escucha y practica su enseñanza es semejante al varon sábio que edificó su casa sobre la peña, y vinieron las lluvias y el viento y no la derrumbaron, aunque dieron en ella con impetuosidad; pero el que oye sus palabras y no las cumple, se asemeja al hombre loco que edificó sobre arena su casa, y cuando cayeron las lluvias y soplaron los vientos la derribaron y convirtieron en ruinas.

## XV.

### PARÁBOLAS Y MILAGROS.

---

Terminando el inmortal discurso, descendió Jesús del monte, seguido de la muchedumbre que había escuchado con asombro su palabra, y de nuevo comenzó el divino Maestro á realizar benéficas acciones. Un leproso llegó á su lado y le adoraba pidiéndole que le limpiase de aquel mal y en efecto, le fué concedida su demanda. Luego en Cafarnaum, un Centurion animado de profunda fé, le rogó volviese la salud á su siervo paralítico; y como respondiera Jesús que iria á sanarlo, replicó el Centurion:

—«Señor, no soy digno de que entres en mi casa: mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo.»

«Pues tambien yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes y digo á este: Ve, y va: y al otro:



*Ven, y viene: y á mi siervo: Haz esto, y lo hace.»* (SAN MATEO VIII, 8 y 9.)

Maravillado Jesús, dijo á los que le seguian, que no habia hallado tan grande fé en Israel y dirigiéndose al Centurion, repuso:

—*«Ve, y como creiste, así te sea hecho.»* (id. id. 13.)

Despues pasó á Naim y selló su breve residencia en la ciudad con un milagro. Acercábase á la puerta de la poblacion y halló una triste comitiva que acompañaba el cadaver de un jóven, cuya madre era viuda y solo tenia aquel hijo.

Luego que el Redentor vió á la aflijida muger le dijo que no llorase; aproximose al féretro, lo tocó y mandó al cadaver que se levantase. Obedeció el jóven y comenzó á hablar difundiendo inesplicable sorpresa en el concurso.

Un acontecimiento estraordinario sirvió á poco de pasto á la murmuracion de los hipócritas y de meditacion á quienes con pureza de alma examinaban las obras de Jesús.

Le habia rogado un fariseo que fuese á comer á su casa; accedió, Jesús, entró en aquella y sentose á la mesa; pero he aquí que llegó al domicilio una muger pecadora, llevando un vaso de alabastro, lleno de un perfume precioso, y postrándose en presencia de Jesucristo, comenzó á regarle con lágrimas los piés, á enjugarlos con los cabellos, á besarlos fervorosa y á ungirlos con el unguento.

Simon, á quien semejante escena sorprendía sin duda, hubo de discurrir que si Jesús fuese profeta sabría que le tocaba una muger pecadora; y entonces el Salvador habló al fariseo;

—«Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta.»

«Mas como no tuviesen de qué pagarle, se los perdonó á entrambos.

«¿Pues cual de los dos le ama mas? (SAN LUCAS, VIII. 41 y 42 )

Simon repuso que aquel á quien mas perdonó; y despues de aprobar Jesucristo la respuesta, dijo:

«Ves esta muger? Entré en tu casa, no me diste agua para los piés: mas esta con sus lágrimas ha regado mis piés, y los ha enjugado con sus cabellos.»

«No me diste beso: mas esta desde que entró no ha cesado de besarme los piés.»

«No unguiste mi cabeza con óleo: mas esta con unguento ha unguido mis piés.»

«Por lo cual te digo: que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. Mas al que menos se perdona, menos ama.» (id., id. 44, 45, 46 y 47.)

Y dirigiéndose á ella le manifestó que sus pecados le eran perdonados.

La hipocresía farisáica no era susceptible de comprender la accion de Jesús y por consecuencia se preguntaron entre si los que estaban á la mesa quien era aquel que aun los pecados perdonaba;



pero el Redentor que leía en el fondo de los corazones, había visto en la mujer el arrepentimiento, el afán de purificarse y lavar las locuras de una vida de disolución y le dijo;

—«*Tu fé te ha hecho salva: vete en paz.*» (id. id. 50.)

Cada una de las maravillas con que Jesucristo acreditaba á un tiempo su divinidad y la escelencia de su doctrina, era un motivo que servía para acrecentar la antipatía con que lo miraban sus enemigos, pero impasible y enérgico, seguía la obra de su magnífico ministerio, enseñando á las muchedumbres y sembrando la semilla del amor y la concordia.

Sus enemigos pues, utilizaron un día el milagro que hizo curando un endemoniado y le inculparon diciendo que alejaba los malos espíritus en virtud del comercio que tenía con el príncipe de los demonios, pero Jesucristo les replicó:

—«*Todo reino dividido contra si mismo, será asolado y caerá casa sobre casa.*»

«*Pues si Satanás está tambien dividido contra si mismo ¿Cómo estará en pié su reino? Por que decís, que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebúb.*»

«*Pues si yo por virtud de Beelzebúb, lanzo los demonios ¿vuestros hijos por quien los lanzan? Por esto serán ellos jueces de vosotros.*»

«*Mas si en el dedo de Dios lanzo los demonios, cier-*



tamente el reino de Dios ha llegado á vosotros.» (id. XI. 17, 18, 19 y 20.)

De esta suerte atacaba Jesús á los que capsiosamente pretendian condenar sus actos; es decir; expresaba que el desconocimiento del caracter de su obra equivalia á blasfemar contra el divino espíritu que prestaba aliento á su vida.

Poco despues ciertos escribas y fariseos le pidieron que hiciese algun prodigio, pero Jesús les respondió:

—«*La generacion mala y adulterina señal pide: mas no le será dada señal, sino la señal de Jonás el profeta.*»

«*Por que así como Jonás estuvo tres dias, y tres noches en el vientre de la ballena; así estará el Hijo del hombre tres dias y tres noches en el corazon de la tierra.*»

(SAN MATEO XII, 39 y 40.)

Y con frases de profunda elocuencia, siguió confundiendo la malicia de aquellos hombres.

Mientras Jesús hablaba exclamó una muger de enmedio del pueblo:

—«*Bienaventarado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.*»

Jesús le dijo.

—«*Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.*» (SAN LUCAS X. 27 y 28.)

Al propio tiempo, advitieron á Jesús que su madre y sus hermanos, ó sea sus parientes, le buscaban; pero contestó de este modo:

—«*Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos?*»  
(SAN MATEO XII, 48.)

Y estendiendo la mano hacia sus discipulos, añadió:

—«*Ved aquí mi madre y mis hermanos*»

«*Por que todo aquel que hiziere la voluntad de mi Padre que está en los cielos; ese es mi hermano, y mi hermana, y madre.*» (id. id. 49 y 50.)

En esa época de su predicacion propuso Jesús diferentes paráboles acerca del Reino de Dios. La parábola se toma en la Sagrada Escritura por una frase oscura y figurada y por la comparacion; que sirve para demostrar la relacion que existe entre dos cosas. Jesucristo hablaba muchas veces en paráboles así para acomodarse á la práctica de los orientales, como para que tuviese cumplimiento la profecia de Isaias, que dijo que aquel pueblo veria sin conocer, oiria sin entender y permanecería en su endurecimiento aun en medio de las instrucciones que recibiera.

Seguir en todos sus detalles la prodigiosa predicacion de Jesús, habia de ser improbo trabajo, pero como resalta la grandeza de su ministerio en la mencion de los distintos accidentes de su vida pública, apuntaremos las escenas en que su grandiosa figura se destaca, bien que no formulemos siempre comentarios ni observaciones.

Al salir Jesucristo aquel dia de la casa donde se



encontraba sentose á la orilla del mar y entrando luego en un barco, dirigió la palabra á la multitud que de pié en la rivera escuchaba su voz elocuente.

El Redentor dijo:

—«He aquí que salió un labrador á sembrar.»

«Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo, y las comieron »  
«Otras cayeron en lugares pedregosos, en donde no tenían mucha tierra: y nacieron luego, porque no tenían tierra profunda.»

«Mas en saliendo el sol, se quemaron: y se secaron, por que no tenían raiz.»

«Y otras cayeron sobre las espinas: y crecieron las espinas, y las ahogaron.»

«Y otras cayeron en tierra buena: y rendian fruto una á ciento, otra á sesenta, y otra á treinta. (SAN MATEO XIII, 3, 4, 5, 6, 7 x 8.)

Jesucristo esplicó á sus discípulos el pensamiento de la anterior parábola, de este modo La semilla es la palabra de Dios La semilla que cae junto al camino, denota los que escuchan la palabra de Dios; pero viene luego el mal espíritu y quita de su corazón esa palabra, temeroso de que creyendo sean salvos.

La que cae en las piedras señala á los que habiéndola escuchado la reciben gozosos; mas no echa raíces en su corazón porque solo creen algun



tiempo y sucumben en el momento de la tentación.

La que va á caer en las espinas significa los que oyen la palabra de Dios; pero esa palabra es ahogada en breve por las zozobras y los placeres mundanos, en tal manera, que ningun fruto produce. En cambio, la que cae sobre buena tierra simboliza los que escucharon la palabra de Dios con un corazón puro y la guardan y recogen el fruto, merced á la paciencia.

En la parábola de la zizana comparó Jesús el reino de los cielos á un hombre que habia sembrado en el campo buena semilla, pero mientras dormían sus trabajadores, llegó su enemigo, sembró zizana entre el trigo y huyó. Los operarios una vez que lo sembrado hubo crecido preguntaron al dueño como habiendo echado á la tierra excelente grano aparecia zizana mezclada con el trigo. El respondió atribuyendo el daño á su enemigo; y al oír que sus operarios querían arrancar la mala yerba, se lo impidió para evitar que con ella destruyesen el trigo y añadió de esta manera:

—«*Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega: y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primero la zizana, y atadla en manojos para quemarla, mas el trigo recogedlo en mi granero.*» (SAN MATEO XIII, 30.)

El que siembra el buen grano, según la

explicacion de Jesucristo, es el Hijo del hombre; el campo es el mundo, el buen grano los hijos del reino; la zizaña los hijos del enemigo maligno; el enemigo que la sembró, el demonio; la siega el fin del mundo, y los segadores los ángeles. Así como se aparta la zizaña y es echada al fuego, así tambien los que obran la iniquidad sufrirán el eterno castigo, al par que los justos resplandecerán en el reino de su divino padre.

Jesùs comparó de seguida el reino de los cielos con un grano de mostaza que un hombre siembra en su campo. Es la mas pequeña de todas las semillas, pero cuando se desarrolla es la mas grande de las plantas leguminosas y llega á convertirse en un árbol á cuyas ramas van los pájaros á posarse.

Insistió en las parábolas y dijo que el reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en un campo; nada cuenta el que lo ha descubierto; pero lleno de alegría vende cuanto posee y compra aquel campo.

En la parábola de la perla compara el reino de los cielos con un mercader que busca piedras preciosas. Un dia encuentra una perla de mucho valor vende lo que tiene y la compra.

El reino de los cielos es tambien semejante á una red que se echa al mar y en la cual entran peces de todas clases. Cuando está llena, los pescadores la sacan á la orilla; escojen los pescados



buenos y arrojan los malos. Así acontecerá en el fin del mundo. Vendrán los ángeles y separarán los buenos de los que no lo son.

Vemos, pues, que Jesucristo instruía al pueblo que lo escuchaba y mientras procedía en esta forma ofrecía á sus discípulos frecuentes lecciones de experiencia, en términos que merced á un trabajo profundo, incesante y fructífero, los preparaba á la misión trascendental para que los había elegido.

Un día entró Jesús con sus discípulos en una barca de pesca para dirigirse á la orilla oriental del mar de Galilea. La embarcación se puso en marcha y el divino maestro, colocado en la popa, quedose dormido. Y ocurrió que sobrevino una ruda tempestad, cosa corriente en aquel lago. Los discípulos, viendo que el barco se llenaba de agua y que el peligro era inminente, despertaron á Jesús gritando:

—«*¡Maestro, que perecemos!*» (SAN LUCAS, VIII, 24.)

Entonces el Redentor, levantándose increpó al viento y á las olas y cesó la tempestad para ceder el puesto á la bonanza.

El prodigio sorprendió á los discípulos, y unos á otros se decían:

—«*¿Quién piensas que es este, que así manda á los vientos y al mar, y le obedecen?*» (Id., id. 25.)

Una vez en tierra encontró un hombre poseído del espíritu impuro, y la palabra de Jesús le devol-



vió el reposo, en tanto que los malos espíritus huyendo de aquel enfermo tomaban posesion de varios cerdos que pacian en el monte y que seguidamente se arrojaron en las aguas del lago, donde perecieron.

La cura observada en el desgraciado, que comunicó sin duda su frenesí á aquellos animales, difundió el temor entre las gentes del territorio generaseno que era la comarca donde habia desembarcado Jesús, y como todos le rogasen que se retirase de ellos, entró en el barco y abandonó la ribera.

Tornó Jesucristo á Galilea y entre la muchedumbre que salió á recibirlo, se presentó Jairo, que era el jefe de la Sinagoga en una poblacion del litoral. Su hija habia muerto, pero la fé del infortunado padre lo llevaba á la presencia de Jesús y cuando lo vió rogóle con ademan de súplica fervorosa que fuese á su casa y pusiera su mano sobre el cadaver de la jóven, seguro de que volveria á la vida.

Accedió Jesús y en tanto que se dirigia al domicilio de Jairo, una muger enferma se aproximó al Redentor y le tocó la franja del vestido, en la confianza de que esto bastaba para recobrar la salud, y en efecto, Jesucristo permitió que desapareciese la dolencia.

Al entrar en la casa de Jairo, habian empezado los funerales y todos lloraban; pero Jesús dijo:

—«No lloreis, no es muerta la muchacha, sino que duerme.» (SAN LUCAS, VIII, 52.)

Y como se burlasen de Jesús conociendo que estaba muerta, repuso el Salvador tomándola por la mano:

—«Muchacha, levántate.» (Id. id. 54).

Se levantó, pues, y el asombro no tuvo límites—como tampoco lo tuvo la felicidad—de aquellos padres, que pocos momentos antes derramaban tristes lágrimas ante el cadáver de su hija.

Entretanto, sabedores los apóstoles del espíritu que animaba la doctrina de su Maestro, podían sin temor comenzar sus predicaciones y efectivamente, Jesús los envió á cumplir tan noble ministerio, encaminado á dar á conocer el ideal de la vida de quien tantos prodigios realizaba.

Hombres de la paz, los Apóstoles anuncian que los tiempos se han cumplido; son los heroes de la virtud y de la constancia; los anima el espíritu de Dios y en el primer viaje que les encarga Jesús y se limita á la propaganda entre los judios, harán el aprendizaje de otras predicaciones mas rudas, mas difíciles, mas erizadas de peligros y de este modo, tendrán cumplimiento las observaciones y los avisos que les habia dado el Redentor:

—«Ved que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.»



*«Y guardáos de los hombres. Porque os harán comparecer en sus audiencias, y os azotarán en sus sinagogas.»*

*«Y sereis llevados ante los gobernadores y los reyes por causa de mi, en testimonio á ellos, y á los gentiles.»*

*«El que á vosotros recibe, á mi recibe: y el que á mi recibe, recibe á aquel que me envió.»* (SAN MATEO, 16, 17, 18 y 40.)

La acogida hecha á los apóstoles en ese primer viaje fué lisonjera y volvieron al lado de su Maestro felices de su hermosa misión.





## XVI.

### JESUCRISTO INAUGURA EL TERGER AÑO DE SU PREDICACION.

---

Luego que los apóstoles regresaron de su mision, felizmente realizada, quizo Jesús retirarse con ellos á un lugar desierto, para disponerse á nuevos combates en la divina obra que desarrollaba por momentos; y como la incredulidad de los hijos de Nazaret habia hecho estéril su nueva predicacion en la sinagoga, abandonó triste aquella localidad, exclamando:

— «No hay profeta sin honra, sino en su pátria, y en su casa.» (SAN MATEO XIII, 57.)

Embarcóse, acompañado de sus discípulos á bordo de una barca; se hizo conducir al otro lado del lago y desembarcó en los alrededores de Bet-saida-Julia, en un paraje solitario de la ribera.

Sin embargo, no le fué posible sustraerse de la multitud, pues una vez en tierra vieron Jesucristo y sus discípulos un extraordinario concurso que llegaba por la orilla del lago con el vivo afán de de oír la palabra sublime del Redentor.

La bondad de Jesús aparece en aquella ocasion como siempre. Allí habia un numeroso pueblo ávido de recibir las lecciones de su doctrina admirable; allí habia desventurados que tenian necesidad de la salud del cuerpo, al paso que otros reclamaban sin duda el reposo del alma, la salud moral. El cuadro aparecia conmovedor y revelaba quasi de un lado la enemistad y el ódio levantaban tempestades contra Jesucristo, la obra de su ministerio era como lluvia benéfica, puesto que producía frutos y ensanchaba mas y mas el círculo de los partidarios del Redentor. En vano el fariseismo se esforzaba por destruir la acción de las predicaciones, de los ejemplos y de los milagros de Jesús; en vano se aproximaba el desenlace de su existencia de lucha. El triunfo no podia ser dudoso y la muerte del Justo daría realce mayor á las verdades difundidas entre las muchedumbres en las sinagogas y en la intimidad de reducidos auditorios.

Hermosa debió ser la enseñanza que tuvo Jesucristo para aquellas gentes, en un lugar estéril y desierto, cuando trascurrió el tiempo sin advertir que la humana naturaleza pedia alimento; y por esto



hubieron de decir á Jesús algunos discípulos que convenia despidiese á la multitud para que fuese á comer á las granjas y aldeas de la comarca, pero entonces repuso el Redentor:

—«*Dadles vosotros de comer.*»

A lo cual respondieron los discípulos en esta forma:

—«*Iremos á comprar pan por doscientos denarios, y les daremos de comer.*» (SANMATEO, VI, 37.)

Jesús insistió, preguntándoles cuántos panes tenían y resultó que solo contaban cinco, y dos peces.

La cantidad era en extremo exigua para una reunion de cinco mil personas, pero la misericordia de Jesús no podia prescindir de ningun sufrimiento, y efectivamente, el Redentor hizo recostar el pueblo en distintos grupos y despues de alzar los ojos hacia el cielo bendijo y partió los panes y entregándolos á sus discípulos, en union de los dos peces, realizose el milagro de que la cantidad de alimento fuera suficiente para saciar las masas y sobrase hasta el punto de llenar doce cestos con el residuo.

En presencia de semejante maravilla reconocen aquellas gentes que han encontrado al Mesías; piensan en su pátria infeliz y soñando con la Judea regenerada, libre y dichosa, resuelven convertirse en vasallos de Jesús; pero Jesús lee sus pen-

samientos; sabe que aspiran á proclamarlo rey; se decide á evitar cualquiera espresion de esa índole y hace embarcar á sus discípulos, en tanto que él ocultándose de la multitud, se retira al monte para orar en el silencio y el retiro.

La barca navegaba en busca de la opuesta orilla del lago. El viento era contrario y los apostóles bogaban penosamente. Jesucristo los vió y cerca de la cuarta vigilia de la noche, entró en las aguas y dirigióse al barco, paseando sobre las olas como sobre una superficie perfectamente firme. Los discípulos creyeron por un instante, que era un fantasma y comenzaron á gritar, pero Jesús les dijo:

—«*Tened buen ánimo: yo soy, no temais.*»

Al mismo tiempo habló Pedro:

—«*Señor, si tú eres, mándame venir á ti sobre las aguas.*» (SAN MATEO, XIV, 27 y 28.)

Jesús lo llamó y el discípulo bajando de la barca empezó á caminar encima de las ondas; pero sopló reció viento y tuvo miedo. Comenzó á hundirse y en tal apuro, pidió auxilio á Jesús, quien le tendió la mano y le habló así:

—«*Hombre de poca fé, ¿por qué dudaste?* (id. id. 31.)

Después entraron en el barco y cesó el viento; y los discípulos adoraron á Jesús, diciendo:

—«*Verdaderamente Hijo de Dios eres.*» id. id. 33).

Las gentes que habían escuchado la palabra



de Jesús llegaron á la mañana siguiente al pais de Genezaret y le preguntaron:

—«Maestro ¿cuando llegaste acá.»?

Jesús les respondió:

—«En verdad, en verdad os digo: Que me buskais, no por el milagro que visteis, mas porque comisteis del pan y os saciasteis.» (SAN JUAN VI, 25 y 26.)

Y para herir el materialismo de aquel pueblo y hacerle comprender la mision del Hijo del hombre, añade:

—«Trabajad, no por la comida que perece, mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Por que á este señaló el Padre el Dios.» (id. id. 27.)

El pueblo, con natural sencillez quiere saber qué clase de trabajo necesita emplear para hacer las obras de Dios y acto seguido dice Jesús:

—«Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que él envió» (id. id. 29.)

Aquellas oscuras inteligencias no alcanzan todo el pensamiento de las frases del Redentor; desearían un nuevo milagro; recuerdan que Moisés, en el desierto, hizo bajar un pan milagroso, pero Jesús replica;

—«En verdad, en verdad os digo: Que no os dió Moises pan del cielo, mas mi Padre os dá el pan verdadero del cielo.» (id. id. 32.)

El pueblo le ruega que le dé siempre de aquel



pan y Jesús describe con tal motivo la esencia de la misión que está encargado de cumplir cerca de las almas. He aquí sus hermosas palabras:

—*«Yo soy el pan de la vida: el que á mi viene no tendrá hambre: y el que en mi cree nunca jamás tendrá sed.*

*Mas ya os he dicho, que me habeis visto y no creéis.*

*Todo lo que me dá el Padre, á mi vendrá: y aquel que á mi viene, no le echaré fuera:*

*Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.*

*Y esta es la voluntad de aquel que me envió: Que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último día.*

*Y la voluntad de mi Padre, que me envió es esta: Que todo aquel que vé al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.»* (id. id. 35, 36, 37, 38, 39 y 40.)

Estas palabras, que atacando francamente el espíritu del pueblo echaban por tierra todas sus ilusiones, fueron causa de murmullos, que alcanzaron mas acentuadas proporciones, cuando Jesús dijo:

—*«El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día:*

*Porque mi carne verdaderamente es comida: y mi sangre verdaderamente es bebida.*

*El que come mi carne y bebe mi sangre, en mi mora, y yo en él.»* (Id id. 55, 56 y 57.)

Los judíos admitían á la letra y no en su sentido, espiritual, estas palabras y nada tan lejos de sus inteligencias, como el pensamiento de que para alimentarse de Jesucristo no era necesario comer su cuerpo en pedazos, sino recibirlo por la fé y en la Eucaristía. Consideraban que habían oído un escándalo, y sin tratar de inquirir la idea exacta de cuanto escucharon, dieron calor á la antipatía, hasta el punto que muchos discípulos abandonaron en aquel acto á Jesús. Los doce apóstoles permanecieron fieles en los supremos instantes de crisis y el Salvador les dijo:

—¿Y vosotros queréis también iros?

Simón Pedro contestó así:

—«Señor, ¿á quien iremos? tú tienes palabras de vida eterna.» (Id. id. 68 y 69)

Tan sobria y profunda exclamación, nacida de la fé, debió compensar la amargura experimentada por el divino Maestro, al ver que su popularidad comenzaba á sufrir eclipses mas ó menos transitorios, pero precursores del periodo de combates rudos que se aproximaba.





## XVII.

### LOS FARISEOS DE GALILÉA.

---

La animosidad de los fariseos hacia Jesús alcanzaba de día en día mayor incremento. Aquella secta, esparcida en diferentes comarcas y conocedora de la reacción y que empezaba á manifestarse en el pueblo contra el Redentor, esplotaba la veleidat de las muchedumbres y proseguía su obra con habilidoso tacto. Ninguna ocasion pasaba desapercibida ante los fariseos hipócritas, y en todas ellas procuraban tender sutiles lazos á Jesús.

A este propósito, refiere San Márcos que llegaron á las orillas del lago de Genezaret los fariseos y algunos de los escribas, con ánimo sin duda, de espiar á Jesús; y como la intencion evidente era encontrar motivos de censura, utilizaron el

hecho de ver á varios discípulos del Redentor comer sin lavarse las manos, al contrario de la práctica de los judíos, que procedían primero á semejante acto de limpieza. La ocasion, pues, se prestaba al ataque por aquellas gentes cuya falacia no conocia límites, y sin titubear, preguntaron á Jesús por qué sus discípulos no andaban conformes con la tradicion de los ancianos y comían el pan sin lavarse las manos. Jesús les dijo:

—«*Hipócritas, bien profetizó Isaías de vosotros, como está escrito. Este pueblo con los labios me honra, más su corazón está lejos de mí.*» (SAN MÁRCOS VII, 6.)

El divino Maestro, despues de dirigir tan duras palabras á los hipócritas que pretendían encontrar en los actos de los discípulos un fundamento de convencion, castiga con su voz elocuente los preceptos artificiosos del fariseismo, que ocultaba tras la máscara de diferentes usos, la ausencia de piedad y aceptaba las fórmulas exteriores de una moral imaginaria, en oposicion de los profundos conceptos de la moral eterna.

Jesús ataca primero la torpe línea de conducta del fariseismo, diciendo:

—«*Bellamente haceis vano el mandamiento de Dios por guardar vuestra tradicion.*» (Id. id. 9.)

Y concretándose luego á la cuestion de las abluciones, exclama:



—«No hay cosa fuera del hombre, que entrando en él, le pueda ensuciar; mas las que salen de él, esas son las que ensucian al hombre». (Id. id. 15).

La severidad de Jesús alcanza á otras espresiones del fariseismo y espresa toda la iniquidad de los devotos que rindiendo tributo á una moral artificiosa, violaban la ley de Dios, tratando de hacer creer á un hijo que el Señor aceptaba con agrado su ofrenda que debía servir para las atenciones de los padres, cuando había ordenado Dios espresamente á los hijos honrar y asistir á aquellos que le dieron la existencia.

La energía de Jesús al inculpar los vicios de tales hombres, aparece con perceptibles tonos en estas frases:

—«Ahora vosotros los fariséos, limpiáis lo de fuera del vaso, y del plato: mas vuestro interior esta lleno de rapiña, y de maldad».

—«Necios, ¿el que hizo lo que está de fuera no hizo tambien lo que está de dentro?».

«Esto no obstante, lo que resta, dad limosna: y todas las cosas os son limpias». (SAN LÚCAS XI, 39, 40 y 41).

Pero no bastaban á los enemigos de Jesús las derrotas sufridas; necesitaban nuevas tentativas, y deseosos de seguir su obra de implacable ódio se presentaron al Redentor algun tiempo despues de las anteriores escenas los mismos enviados de Je-



rusalen, con la singular exigencia de que les diese un testimonio evidente de su mision.

La demanda era absurda, y Jesús que realizaba los milagros en obsequio de los desgraciados y con un pensamiento moral, no podía poner su divinidad al servicio de los fariseos, para responder á un né-cio capricho.

Las palabras de Jesús al rechazar el deseo de los que pedian un signo para reconocer el origen del Salvador, son elocuentes:

—«*Esta generacion, generacion malvada es: señal pide, y señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás.*»

«*Por que así como Jonás fué señal á las de Nimve: así tambien el Hijo del hombre lo será á esta generacion.*» (SAN LÚCAS XI, 29 y 30).

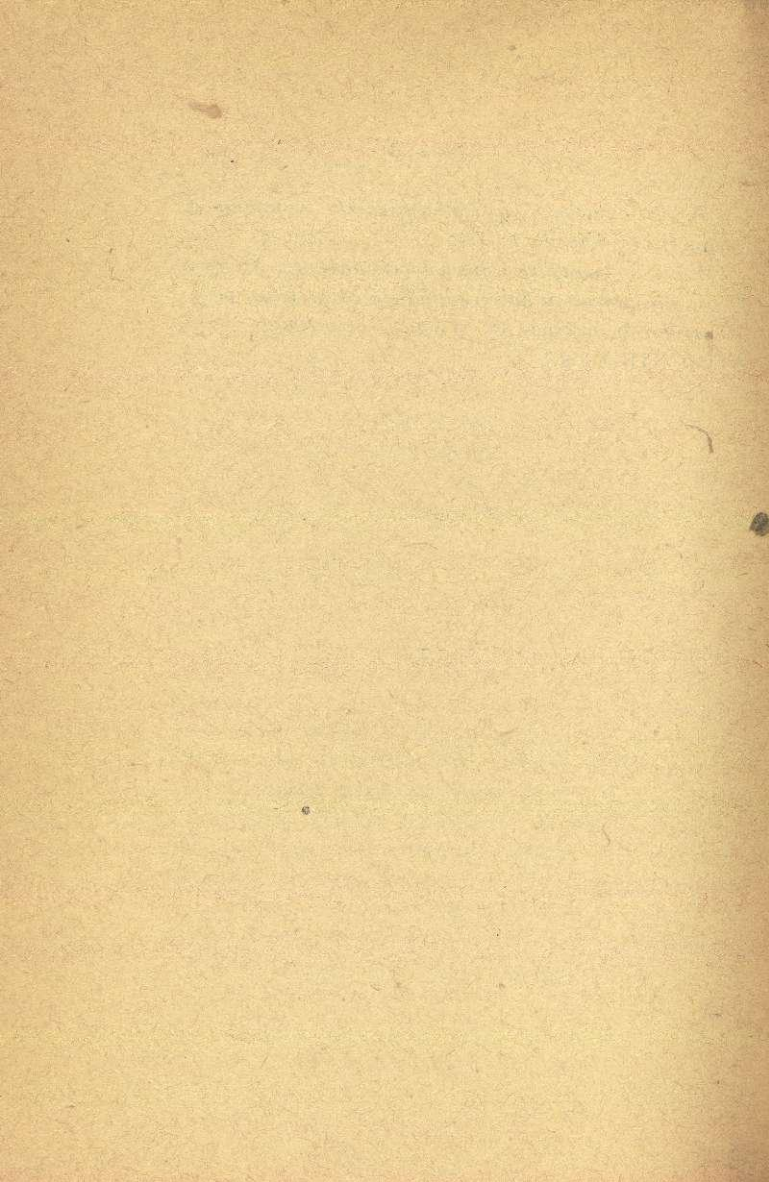
De suerte, que Jonás viene á constituir un ejemplo de lo que ha de ser Jesucristo; aquel profeta permaneció escondido en el vientre de una ballena y el Redentor será sepultado para reaparecer á la luz. ¿Qué otra cosa pudiera decir con mayor elocuencia el divino Maestro? Pero se encuentra en el periodo de la lucha y para demostrar de nuevo á sus discípulos las condiciones de sus enemigos, formula estas frases:

—«*Mirad, y guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes.*» (SAN MÁRCOS VIII, 15).

«*A vosotros, pues, amigos míos os digo: Que no os es-*

*panteis de aquellos, que matan el cuerpo, y despues de esto no tienen más que hacer».*

*«Mas yo os mostraré á quien habeis de temer. Temed á aquel que despues de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno. Así os digo, á este temed».* (SAN LÚCAS XII, 4 y 5.)





## XVIII.

### LA CANANÉA Y LA CONFESION DE PEDRO.

---

Jesús habia marchado hácia la parte de Sidon y de Tiro. Ambos pueblos rendian culto al paganismo asiático, y por donde quiera veíanse diferentes santuarios erigidos á monstruosos ídolos que denunciaban con su presencia el error en que vivian aquellas ciudades.

Quería el divino Maestro pasar como de largo por esa region y sustraerse de las amarguras que experimentaba entre los Judíos, cuyas contradicciones eran tan patentes; pero sin duda la fama de Jesús, repercutiendo en aquel foco donde tenia altares Hércules fenicio llegó á una muger cananéa,

puesto que al ver al Redentor arrojóse á sus piés. Era una infeliz madre que demandaba la salud para su hija, víctima del espíritu impuro, y que al proceder de tal suerte no obstante su paganismo, evidenciaba la proximidad de su vocacion, la confianza en Jesús y la humildad para romper con las preocupaciones que debieron retraerla, en vez de llevarla á la presencia del Mesías.

La Cananéa clamaba, diciendo:

—«Señor, hijo de David, tén piedad de mí: mi hija es malamente atormentada del demonio.» (SAN MATÉO XV, 22.)

Jesús callaba; la muger insistía; los discípulos instaron al Salvador que la despidiera y entonces exclamó el divino Profeta:

—«No soy enviado sino á las ovejas que percieron, de la casa de Israel.» (Id. id. 24.)

La muger adoró á Jesús y dijo:

—«Señor, valedme.»

El Mesías repuso:

—«No es bien tomar el pan de los hijos, y echarlo á los perros.»

—«Así es, Señor, (contesta la pobre madre): mas los perrillos comen de las migajas, que caen de la mesa de sus señores» (Id. id. 25, 26 y 27.)

La Cananéa, firme en su fé y convencida de la noble mision de Jesús, no vacilaba ni se dejaba vencer; antes al contrario, utilizando un lenguaje

ingenioso para conseguir la gracia que pedia, expresó que comparados á los muchos favores que recibian los Judíos, el que ella solicitaba equivalia á una migaja de pan respecto de un suntuoso festin. La perseverancia obtuvo el premio y Jesús cedió á los ruegos de la Cananéa, á quien dirigió estas palabras:

—«*Oh muger, grande es tu fé: hágase contigo como quieres*». (Id. id. 28.)

La madre que así alcanzaba la salud de su hija, hacía vacilar desde aquel momento la obra del paganismo.



Luego que hubo abandonado Jesús los confines de Sidon y de Tiro, dirigióse hácia el mar de Galiléa y atravesó la Decápolis, ó sea un país compuesto de diez ciudades, que se estendia á lo largo del Jordán, á partir desde su nacimiento. Refieren los Evangelistas que en la mencionada provincia curó á un sordo mudo y llevó á efecto una nueva multiplicacion de panes y consignan que pasó despues á Betsaida Juliada, en cuyo punto devolvió la vista á un ciego.

De Betsaida fué á Cesaréa de Felipe, ciudad



llamada así para distinguirla de la Cesaréa situada á orillas del Mediterráneo y en otro tiempo conocida por la Torre de Straton. La primera de ambas hallábase erigida no lejos del Líbano, y corría el Jordán al pié de sus muros, dividiéndose en dos brazos que más adelante se confundían en un solo raudal rápido y hermoso.

Partió Jesús hácia las aldeas vecinas de la ciudad pagana y al conversar con los discípulos les preguntó cual era el juicio que de él habían formado en las comarcas recorridas. Los discípulos respondieron segun las ideas escuchadas en los pueblos, que unos lo creían el Bautista, resucitado; otros lo tomaban por Elías; quienes por Jeremías y quienes por alguno de los antiguos profetas que tornaba al mundo.

Jesús les interrogó de esta manera:

—«*Y vosotros quien decís que soy yo?*» (SAN MATEO XVI, 15.)

Entonces Pedro, cuya fé solo era comparable á su vehemencia, respondió:

—«*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios el vivo*» (Id. id. 16).

El verdadero nombre de Pedro era Simon, que segun dijimos le fué cambiado por el de *Cepha* (piedra), y de aquí la alusion que al hacerse cargo de las anteriores palabras formula Jesús en los términos siguientes:

—«Bienaventurado eres Simon hijo de Juan: por que no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú ~~eres~~ eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

«Y á tí daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos». (Id. id. 17, 18 y 19).

Tales son las solemnes frases con que declara Jesús que fundará su Iglesia, edificio que tiene á Pedro por piedra fundamental y cuyos privilegios han de estenderse á todos los sucesores del feliz apóstol; y promete la perpetuidad de esa misa Iglesia, invencible contra los ataques de sus enemigos, ó sea los autores de los cismas y las heregías, que llama *puertas del infierno*.

Despues de prohibir á sus discípulos que revelasen que él era Jesús, comenzó á descubrirles la futura pasion y les dijo que tenia necesidad de ir á Jerusalem; que allí padeceria muchas cosas de los ancianos, de los escribas, de los príncipes de los sacerdotes, y que seria muerto para resucitar al tercer dia.

Al oír aquellas esplicaciones, Pedro, llamó á parte á Jesús y lo increpó de esta suerte:

—«Lejos esto de tí, Señor: no será esto contigo». (SAN MATÉO XVI, 22).



El error del discípulo que sin saberlo se oponía á la voluntad de Dios, á la gloria de Jesús y á la obra de la redencion, fué castigado con estas palabras terribles:

—«*Quitateme de delante, Satanás: estorbo me eres: porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres.*» (Id. id. 23.)

Y dirigiéndose á sus discípulos les habló de este modo:

—«*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame.*» (Id. id, 24.)

Sublime frase, que encierra la síntesis de la doctrina espiritual predicada por Jesús, y que en cambio de las amarguras temporales ofrece la rehabilitacion eficaz y la gloria eterna.



## XIX.

### LA TRANSFIGURACION.

---

El órgano visual no percibe los objetos situados á cierta distancia, y sin embargo, los objetos existen. Pues lo mismo es exactamente, sucede á la inteligencia humana con relacion á la divinidad; y esto podemos decir, en cuanto se refiere á la transfiguracion de Jesús, escena misteriosa de un órden tan elevado, que escapa á nuestra limitada percepcion inteligente.

Trascurridos seis dias despues de la confesion de Pedro subió el Salvador acompañado de aquel apóstol, de Santiago y de su hermano Juan á un monte que tradicionalmente se supone fuera el Tabor, aunque no falte quien rechace tal creencia alegando que por entonces estaba Jesús en los alrededores de Cesarea y aduciendo la circunstancia de existir sobre la cumbre de la referida mantaña una fortaleza, que de seguro hubiera formado tris-

te contraste con el cuadro ideal que allí debía verificarse.

El Redentor, una vez en la altura, comenzó á orar, y entretanto una divina aureola circundó su egregio rostro, embelleciéndolo sin alterar sus facciones, á las que prestaba el sublime aspecto de la mas noble magestad. Su cuerpo todo resplandecía irradiando luz como el sol, y sus vestidos, tambien luminosos, afectaban fúlgida y purísima blancura.

Hubierase dicho que la tierra y el cielo se confundian en aquel solemne instante y que el Salvador servía de lazo entre nuestro mundo y la region de la inmortalidad.

Al mismo tiempo, los discípulos vieron á Moisés y Elías que hablaban con Jesús: es decir, que los profetas y los representantes de la ley daban testimonio del Evangelio.

Asombrado Pedro, exclamó dirigiéndose á Jesucristo:

—«Señor, bueno es, que no estemos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elias.» (SAN MATEO XVII, 4.)

Pero aun hablaba, cuando una nube luminosa descendió y los cubrió al par que de aquella salia una voz que pronunciaba estas palabras:

—«Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad.» (Id. id. 5.)

Los discípulos llenos de espanto cayeron sobre



sus rostros y entonces Jesús les impuso la mano y los mandó levantar. Ellos obedecieron, mas al alzar los ojos y mirar en torno suyo habian desaparecido los profetas y la nube. Jesús tan solo estaba allí.

Bajaron del monte y el Divino Maestro les dirigió estas frases:

—«No digáis á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.» (Id. id. 9.)

Los discípulos le preguntaron:

—«Pues por qué dicen los escribas, que Elías debe venir primero?»

A lo cual repuso Jesús:

—«Elías en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas.»

«Mas os digo, que ya vino Elías, y no le conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron; Así tambien harán ellos padecer al Hijo del hombre.» (Id. id. 10, 11 y 12.)

Los discípulos entendieron que Jesús les habia habia hablado del Bautista.

Al pié del monte aguardaban el regreso de Jesús los discipulos y una muchedumbre considerable en la que aparecian diferentes doctores de la ley. Un hombre llega á la presencia del Redentor, llevando su hijo que padecia epilepsia y se hallaba acometido por el espíritu impuro, que lo tenia mudo y sujeto á horribles dolores, ruega á Jesús y des-



pues de referir la enfermedad del niño añade:

—«Y lo he presentado á tus discípulos, y no le han podido sanar.» (SAN MATEO, XVII, 15.)

El Salvador contesta de esta suerte:

—«¡Oh generacion incrédula y depravada! Hasta cuando estaré con vosotros? Hasta cuando sufriré? traed-melo acá.» (Id id. 16.)

El niño fué curado seguidamente y como preguntasen á Jesús los discípulos por qué ellos no pudieron sanarlo, respondió aquel en los términos siguientes:

—«Por vuestra poca fé. Porque en verdad os digo, que si tuvierais fé, cuanto un grano de mostaza, diréis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os seria imposible.» (Id. id. 19.)

Frase hermosa, destinada á ensanchar los horizontes de la inteligencia y embellecer con puro encanto las nobles aspiraciones del alma.

## XX.

### SENTENCIAS Y PRODIGIOS.

---

Jesús continuaba su ministerio con asombro de las gentes y mientras su doctrina y su ejemplo eran asunto de admiración, anunciaba su muerte en esta forma:

—«El Hijo del hombre hade ser entregado en manos de los hombres.

*Y lo matarán, y resucitará al tercero día.»* (SAN MATEO, XVII, 21 y 22.)

Los discípulos no comprendieron este lenguaje, pero la predicción de muerte les causó profundo pesar.

En Cafarnaum á donde llegó Jesús con sus apóstoles se dirigieron á Pedro, como principal de la familia, los cobradores del tributo establecido para las reparaciones del Templo y preguntado si su Maestro satisfaría el impuesto de dos dracmas, respondió afirmativamente y entrando en la casa, le habló Jesús:

—«*Qué te parece, Simon? Los reyes de la tierra de quien cobran el tributo ó el censo? ¿De sus hijos, ó de los estraños?*

Pedro repuso que de los estraños y entonces añadió Jesús:

—«*Luego los hijos son francos.*

«*Mas porque no los escandalicemos, ve á la mar, y echa el anzuelo: y el primer pez que viniere, tómalo: y abriéndole la boca, hallarás un estatero: tómalo y se lo darás por mi y por tí.»*

En otros términos, el Salvador utiliza la oportunidad de hacer patente la conveniencia de ceder en nuestros derechos hasta el punto de sufrir alguna pérdida temporal, á condicion de prevenir cualquier escándalo que pudiera provocar nuestra conducta.



Los apóstóles discutian entre sí respecto de la supremacia que cada uno de ellos pudiera tener con relacion á los demas y habiendo llegado á Cafarnaum, preguntaron á Jesús:

—«*¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos?* (SAN MATEO, XVIII, I.)

El divino Maestro llamó á un niño, lo puso en medio de los discípulos y pronunció estas palabras, hermosas como todas las suyas:



—«En verdad os digo, que si no os volviéseris, é hiciéseris como niños, no entrareis en el reino de los cielos.

Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos.

Y el que recibiere á un niño tal en mi nombre, á mi recibe.

Y el que escandalizare á uno de estos pequeñitos, que en mi creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno, y le anegasen en el profundo de la mar » (Id, id 3, 4, 5 y 6.)

Después, añadió Jesús notables sentencias, para demostrar todo el anatema á que se hace acreedor quien es motivo de escándalo; pero espresó al mismo tiempo de una manera elocuente, que el apartamiento de los escándalos no debe, en manera alguna ahogar, en el alma la caridad hacia las personas que los causan. A este fin, manifestó que vino á salvar lo que habia perecido; y que así como alguno que tiene cien ovejas, y se descarria una deja las noventa y nueve y busca la que se extravio gozándose mas con ella si la encuentra, que con las demás, así acontece con Dios.

«Por tanto (repuso) si tu hermano pecare contra tí, vé, y corrigele entre tí, y el solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano.

Y si no te oyere, toma aun contigo uno ó dos, para que por boca de dos ó tres testigos conste toda tu palabra.

Y si no los oyere, dilo á la Iglesia

*Y si no oyere á la Iglesia ténlo como un gentil, y un publicano.»* (Id. id. 15, 16 y 17.)

Resulta, pues, que Jesús no prescinde de la mas leve ocasion para sembrar la idea de la fraternidad y disponer un porvenir en el que imperen los sentimientos de justicia y concordia, en oposicion con los principios aceptados hasta entonces; y mientras atiende á los bienes espirituales. fija su mirada compasiva en las dolencias que aflijen á la humanidad y une á la extraordinaria suma de prodigios, realizados en obsequio de los que sutren, la curacion de diez leprosos, que á su tránsito para Jerusalem le imploran la salud, animados de la fé y la confianza.

## XXI.

### JESUCRISTO EN JERUSALEN.

---

Muchos eran los ódios suscitados en Jerusalem contra el Redentor. Sus milagros realizados en sábado y sobre todos ellos la curacion del paralítico de la Piscina durante la semana de Páscoa, constituian para los enemigos de Jesús fundamentos esenciales de antipatia, á los que le agregaban las conversaciones que le vieron sostener con los publicanos, y con gentes de mala vida; es decir, que en resumen, se le imputaban crímenes imaginarios, pues todos ellos afectaban el caracter peculiar de las acciones grandiosas de Jesús. La opinion sin embargo, hallábase dividida; unos lo consideraban como perturbador que seducia al pueblo, y otros como un hombre de bien; mas si los primeros espresaban francamente su opinion, los segundos



no se atrevían por temor á los Judios, ó sea los sacerdotes, los doctores y los fariseos.

Así las cosas llegó la época de la fiesta llamada de los Tabernáculos, que aquel año caía el 9 de octubre y ante la esperanza de que con tal motivo Jesús acudiría á Jerusalem, lo buscaron en el Templo sus enemigos para prenderlo, mas lo buscaron en vano.

La fiesta de los Tabernáculos era una de las tres grandes solemnidades que celebraban los Judios. Se prolongaba siete dias que pasaban aquellos bajo tiendas de verdura, en memoria de sus padres que habian acampado en el desierto; inmolvaban cuotidianamente cierto número de víctimas en holocausto y un macho cabrio en sacrificio por el pecado; repetíanse los festines y en ellos eran admitidos los Levitas, los extranjeros, los huérfanos y las viudas y al espirar el sétimo dia, ponía término á la solemnidad en el siguiente, una nueva fiesta de la que formaban parte los ofrecimientos de dones y sacrificios, como accion de gracias al Señor en el Tabernáculo y en el Templo.

Jesús llegó á Jerusalem durante la octava y hácia el cuarto dia de esta subió al Templo y se puso á enseñar. Su presencia en aquel sitio sirvió para modificar los designios de los Judios, sus enemigos; y trocado el ódio en admiracion, oyeron de los

la bios de Jesús la ciencia y la doctrina que en todas partes eran asunto de asombro.

La sorpresa de los que le escuchaban en el Templo alcanzaba mayores proporciones, ante la evidencia de que el Salvador no había adquirido en las escuelas el tesoro de conocimientos que difundía y se preguntaban:

—«¿Cómo sabe este letras no habiéndolas aprendido?»

(SAN JUAN, VII, 15.)

Pero el divino maestro respondía:

—«Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado.

*El que quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo.»* (Id. id. 16 y 17.)

El Redentor justificó luego el milagro que había obrado un sábado en la Piscina y que servía de base á sus enemigos para buscarlo en el Templo y procesarlo: mencionó la ley de Moisés segun la cual eran circuncidados los niños el sábado y arguyó con estas palabras:

—«¿Si recibe el hombre la circuncision en sábado, por que no se quebranta la ley de Moisés: os ensañais contra mí, porque sané en sábado á todo un hombre?» (Id. id. 23)

La réplica era rotunda y no admitía refutación; y los fariseos, á pesar de su ódio contra Jesús, lo escucharon en silencio y no se atrevían á prender al que era objeto de sus iras. Hubo un choque de



ideas, de rápidas observaciones y mientras tanto escuchose una vulgaridad que revelaba el decaimiento de aquellas gentes para discutir con el sublime adversario.

—«¿No es este (decían) el que buscan para matarle?

Pues ved aquí que habla en público; y no le dicen nada. ¿Por ventura han reconocido los príncipes que este es el Cristo?

Mas este sabemos de donde es: y cuando viniere el Cristo, ninguno sabe de donde sea.» (Id. id. 25, 26 y 17.)

Sin embargo, Jesús responde con magestad:

—«Vosotros me conocéis, y sabéis de donde soy: empero yo no vine de mi mismo, mas es veráz el que envió á quien vosotros no conocéis.» Id. id. 28.)

La tempestad de los rencores se formaba en torno de Jesús; hubo animadas deliberaciones; querían apoderarse de su persona y al efecto los sacrificadores y los fariseos enviaron ministros para que le prendiesen, pero Jesús les dijo:

—«Aun estaré con vosotros un poco de tiempo: y voy á aquel que me envió.

Me buscareis y no me hallareis: y donde yo estoy, vosotros no podeis venir.» (Id. id. 33 y 34.)

Los ministros volvieron á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos y como les preguntasen estos porque no habian traído á Jesús, exclamaron:

—«Nunca así habló hombre, como este hombre.» (Id. id, 46.)



En vista de semejante respuesta la division se hizo mas patente, pues mientras unos aseguraban que Jesús era profeta, otros sostenian que era el Mesias, no faltando tampoco quien negase, fundado en la humildad despreciable de la comarca de donde habia salido Jesús; y fué inútil que Nicodemo, pidiese que antes de ser juzgado, fuera oido el que con tal encarnizamiento perseguian. Aquella protesta calló ahogada y desde entonces pudo comprenderse cual era la muerte reservada á Jesús.



Luego que el Redentor hubo salido del Templo subió al monte de las Olivas, distante una media legua de Jerusalem, para pasar la noche en compañía de sus discípulos, y á la mañana siguiente volvió al templo y comenzó de nuevo á enseñar á todo el pueblo.

Los escribas y los fariseos le trajeron una muger sorprendida en adulterio; y aunque la causa debió sin duda ser llevada por el marido al tribunal de aquellos hombres, reservaron estos el juicio á Jesús esperando encontrar en esta ocasion, por consecuencia de sus palabras, un motivo para calumniarlo ante la multitud y para satisfacer la condicion á que se habia referido Nicodemo.

Colocada la muger en medio de la asamblea espusieron á Jesús los acusadores de la infeliz el delito de adulterio en que fué hallada; recordaron que la ley de Moisés condenaba á las culpables de aquel crimen á ser apedreadas, pero como Jesús interpretaba la ley de otra manera ó mas bien por estar sobre la ley enseñaba la misericordia y la remision de los pecados, preceptos que escedian en bondad y perfeccion á los de Moisés, nada quisieron decidir sin su acuerdo y por lo tanto se atenderian gustosos á lo que ordenase tan gran Maestro como él.

La deferencia revelada en esta forma, era un lazo tendido maliciosamente á Jesús, pues si condenaba á la muger á muerte, perdía en un momento su reputacion de bondadosa humanidad y constante dulzura, y si le perdonaba el delito lo acusarian de ser contrario á la ley de Moisés.

Durante algun tiempo se abstuvo Jesús de resolver aquel juicio inventado por la odiosidad de sus enemigos. Inclinado hacia abajo, trazaba con el dedo figuras en la tierra, segun costumbre de los matemáticos y con esta accion daba á entender que la pregunta no merecia respuesta y que no vino al mundo para condenar los pecadores sino para convertirlos; pero sus enemigos creyendo que trataba de eludir la cuestion, le instaron y entónces



el divino Maestro, pronunció esta admirable sentencia:

—«*El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.*» (S. JUAN, VIII, 7.)

Y volvió á escribir en la tierra. La respuesta conservaba integro el pensamiento de la ley mosaica y á la vez hermanaba la justicia con la misericordia, encontrando la salvacion de la culpable en los crímenes de sus acusadores, quienes en virtud del testimonio de su propia conciencia, que les hablaba con la voz del remordimiento, merecian ser apedreados como la muger que delataban.

Los escribas y los fariseos confundidos por semejantes palabras y temerosos de nuevas observaciones de Jesús, salieron unos en pos de otros. El Salvador, irguiéndose de nuevo, preguntó á la infeliz que presenciaba en silencio tan singular escena:

—«*¿Muger, en donde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado?*» (Idi. id. 10)

—«*Ninguno, Señor,*» (repuso la desventurada.)

—«*Ni yó tampoco te condenaré: añadió Jesús.) Vete y no peques yá mas.*» (Id. id. 11.)



Los fariseos, tenaces en su malquerencia, insistieron poco despues, deseosos de hallar motivo



para inculpar á Jesús, quien hablando en el átrio de las mugeres decia:

—«Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbré de la vida.» (S. JUAN, VIII, 12.)

Los miembros del Sanhedrin le pidieron testimonio de sus palabras, consignando que el que daba no era verdadero, y Jesucristo replicó en estas elocuentes frases:

— «Aunque yo de mi mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio: porque sé de dónde viene, y á donde voy: mas vosotros no sabéis de donde vengo, ni á donde voy.

Vosotros juzgais segun la carne: mas yo no juzgo á ninguno:

Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, por que no soy solo: mas yo y el Padre, que me envió.

Y en nuestra ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero.

Yo soy el que doy testimonio de mi mismo: y testimonio dá de mi el Padre, que me envió.» (Id. id. 14, 15, 16, 17 y 18.)

La especie de debate continúa y Jesucristo impugna las razones de sus adversarios. Les dice que se va y lo buscarán y morirán en su pecado, y añade que á donde él va no pueden ellos ir. El auditorio acepta en su sentido material las palabras de Jesús y sospecha que trata de suicidarse,

pero tal apreciacion cae por tierra, cuando esclama:

—«*Vosotros sois de abajo: yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.*

«*Por eso os dije, que morireis en vuestros pecados: por que sino creyeseis que yo soy, morireis en vuestro pecado.*» (Id. id. 23 y 24.)

La movilidad de la muchedumbre que lo escucha torna á manifestarse, pues creyeron en él muchos Judios Sin embargo, Jesucristo que no queria esas ráfagas de adhesion, sino el sólido convencimiento, formula estos conceptos que herian el orgullo del pueblo:

—«*Si vosotros perseverais en mi palabra, verdaderamente sereis mis discípulos.*

*Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.*» (Id. id. 31 y 22.)

Aquel lenguaje provoca profunda indignacion. Los auditores replican que vienen del linaje de Abraham y nunca sirvieron á ninguno; mas Jesucristo les demuestra en estas palabras que sufren un yugo mayor que la mas triste esclavitud:

—«*En verdad, en verdad os digo: que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.*» (Id. id. 34.)

Aquellas gentes murmuran insistiendo en que son hijos de Abraham; pero el Divino Maestro prueba la conducta que observan. Eran hijos de Abraham y no hacian las obras de aquel patriarca;



querian matar á Jesús, que habia dicho la verdad, que oyó de Dios, y no procedió Abraham de esta suerte. Ellos arguyen que tienen un padre, que es Dios y replica Jesús:

— «*Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amarais. Porque yo de Dios salí, y vine: y no de mí mismo, mas él me envió.*» (Id. id. 42.)

Despues les dice que son hijos del diablo y que quieren cumplir los deseos de su padre, que fué homicida desde el principio y no permaneció en la verdad porque en él no hay verdad.

La exasperacion aumenta; los fariseos le califican de poseido del demonio y llevando la la cólera al último límite cojen piedras para arrojárselas, pero Jesús se oculta y sale del Templo.



Al pasar vió un ciego de nacimiento, y acto seguido ungió con saliva mojada en tierra sobre los ojos del infeliz, á quien mandó se lavase en la piscina de Siloe. Obedeció aquel hombre y luego volvió con vista; pero la nueva del prodigio cundió en breve por toda la ciudad y temeroso el sanhedrin de que el milagro sirviese para dar á Jesús prestigio mayor del que yá tenia, procedió sin pérdida de tiempo á una informacion. El ciego delan-



te del tribunal confirmó de un modo rotundo lo que habia sucedido. Los padres del recién curado, se presentaron tambien y espresaron que su hijo habia recobrado la vista de una manera tan portentosa. En vano los indignos jueces hicieron tenaces esfuerzos para que el hombre, asunto de sus deliberaciones, declarase contra la verdad, pues ratificó franca y lealmente lo sucedido y añadió así:

—«*Nunca fué oído, que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego*»

*Si este no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna.*» (S. JUAN, IX, 32 y 33.)

Esta confesion era demasiado irritante para los jueces y presa de la ira lo echaron fuera; mas Jesús lo acogió con palabras de aprobacion y pronunció esta frase, como enseñanza que deducia del suceso:

—«*Yo vine á este mundo para juicio: para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos.*»

Antes de salir de Jerusalem lizo ver Jesús que era el buen pastor, puesto que vino á dar su vida por sus ovejas, y para desenvolver aquel pensamiento, propuso una parábola cuya sintesis es que quien no entra en el aprisco de las ovejas por la puerta, sino que sube por otra parte, es un ladron y salteador; al paso que quien entra por la puerta es el pastor. A este le abre el portero y conocen su voz las ovejas y le siguen fuera del aprisco; pero no

siguen al extraño, antes huyen de él porque desconocen su voz.

No entendian los oyentes el proverbio que les presentaba, hasta que Jesús se declaró como la puerta de las ovejas; afirmando que no solo queria morir por los Judios sino por los gentiles y como pensamiento profundo de su notable discurso, dijo:

— *«Tengo tambien otras ovejas, que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz y será hecho un solo aprisco y un pastor.»* (S. JUAN X, 16.)

Tal fué la última impresion que dejó su doctrina en Jerusalem. Era un pensamiento lanzado á la meditacion y una esperanza para lo porvenir; mas entretanto, la controversia quedaba integra y al salir Jesucristo de la ciudad subsistian los ódios contra su persona, que por instantes veia disminuir el número de sus defensores y sus amigos.

## XXII.

### ENSEÑANZAS.

---

Volvió Jesús por última vez á Galiléa y encontró las mismas fluctuaciones que en otras comarcas. La lucha de ideas despertada por su personalidad hallábase latente y no era difícil preveer el desenlace, en presencia de la movilidad visible de aquel pueblo, tan pronto admirador del divino Maestro, como enemigo que sin piedad lo vituperaba.

El Salvador, entretanto, imprimía a su ministerio un carácter cada día mas acentuado, y á un tiempo consagraba profunda atención á la enseñanza de sus discípulos y á la enseñanza del pueblo.

Deseoso de que la Judéa tuviese una misión que difundiera, como en la Galiléa, la palabra del Evangelio, escogió setenta y dos discípulos y los



envió de dos en dos, por todo aquel país, con encargo de que recorriesen los mismos lugares que Jesús quería visitar.

Las instrucciones que trasmitió á sus discípulos fueron breves y terminantes y revelaban toda la importancia que concedía á la visita.

—«*Id: Hé aquí que yo os envío, (les decia) como corderos en medio de lobos.*»

«*En cualquiera casa que entrareis, primeramente decid: Paz sea á esta casa:*»

«*Y si hubiera allí hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz: y sino, se volverá á vosotros.*»

*Y en cualquiera ciudad en que entrareis, y os recibieren, comed lo que os pusieren delante:*

*Y curad á los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado á vosotros el reino de Dios.*

*Mas si en la ciudad en que entraréis, no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid:*

*Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros: Sabed, no obstante, que se ha acercado el reino de Dios.*

*Quien á vosotros oye, á mí me oye: y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia. Y el que á mí me desprecia, desprecia á aquel que me envió.» (SAN LÚCAS X, 3, 5, 6, 8, 9, 10, 11 y 16.)*

Los discípulos regresaron gozosos por el éxito de su mision. Jesucristo dió gracias á su eterno Padre y revelando los tesoros de caridad que guardaba

para los hombres, dijo:

—«*Venid á mí todos los que estais trabajados, y cargados, y yo os aliviaré.*

*Traed un yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy, y humilde de corazón: y hallareis reposo para vuestras almas.*

*Porque mi yugo suave es, y mi carga ligera.»* (SAN MATEO XI, 28, 29 y 30.)

Esta época de la vida de Jesús se distingue, sobre todo, por la virilidad con que el Redentor pone de manifiesto las virtudes de que necesita estar adornado quien aspira á ser su discípulo; y al efecto, su palabra elocuente y vigorosa no se contenta con bosquejar contornos, sino que traza la figura entera, rica de luz y palpitante de verdad.

El ideal que prometía era hermoso, pero reclamaba abnegación absoluta y desprendimiento ilimitado de las afecciones y los bienes terrenos. El que no llevaba su cruz á cuestas y no iba en pos de Jesucristo, no podía ser discípulo suyo; y de tal manera aparecía la necesidad de renunciar á todo, que un día quiso un individuo seguir á Jesús y este le respondió:

—«*Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos: mas el Hijo del hombre no tiene donde recline la cabeza.»* (SAN LUCAS IX, 58.)

A otro hombre, á quien Jesús le dijo que le si-



guiera y aceptó, pidiendo ir antes á enterrar á su padre, dirigió el divino Maestro estas palabras:

—«*Deja que los muertos entierren á sus muertos: mas tú vé, y anuncia el reino de Dios.*» (Id. id. 60.)

Un tercero se muestra propicio en seguir á Jesus, mas como pretendiese antes llegar á su casa para dar disposiciones de lo que allí tenia, replicó el Mesías:

—«*Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios.*» (Id. id. 62.)

Un doctor de la ley, con ánimo de tentarle, preguntó á Jesus qué debia hacer para gozar la vida eterna. Jesus le interrogó respecto de lo que estaba escrito en la ley; esplicó el doctor el precepto de Amar á Dios y al prógimo, y luego dijo:—*Y quién es mi prógimo?* Jesus lo satisfizo con la parábola siguiente: bajaba un hombre de Jerusalem y Jericó, y dando en manos de unos ladrones, fué despojado y herido. A poco pasó por aquel sitio un sacerdote y vió al viajero medio muerto y siguió de largo. Lo propio hizo un levita; pero un samaritano llegóse al infeliz y movido á compasion le vendó las heridas, en las que derramó aceite y vino; lo puso sobre su cabalgadura, llevólo á una venta y lo recomendó al mesonero, al cual ofreció pagarle al regreso el gasto causado. Jesucristo preguntó al doctor cual de los tres viajeros fué el prógimo del que padeció á manos de los ladrones; y habiendo respon-



dido que quien ejerció la misericordia, limitóse Jesús á replicar:

—«Pues vé, y haz tú lo mismo.» SAN LUCAS X, 37.)

Esta parábola tiene por complemento la de Lázaro y el mal rico, notable sin duda, porque ratifica el pensamiento relativo á la escelencia de los bienes espirituales, que nunca deben ceder el puesto á las ambiciones de un órden material.

Ha dicho el célebre La Rochefoucault que *la avaricia es mas opuesta á la economía que la liberalidad*; y si bien la frase encierra un fondo de indudable exactitud, hemos de reconocer que la avaricia presenta otros caractéres, en cuya virtud constituye un vicio trascendental, pues lleva al extremo de difundir en el alma la ponzoña del mal, con grave daño del hombre.

Razón tenía Jesús cuando en sus predicaciones ponía de manifiesto ante los fariseos, que eran avaros, todo el error de la conducta que observaban.

Siguiendo en su noble propósito, espresaba el Redentor cuáles debían ser el término y el castigo de la avaricia, que les impedía oír su voz y los hacía sordos para con los pobres.

Hé aquí por qué les presentó un dia como ejemplo un rico, vestido de púrpura y de finas telas, que vivía en un palacio y daba magníficos banquetes, y un pobre llamado Lázaro, que cubierto de

úlceras y tendido á la puerta de la suntuosa morada, pedía en vano las migajas que caían de la mesa, y solo era atendido por los perros, que iban á lamer sus llagas.

Murieron el rico y el pobre; el primero fué sepultado en el infierno, y el segundo llevado por los ángeles al seno de Abraham, ó sea el lugar donde reposaban las almas de los justos.

El rico levantó los ojos, y al ver en la mansion de los santos á Lázaro, á quien habia despreciado, exclamó así:

—*«Padre Abraham, compadécete de mi, y envia á Lázaro, que moje la estremidad de su dedo en agua, para refrescar mi lengua, por que soy atormentado en esta llama».* (SAN LÚCAS XVI, 24).

Pero Abraham le respondió que además de la distancia infinita que á los dos separaba, era justo que quien sólo había conocido el mal durante su vida espermentase despues de muerto alegría y consuelo, y que quien habia sido colmado en la tierra de bienes y delicias sufriera la sed y los tormentos en el otro mundo.

Entonces, comprendiendo el rico que ninguna misericordia podia esperar para sí, acordóse de sus cinco hermanos, y rogó á Abraham que fuesen advertidos, por medio de Lázaro, del lugar de tormentos en que se encontraba, á fin de que no in-



curriesen en los crímenes que el mal rico expiaba, y Abraham le contestó:

—«*Si no oyen á Moisés, y á los profetas: tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitare*». (Id. id. 31).

En el ejemplo representado por el mal rico y el pobre Lázaro, aquel orgulloso y este humilde, tienen justificación cumplida estas palabras de Santiago:

«Bienaventurado quien resiste la prueba, porque si es reconocido digno, recibirá la corona de vida que el Señor ha prometido á los que le aman».



En todas las enseñanzas de Jesucristo resplandece una luz purísima; el *ideal*, que surge de las maravillosas páginas del Evangelio y forma algo parecido á la piedra miliaria que marca la ruta en el itinerario de la vida.

Para castigar la avaricia se vale un día Jesús de la parábola de un hombre rico que había cosechado abundantes frutos, al extremo de no bastar sus graneros á encerrarlos, por lo que pensó derribar aquellos y hacer otros mayores. El poderoso regocijábese con advertir á su alma que descansase y



comiese y bebiese y tuviera banquetes; pero Dios le dijo (repuso Jesús):

—«Nécio, esta noche vuelven á pedir el alma: ¿lo que has allegado, para quien será?

*Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios»,*  
(SAN LÚCAS XII, 20 y 21).

Jesucristo advierte, en consecuencia, que la solicitud para el alma es preferible á la solicitud para el cuerpo; cita los cuervos que no siembran, ni siegan, ni tienen granero y sin embargo, son alimentados por Dios, y añade:

—«¿Pues cuánto mas valeis vosotros que ellos?

*Y quien de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir á su estatura un codo?»* (Id. id. 24 y 25).

Menciona despues los lirios, que sin trabsjar y sin hilar van vestidos como nunca lo estuvo Salomon en toda su gloria y dice luego:

—«No andeis pues afanados por lo que habeis de comer, ó beber: y no andeis elevados:

*Por que todas estas son cosas, por las que andan afanadas las gentes del mundo. Y vuestro Padre sabe, que de estas teneis necesidad.*

*Por tanto, buscad primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.»* (Id. id. 29, 30 y 31).

La severa palabra de Jesús pinta con vivos colores la dificultad de obtener el cielo; y á un hom-

bre que le pregunta si son pocos los que se salvan, responde:

—«*Porfiad á entrar por la puerta angosta: por que os digo, que muchos procurarán entrar, y no podrán.*» (SAN LÚCAS, 24).

A esta frase concisa y gráfica, siguen otras no menos dignas de meditacion. Jesús advierte que será en vano llamar á la puerta ni recordar antiguos antecedentes.

—«*Y he aquí (dice) que son postreros, los que serán primeros, y que son primeros los que serán postreros.*» (Id. id. 30.)

Recomienda la humildad, con motivo de la práctica egoista que habia advertido, de que los convidados ocupasen en la mesa los primeros asientos. Se vale de una parábola y manifiesta que quien fuese invitado á bodas no debe sentarse en el primer lugar, por que pudiera verse en la precision de ceder el puesto á otro convidado más honrado y sufrir la vergüenza de tomar el último sitio. Este es el que conviene ocupar, para que en vez de la humillacion precedente, se goce de un cambio que permita dejar un puesto por otro de más arriba, á instancia del que convidó y á presencia de cuántos estuviesen en la mesa. Jesús termina con esta sentencia:

—«*Por que todo aquel, que se ensalza, humillado será:*



y el que se humilla, será ensalzado». (SAN LÚCAS XVI, 11).

En otra parábola retrata el amor idólatra hacia los bienes de la tierra. Un hombre dispuso un festín, pero llegada la hora comenzó á recibir escusas de los invitados. Decía uno, por medio de su servidor, que habia comprado una granja y necesitaba ir á verla. Otro pretestaba la adquisicion de cinco yuntas de bueyes, que queria probar. Un tercero añadia que acababa de casarse; pero aquel hombre, comprendiendo que semejantes esplicaciones eran otras tantas negativas más ó menos encubiertas, mandó buscar por las calles y las plazas de la ciudad y por los caminos y los cercados, los pobres y los lisiados, para que llenasen su casa. Jesús puso fin á la parábola en esta forma:

—«Os digo, que ninguno de aquellos hombres, que fueron llamados, gustará mi cena». (Id. id. 24).

Ante la noticia de que Pilato habia hecho morir en Jerusalem á varios Galiléos por consecuencia de un tumulto, exclamó:

—«¿Pensais, que aquellos Galiléos fueron mas pecadores que todos los otros, por haber padecido tales cosas?

Os digo que no: Mas si no hiciéreis penitencia, todos perecereis de la misma manera». (SAN LÚCAS XIII, 2 y 3).

La poderosa energia de Jesús combate el orgullo de los fariseos y en un vigoroso retrato los fustiga



con todo el peso de la verdad desnuda. Habla de dos hombres el uno fariseo y el otro publicano, que subieron á orar al Templo. El fariseo de pié, oraba en su interior, dando gracias á Dios por que no lo habia hecho semejante á los demás hombres, pues ni robaba, ni era injusto, ni adúltero, como el publicano; antes bien, daba diezmos de todo lo que poseia y ayunaba dos veces en la semana.

El publicano, aunque estaba lejós, no se atrevia ni á levantar los ojos al cielo; golpeaba su pecho, se reconocia pecador y pedia á Dios que se mostrase propicio; y añadió Jesús:

—«*Os digo, que este, y no aquel, descendió justificado á su casa: por que todo hombre, que se ensalza, será humillado: y el que se humilla será ensalzado*», (SAN LUCAS XVIII, 14).

Jesucristo vá á salir para siempre de aquella comarca, donde la incredulidad impera, donde tantos esfuerzos ha hecho para destruir los errores y asentar el imperio de la verdad. Grande ha sido su mision, pero sin embargo, á un tiempo encuentra la oposicion y la duda. Un dia le preguntan los fariseos que cuando vendria el reino de Dios y la repuesta de Jesús es la siguiente:

—«*El reino de Dios no vendrá con muestra exterior:*

*Ni dirán: Hélo aquí, ó helo allí: Por que el reino de Dios está dentro de vosotros*». (SAN LUCAS XVII, 20 y 21.)

Pocas escenas tan conmovedoras refiere el Evangelio, como la relativa á los niños que traian á Jesús, para que los tocase. Reñian los discípulos á las madres y quizá á los pequeñuelos, pero el divino Maestro pronunció estas palabras, que son todo un compendio de moral:

—«*Dejad, que vengan á mi los niños, y no los impedais: por que de los tales es el reino de Dios:*

*Y en verdad os digo: Que el que no recibiere el reino de Dios, como niño, no entrará en él.* (SAN LUCAS XVIII, 16 y 17).

Murmuraban de Jesús los fariseos por que se acercaban al Salvador los publicanos y los pecadores con objeto de oírle y decian que recibia pecadores y comia con ellos y entonces Jesús les propuso tres parábolas, para responder á los escrúpulos de aquellas gentes.

Segun la primera, cualquier hombre que tiene cien ovejas y pierde una, corre en busca de esta, dejando entretanto las noventa y nueve y cuando encuentra la que se habia extraviado, la coloca sobre sus hombros, viene á su casa, y lo participa á sus amigos y vecinos para que le den el parabien.

—«*Os digo (añade Jesús) que así habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia.* (SAN LUCAS XV, 7).

La segunda parábola es la de una muger que



posee diez dracmas y pierde una y enciende el candil, y busca la moneda, barriendo la casa hasta dar con la pieza perdida, y la tercera parábola es la del hijo pródigo, filosófica por el fondo de verdad que encierra. Un padre tenía dos hijos y el menor de ellos reclamó y obtuvo la parte que le correspondía en la herencia. La dilapidó en tierra extraña; sufrió tristes amarguras, y cuando volvió arrepentido á su hogar y pidió perdon á su padre, este lo acogió dichoso y dispuso en su obsequio un magnífico festin. El otro hermano manifestó su disgusto por la conducta de su padre, pero el autor de sus días, le replicó de esta suerte:

—*«Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos.*

*«Pero razon era celebrar un banquete, y regocijarnos, por que este tu hermano era muerto, y revivió: se habia perdido, y ha sido hallado».* (Id. id. 31 y 32).

La cuestion del divorcio tenia en aquella época importancia palpitante y con frecuencia se inquiria ó pretendia inquirir la causa en cuya virtud era lícito ese acto. Sostenian unos que bastaba que una muger desagradase á su marido y afirmaban otros que sin legítima causa, esto es, sin adulterio, no debía aceptarse el divorcio.

Los fariseos, que espiaban las ocasiones de conocer las ideas de Jesús, ante la esperanza de hallar en sus respuestas algo que pudiera servir para

difamarlo, le preguntaron si era lícito á un hombre repudiar á su muger por cualquiera causa. Jesús respondió que en la Ley encontrarían la resolución del caso, pero insistieron que la Ley les permitía repudiar sus mugeres, dándoles carta de divorcio y entonces Jesús, condenando aquella libertad y remontando al principio del mundo, cuando crió Dios la naturaleza humana, advirtió que solo hizo un hombre y una muger para unirlos, y como hermosa máxima pronunció el Mesías esta frase:

—«*Por esto dejará el hombre padre, y madre, y se ayuntará á su muger, y serán dos en una carne.*

*Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.* (SAN MATÉO XIX, 5 y 6).

La constancia es una cualidad que aplicada á la realizacion de las buenas obras, ofrece resultados maravillosos. Vence los obstáculos; triunfa de las contrariedades; se impone á la adversidad; vigoriza al individuo y le permite resistir la lucha de un dia y otro en el trato social.

Se distingue la constancia por su carácter viril, por la templanza y la prudencia, por la energía ordenada, y por la confianza en la voluntad.

La vida de Jesucristo presenta un caso notable del poder de la constancia; caso que el Redentor de las almas refirió un dia á la multitud que escuchaba su divina palabra.



Hablamos de la parábola de la oracion perseverante, que pone de manifiesto la necesidad de elevar el alma al Creador.

Había un Juez que carecia á un tiempo de temor de Dios y de respeto hácia los hombres; de manera que nada le importaban las consideraciones de la conciencia ni el significado del honor, pues así despreciaba el presente como el porvenir. En la misma ciudad residía una viuda á quien oprimía injustamente un adversario. La infeliz era pobre, y solo podía granjearse la voluntad del juez exponiéndole el buen derecho de su causa; móvil por cierto, de escasa valía para un hombre á quien hubieran vencido el temor ó la avaricia, pero no los principios de la rectitud y la equidad.

En vano la viuda formulaba sus quejas ante el funcionario público, pues eran desatendidas; mas tanto y tanto rogó, que el juez, cansado de oirla y deseoso de que la mujer no volviese á molestarlo, se decidió en fin á hacerle justicia.

El fondo que entraña la parábola relatada por Jesús, es digno de admiracion. Un juez administra justicia á una pobre, no por consideracion á la bondad de su causa, ni por temor de Dios ni de los hombres, sino vencido con la importunidad de sus ruegos; ¿qué no hará Dios, que es justo y misericordioso, si le piden los oprimidos?

La constancia, pues, constituye en la práctica

de la virtud un tesoro; pero tiene como enemigo el desfallecimiento y debemos huir de este.

La constancia es la resolucion. El desfallecimiento la duda. La constancia crea. El desfallecimiento destruye. La constancia es el movimiento fecundo. El desfallecimiento la quietud estéril.

Con la constancia ensánchase el horizonte de las honradas aspiraciones. Con el desfallecimiento vivimos encerrados en un círculo estrecho.

La constancia es la luz. El desfallecimiento la sombra. Aquella conquista. Este pierde. La una avanza. El otro retrocede.

Entretanto, la época del sacrificio se aproxima; pero Jesús tiene fé; abarca sereno la perspectiva de su inmolacion y exclama:

—«*Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y cómo me angustio, hasta que se cumpla?*» (SAN LUCAS XII, 50).



De regreso á Jerusalem por Samaria, realizó Jesús un nuevo prodigio. Al entrar en una poblacion salieron diez hombres leprosos que parados de lejos imploraron la misericordia del Salvador. Fueron curados en efecto, y uno de ellos, demostrando seguidamente su reconocimiento, volvió á la comitiva

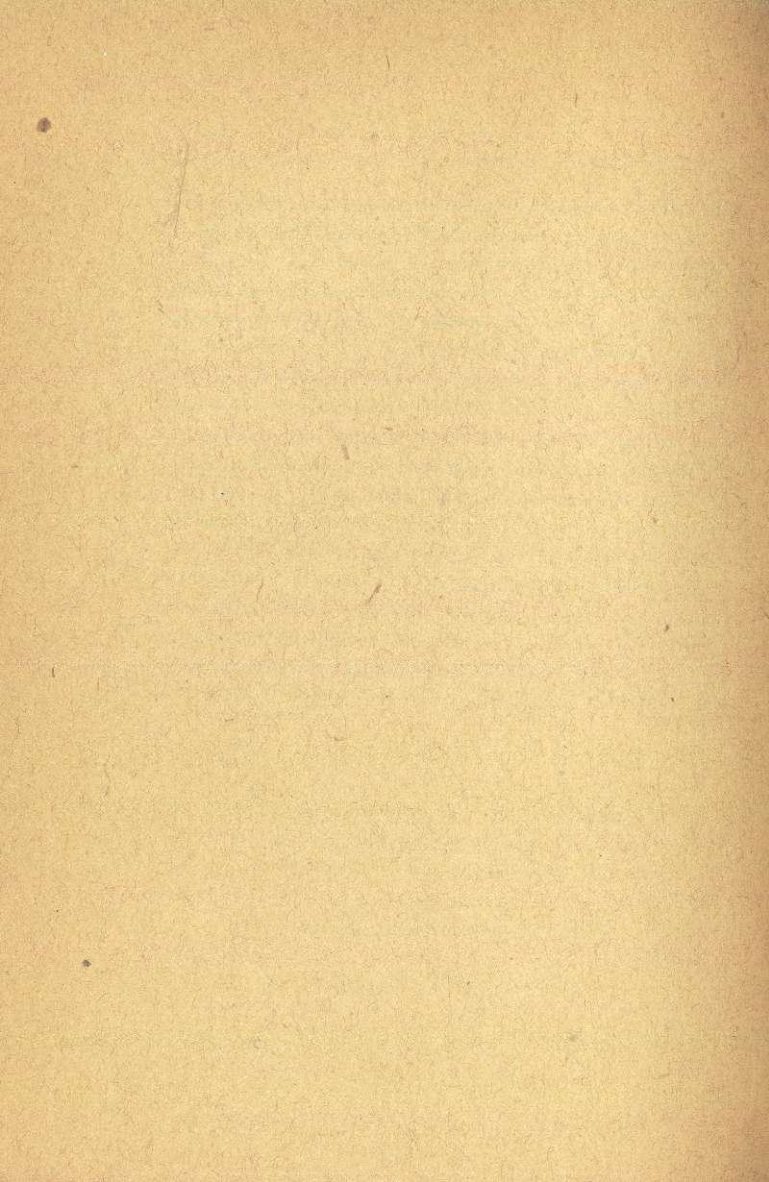


de Jesús, una vez cumplidos los ritos de la ley.

Pero tantos y tantos alardes magníficos de la divinidad de Jesús no logran llevar el convencimiento á las muchedumbres. Aun le exigen los Judíos apologías que rehusa pues que antes de aquella época habia demostrado su origen divino. Bastaba conocer que son muchos los convertidos á la verdadera luz y bastaba, sobre todo, fijar la atención, con ánimo sereno, en la doctrina del Redentor, exenta de la escoria que impurifica el edificio religioso de sus enemigos. Le arguyen con ira, le provocan sin piedad y Jesús pronuncia estas palabras:

—«Yo y el Padre somos una cosa». (SAN JUAN X, 30).

Entonces quieren apedrearle; pero no ha llegado el momento de sucumbir y los que se escandalizan oyendo tan profundo concepto, renuncian al placer de sellar con la vileza de la acción que pretenden sus instintos criminales y su ódio hácia Jesús.





## XXIII.

### LA ESTANGIA EN PEREA Y LA RESURRECCION DE LÁZARO.

---

La residencia del Salvador en la Peréa fué no poco fecunda en ejemplos y enseñanzas. Jesús continuaba desenvolviendo su doctrina y presentaba el ideal de su Iglesia, en el que tienen el desinterés y el sacrificio una parte integrante. El pensamiento de renunciar de un modo absoluto á los bienes de la tierra sirvió en aquel tiempo al divino Maestro para ofrecer á un judío profundas máximas y saludables advertencias.

Se trataba de un hombre muy rico y al par fiel observador de los mandamientos, que preguntó á Jesús lo que debia hacer para ganar la vida eterna.

Jesús le mandó vender cuánto tenía y distribuirlo entre los pobres; pero el rico se entristeció y el Mesías le dijo:

—*«¡Cuán dificultosamente entrarán en el reino de Dios los que tienen los dineros!*

*Por que mas facil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios».*  
(SAN LUCAS XVIII, 24 y 25.)

Conviene advertir que estas palabras no han de aceptarse como la espresion de la intransigencia, pues significan, únicamente, que Dios pide al hombre el sacrificio de sí mismo; la vocacion necesaria para consagrarle la voluntad, con exclusion de la especie de culto que en la sociedad humana rinde cada cual á un ídolo determinado.

Los que oyeron las anteriores palabras de Jesús, exclamaron:

—*«¿Pues quien puede salvarse?»*

Y Jesucristo repuso de esta manera:

—*«Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios».* (Id. id. 26 y 27).

Acto seguido Pedro, en nombre sin duda, de los demás apóstoles, manifestó como un deseo de conocer la recompensa que les aguardaba, en cambio de los sacrificios que hacian por Jesús y este les dijo, que todo aquel que hubiera dejado casa, padres, hermanos, muger ó hijos por el reino de



Dios, recibirá mucho más en premio de lo que abandonó.

\* \* \*

Estaba Jesucristo en la Peréa, cuando tuvo noticia de que se hallaba enfermo Lázaro, en cuya casa de Betania había recibido vacias veces amable hospitalidad. Lázaro tenia dos hermanas, Marta y Maria y esta última era la que ungió al divino Maestro con unguento, y limpió los piés con sus cabellos. Desoladas en presencia del triste suceso enviaron á decir á Jesús:

—«Señor, he aquí el que amas está enfermo». (SAN JUAN XI, 3).

Jesús contestó:

—«Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella». (Id. id. 4).

Pasados dos dias se puso en marcha hácia Betania, diciendo á los discipulos:

—«Lázaro nuestro amigo duerme: más voy á despertarle del sueño». (Id. id. 11).

Los discipulos creyeron que el Salvador hablaba del reposo y juzgaron que aquel sueño era signo de salud; pero Jesucristo queria significar que Lázaro habia muerto.

Llegados á Betania, encontraron que el enfermo yacía cadáver desde cuatro días antes y vieron invadida la casa por numeroso concurso de Judíos, que acudieron para consolar á las infelices hermanas. Entonces, tuvo lugar entre Jesús y Marta el diálogo siguiente:

—«Señor, (decía ella) *si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.*

*Mas tambien sé ahora, que todo lo que pidieres á Dios, te lo otorgará Dios.»*

Jesús le dijo:

—«*Resucitará tu hermano.*»

—«*Bien sé, (repuso Marta) que resucitará en la resurreccion en el último día.*»

Jesucristo añadió así:

—«*Yo soy la resurreccion y la vida: el que crée en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.*»

«*Y todo aquel, que vive, y crée en mí, no morirá jamás. ¿Crées esto?*»

—«*Si Señor, (insistió ella) yo he creído, que tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.* (Id. id. 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27).

Marta corrió en busca de su hermana María, salió esta al encuentro de Jesús y postróse á sus piés diciendo que no habria muerto Lázaro si hubiera estado allí el Redentor. Al ver Jesús que la desgraciada muger lloraba, así como los Judíos que iban con ella, gimió en su ánimo y pidió que lo lleva-



sen al sitio donde reposaba exánime el cuerpo de Lázaro de Be:ania. Era una gruta, cerrada con una losa; mandó el Mesías que quitasen la piedra, y como observase Marta que el cadáver exhalaria hedor, hizo Jesús esta pregunta:

—«¿No te he dicho, que si creyeres, verás la gloria de Dios?» (Id. id. 40).

Quitaron, pues, la losa; Jesús alzó los ojos; dió gracias á su Padre celestial por que lo habia oido, y exclamó:

—«¡Lázaro, ven fuera!» (Id. id. 43).

Y Lázaro, de rigido cadáver que era, levantóse, cubierto el rostro con un sudario y atados los piés y las manos con vendas y una vez desatado, regresó á su casa, en presencia de los espectadores de aquel prodigio.





## XXIV.

### ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEN.

---

La resurreccion de Lázaro tuvo singular eco entre los enemigos de Jesús, y tanto, que reunidos los pontífices y los fariseos en gran Consejo compuesto de setenta y dos individuos, deliberaron acerca de lo que convenia hacer, en vista de las circunstancias. Los milagros que señalaban el paso de Jesucristo por diferentes comarcas, eran motivo para escitar el ódio contra su persona, y de aquí el tema puesto á discusion, ó sea el de si debian quitarle la vida ó dejarlo en libertad, como hasta aquel momento. Mas prescindiendo de la animadversion hácia Jesús, habia una causa de que no podia desentenderse la Asamblea: si el Redentor no sucumbia, todos los Judíos, aceptándolo

por el Rey Mesias, en virtud de los prodigios que ejecutaba, llamarían la atención de los romanos, que verían en aquel acto una rebelión suficiente á traer con su castigo la ruina á la Judéa. Hé aquí por qué, fueron aceptadas las palabras de Caifás, sumo pontífice á la sazón, quien dijo:

—«*Vosotros no sabeis nada.*

*Ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca.»* (S. JUAN XI, 49 y 50.)

De suerte que Caifás, profetizó que Jesús había de morir por la nación. Su enérgico lenguaje fué aprobado, y para llevarlo á cumplido término dieron orden los fariseos y los príncipes de los sacerdotes á fin de que si alguien sabia donde estaba Jesús lo avisase y fuera preso.

El sanhedrin aceptaba como buenas las palabras de Caifás y sin embargo, eran la condenación infame de los sentimientos de justicia y la exhibición de un alarde monstruoso y criminal.



Jesús, entretanto, habíase retirado cerca de un desierto, á la ciudad de Efram ó Efraim, que unos creen fuese Efron, en la tribu de Judá y otros colocan en la de Efram.



Se aproximaba la fiesta de la Pascua, en cuya época llegaba á Jerusalem un extraordinario concurso procedente de toda la Judéa, y resolvió Jesucristo marchar hácia la ciudad santa, comprendiendo que debía cumplirse en breve su sacrificio.

Se puso en marcha para Jericó, y á la entrada de esta localidad vióse rodeado por la multitud que le miraba con asombro, pues ni las antipatías ni las censuras de los enemigos, podían borrar la impresion que causaba Jesús.

Un ciego que pedia limosna cerca del camino, escuchó el tropel de la gente, y como preguntáse el motivo y le dijese que pasaba Jesús Nazareno, gritó con fervoroso acento:

—«*Jesús, hijo de David, tén misericordia de mí.*»  
(SAN LUCAS XVIII, 38.)

En vano los discípulos le quisieron imponer silencio; el desgraciado seguía gritando y Jesús le dijo:

—«*¿Qué quieres que te haga?*»

—«*Señor, que vea*»; (repuso aquel, *Id id.* 41).

Y el Redentor, fiel á sus bondadosos impulsos y conecedor de la fé del mendigo, le dió la vista.

Ya casi en la ciudad, un nuevo suceso llamó poderosamente la atención del cortejo que caminaba en pos de Jesús.

Vivia en Jericó un hombre muy rico, llamado Zaquéo, pequeño de cuerpo, el cual era jefe de los

publicanos y tenia ardiente deseo de ver al Mesías; pero pugnaba inútilmente por conseguirlo, merced á su estatura, que en aquellas circunstancias representaba para Zaquéo una verdadera contrariedad. En tal apuro, subió sobre un sicomoro que habia á orillas del camino, y de ese modo logró contemplar la magestuosa figura del Redentor. Llegado éste delante del sicomoro alzó los ojos y viendo al jefe de los publicanos, le dijo:

—*«Zaquéo, desciende presto, por que es menester hoy hospedarme en tu casa.»* (SAN LUCAS XIX, 5.)

El aludido, radiante de gozo, descendió del árbol, y recibió con suma alegría la visita del celestial huésped.

Entretanto, los testigos de aquella escena murmuraban, exclamando que habia ido á posar en la casa de un pecador.

Las palabras del pueblo fueron sin duda oidas por Zaquéo, pues este habló así á Jesús:

—*«Señor, la mitad de cuanto tengo doy á los pobres: y si en algo he defraudado á alguno, le vuelvo cuatro tantos más.»* (Id. id. 8.)

La intencion de aquel hombre, cuya alma se abria á los sentimientos de la pureza, hizo esclamar á Jesús:

—*«Hoy ha venido la salud á esta casa: por que él tambien es hijo de Abraham.»*



*Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perecido.»* (Id. id. 9 y 10).

De esta suerte justifica el Redentor la bondad de su obra sobre la tierra. Zaquéo era pecador por su empleo de publicano, y precisamente esta circunstancia hizo á Jesús elegir su casa, puesto que habia venido á salvar los pecadores.

Acto seguido Jesús propuso esta parábola á sus oyentes. Un hombre noble fué á tierra distante para recibir un reino y volverse. Llamó á diez de sus siervos, les entregó diez minas (1) y les encargó que traficasen hasta su regreso. Los de la ciudad le aborrecian y enviaron tras él una embajada para esponer que no querian su autoridad ni su reino. Recibió este aquel hombre y á su vuelta mandó llamar los siervos, deseoso de conocer la forma en que negociaron. El primero le dijo que su mina le ganó diez minas, y contestó el rey que puesto que en lo poco habia sido fiel, tendria potestad sobre diez ciudades. Al segundo, que ganó cinco minas, le concedió potestad sobre cinco ciudades; pero llegó el tercero y le dijo:

—«Señor, aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un lienzo.

---

(1) La mina hebrea tenia un valor aproximado á unos 525 reales.

—«Por que tuve miedo de tí, que eres hombre récio de condicion: llevas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste.» (S. LUCAS XIX, 20 y 21.)

El rey contestó:

—«Mal siervo, por tu propia boca te condeno: sabias que yo era hombre récio de condicion, que llevo lo que no puse, y siego lo que no sembré:

—«¿Pues por qué no diste mi dinero al banco, para que cuando volviese lo tomara con las ganancias?» (Idem id. 22 y 23.)

Y dispuso que la mina aquella fuese entregada al que tenía diez. Los demas observaron que poseia mayor número de monedas y entonces repuso el rey:

—«Pues yo os digo, que á todo aquel que tuviere se le dará, y tendrá más: más al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene.» (Id. id. 26.)

La parábola, que entraña un fondo de perfecta moral, termina con esta profunda sentencia:

—«Y en cuanto á aquellos mis enemigos, que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá, y matadlos delante de mí». (Id. id. 26.)



Jesús pasó de Jericó á Betania. en compañía de los discípulos. Faltaban seis días para la Páscoa y entró en la referida localidad el viernes despues



de la puesta del sol, ó sea al comenzar el sábado. Se hospedó en el domicilio de Lázaro, y á la siguiente noche le ofrecieron una magnífica cena en la casa de Simon el Leproso.

Marta ayudaba á los criados en el honor de servir á Jesucristo, y en cuanto á Maria, dió inequívoco testimonio de la respetuosa adoracion que experimentaba hácia el divino Maestro. Aquella muger no olvidaba los beneficios que le debia, representados por el hecho de libertarla de la tirania de muchos pecados y por el prodigio de la resurreccion de Lázaro, que presente á la sazón, comia y bebia con los demás invitados á la mesa.

Maria deseaba hacer público alarde de su gratitud y tributar á Jesucristo el culto supremo que podia ofrecerle en aquellos momentos, y para realizar su obra de fé y de religion presentóse en la sala del festin llevando en sus manos un riquísimo vaso de alabastro que contenia una libra de perfume de gran precio, compuesto con la esencia de la espiga del nardo, importante don, que como el mas valioso que poseía, pensaba dedicar á Jesús. Aquella muger, obedeciendo á la pureza de sus intenciones, llegó hasta el Mesías, y postrada en su presencia, limpió con sus cabellos el polvo de los piés de Jesucristo, derramó encima perfume, hizo lo propio sobre la sacrosanta cabeza, y luego rompió el vaso alabastrino, cuya esquisita esencia,

vertiéndose en la estancia la impregnó, así como á toda la casa, en suave aroma.

Los discípulos se indignaron, y siguiendo la inspiracion de Judas, dijeron:

—«¿A qué fin este desperdicio?»

«Por que podía esto venderse en mucho precio, y darse á los pobres». (SAN MATEO XXVI, 8 y 9).

Semejante crítica, que pugnaba con las expansiones del mas puro amor, tuvo el siguiente correctivo de Jesús:

—«Por qué sois molestos á esta muger? pues ha hecho conmigo una buena obra.

Por que siempre teneis pobres con vosotros: más á mí no siempre me teneis.

Por que derramando ésta este unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo». (Id. id. 10 11 y 12).

Poco envidiable fué el papel representado por Judas. Sus perversos instintos se revelaban de un modo evidente en aquel rasgo de avaricia y confirmaban el Juicio de San Juan al calificarlo de ladrón. Los hechos subsiguientes completaron la opinion que el evangelista habia formado del discípulo indigno, que soñaba sin duda, ante la actitud del sanhedrin espresada por sus decretos, en la venta infame del divino Maestro.



Al amanecer de la siguiente mañana, la multitud de Judíos que se dirigia á las fiestas de Jerusalem llegaba presurosa al domicilio de Lázaro, atraida por la prodigiosa nueva de la resurreccion de aquel hombre.

Jesucristo se disponia á partir en demanda de la ciudad santa, donde le aguardaba con la crucifixion el triunfo, al par que á la humanidad esperaba la aurora feliz de un nuevo dia, llamado á romper las tinieblas de la servidumbre y el error.

Una vez en camino y cerca de Betfage, habló así Jesucristo á dos de los discípulos que le acompañaban:

—*Id á esa aldea, que está enfrente: y luego que entráreis en ella, hallareis un pollino de asna atado, sobre el cual nunca se sentó hombre alguno: desatadlo, y traedlo.*

*Y si alguno os preguntare: ¿Por qué le desatais? le respondereis así: Por que el Señor lo ha menester.»* (SAN LUCAS XIX, 30 y 31).

Los discípulos cumplieron el encargo, y Jesús emprendió la marcha sobre la humilde cabalgadura, que los orientales prefieren al caballo para las circunstancias de alguna solemnidad.

Todos los discípulos del divino Maestro, y muchos que no pertenecian á aquellos, se acercaban á su paso, así como los Judios de Jerusalem; arroja-

ban vestidos sobre el pollino en que el Redentor iba montado; cubrían el camino con sus propias túnicas, á manera de alfombra, y la numerosa comitiva, ostentando en sus manos palmas y ramas de los vecinos árboles, entonaban en honor del celestial viajero uno de los hermosos himnos que era costumbre cantar en las grandes fiestas.

«Y muchos (dice S. Márcos) tendían sus vestidos por el camino, y otros cortaban hojas de los árboles y las tendían por el camino.»

«Y los que iban delante, y los que seguían detrás, daban voces diciendo: Hosanna.»

«Bendito el que viene en el nombre del Señor: Bendito el reino de nuestro padre David, el cual viene: Hosanna en las alturas.»

Algunos de los fariseos que allí había pidieron á Jesús que reprendiese á sus discípulos, mas el Mesías respondió:

—«Os digo, que si estos callaren, las piedras darán voces». (SAN LUCAS XIX, 40).

A la vista de la rebelde Jerusalen, olvidó Jesús su propia gloria para meditar en los infortunios que esperaban á la ciudad vecina, y exclamó vertiendo tristísimo llanto:

—«¡Ah! ¡Si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! mas ahora está encubierto de tus ojos.

*Porque vendrán días contra tí: en que tus enemigos te*



*cercarán de trincheras y te pondrán cerco: y te estrecharán por todas partes:*

*Y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán de tí piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion.» (SAN LÚCAS XIX, 42, 43 y 44.)*

Jesús entró en Jerusalem por la puerta Dorada, y llegado al Templo descendió de la cabalgadura y penetró en el primer átrio que estaba invadido por los vendedores de víctimas para el sacrificio, á los cuales, como en otro tiempo, arrojó fuera; pero al celo del Mesías y á su inquebrantable justicia se enzalaba la caridad, y aquel mismo dia devolvió la salud á cuantos enfermos imploraron su misericordia.

Las maravillas que realizaba Jesús hicieron prorumpir en voces de entusiasmo á los niños, que gritaban: *¡Hosanna al hijo de David!* y habiéndose indignado los escribas y los príncipes de los sacerdotes, preguntaron á Jesucristo:

—«¿Oyes lo que dicen estos?»

—«Sí, (repuso Jesús) *¿Nunca leisteis que de la boca de los niños, y de los que maman, sacaste perfecta alabanza?» (SAN MATEO XXI, 16.)*

Luego, se retiró Jesús á Betania, y á la siguiente mañana tornó á Jerusalem para enseñar su hermosa doctrina en el Templo. Cerca de la ciudad, junto al camino, vió una higuera de cuyo fruto

quiso comer, pero al aproximarse advirtió que solo tenía hojas y exclamó:

—«*Nunca jamás nazca fruto de tí.*» (Id. id. 19.)

Secóse la higuera acto seguido y admirados los discípulos se preguntaban cómo se había secado al instante, mas entonces añadió el divino Maestro:

—«*En verdad os digo, que si tuviereis fé, y no dudareis, no tan solamente hareis esto de la higuera, mas aun si dijereis á este monte: Quitate, y échate en la mar, será hecho.*» (Id. id. 21.)



## XXV.

### DEVATES Y EJEMPLOS.

---

Habia llegado el momento solemne en que Jesús debía sostener una verdadera lucha con los doctores de Jerusalem, pero una vez inaugurada, el Redentor presentóse á la altura grandiosa que en todas las circunstancias de su vida.

El debate que los doctores pretendian utilizar en obsequio de su ódio contra el Salvador, tornábase arma peligrosa para quienes la esgrimian, y los que erigidos en jueces interrogaban con audaz cinismo, reconocian indignados y confusos la superioridad de su adversario. La réplica sencilla, la conclusion sentenciosa y la parábola espresiva, representaban otras tantas fases de la derrota, puesto que bajo tales aspectos resultaba quebrantado el orgullo de los fariseos.

Un escriba le preguntó cuál era el primero de todos los mandamientos y Jesús le respondió:

—«*El primer mandamiento de todos es: Escucha Israel, el Señor tu Dios un solo Dios es:*

*Y amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento.*

*Y el segundo semejante es á él: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos.»* (SAN MÁRCOS XII, 29, 30 y 31.)

Los fariseos quisieron saber en qué fundaba su autoridad, y Jesús les objetó con estas palabras:

—«*¿El bautismo de Juan de dónde era? ¿del cielo, ó de los hombres?»* (SAN MATEO XXI, 25.)

Ellos contestaron que lo ignoraban y Jesús repuso:

—«*Pues ni yo os digo, con qué potestad hago estas cosas.»* (Id. id. 27.)

Y acto seguido les propuso la parábola de la viña, cuadro de aplicación inmediata á los que discutían con el Salvador. Un hombre tenía dos hijos y llegando al primero le mandó ir á trabajar á la viña, pero él se negó, si bien luego hubo de cumplir la orden. El padre dió igual encargo al segundo hijo, mas aunque ofreció obedecer no lo hizo.

El Mesías preguntó que quién de ambos acató la voluntad del padre, y como dijese que el primero, añadió que los publicanos y las gentes de mala



vida irian al reino de Dios delante de aquellos doctores con los cuales contendia en el Templo.

No menos incisiva es esta parábola que esplicó despues. Habia un padre de familia que plantó una viña y la cercó de un vallado, edificó una torre, arrendó la heredad y marchó á pais lejano. Luego que llegó la ocasion propicia, envió sus siervos á los labradores para que percibiesen los frutos de la viña; pero aquellos hirieron á uno, mataron á otro y apedrearon al tercero de los siervos. El dueño envió otros en mayor número, mas como sufrieran idéntica suerte, resolvió mandar á su hijo, esperando que lo respetarian; pero los labradores juzgaron que si mataban al heredero tendrian la herencia, y en su virtud le dieron muerte.

Jesús terminó de este modo:

—«Pues cuando viniere el señor de la viña ¿qué hará á aquellos labradores?» (SAN MATEO XXI, 40.)

Los oyentes respondieron que destruiria á los malos y arrendaria la viña á otros labradores que le pagasen el fruto á su tiempo, y entonces añadió Jesús:

—«¿Nunca leisteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina? Por el Señor fué esto hecho, y es cosa maravillosa en nuestros ojos.»

«Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él.

*Y el que cayere sobre esta piedra, será quebrantado: y sobre quién cayere, lo desmenuzará.»* (Id. id. 42, 43 y 44.)

En la parábola de las bodas descrita por San Lucas aparecen iguales pensamientos y á su final dice Jesús que son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, al oír las precedentes parábolas entendieron que de ellos hablaban y quisieron apoderarse de Jesucristo, pero temieron al pueblo que lo miraba como un profeta y enfrenaron su creciente furor.

Los saduceos, que negaban la resurreccion, tomaron parte en la polémica y le preguntaron qué haria en la vida futura la muger que sucesivamente se hubiera casado con siete maridos; esto es, de cual de los siete seria muger.

La observacion era absurda, porque suponía en la existencia del porvenir un mundo materialista; pero Jesús respondió:

—«*Errais, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.*

*Porque en la resurreccion ni se casarán, ni serán dados en casamiento: sino que serán como ángeles de Dios en el cielo.*

*Y de la resurreccion de los muertos, ¿no habeis leído las palabras que Dios os dice:*

*«Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el*



*Dios de Jacob? No es Dios de muertos sino de vivos.»*  
(SAN MATEO XXII, 29, 30, 31 y 32.)

Jesús entonces, preguntó á los fariseos de quién les parecia que era hijo Cristo; y habiendo respondido ellos que de David, añadió:

—«¿Pues cómo David en espíritu lo llama Señor, diciendo:

«Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies?»

Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?» (Id. id. 43, 44 y 45.)

Semejantes palabras difundian la confusion entre sus enemigos, impotentes para replicar, y sin embargo, el sanhedrin no renunciaba á la lucha; vencidos los doctores con una y otra frase, aun intentaron envolver á Jesús, y por un alarde de refinada sutileza, creyeron encontrar el medio que buscaban.

Luego que Pompeyo se hubo apoderado de Jerusalem y reducido la Judéa á una provincia, impuso á los Judíos la obligacion de pagar una especie de tributo, cuando las necesidades de la República lo exigieran; pero en tiempo de Augusto modificóse la forma de esaccion y quedó establecido un tributo anual y fijo que se abonaba en una moneda, la cual tenia el nombre y la figura del emperador, en testimonio de la servidumbre del pueblo Judío. Cierta galiléa, indignado por aquella

imposicion, que juzgaba humillante para un pueblo libre y que adoraba al verdadero Dios, se sublevó contra el tributo; mas aunque fueron desbaratados sus propósitos y los de sus amigos de secta, el pensamiento era simpático y vivía en silencio.

Hé aquí, á juicio de los fariseos, un terrible escollo para que tropezara Jesucristo, segun la opinion que formulase respecto del tributo. Llegaron, pues, al Mesías; en breves palabras espusieron á su juicio el problema de la relacion que existe entre el poder civil y el religioso, y le interrogaron si era lícito dar tributo al César, ó no.

La respuesta de Jesús fué sublime:

—«*¿Por qué me tentais, hipócritas?*» (SAN MATEO XXII, 18.)

Así dijo, y pidiendo una moneda que le presentaron de seguida, preguntó de quien era la figura y la inscripcion; y al afirmarle que Jel César, exclamó:

—«*Pues pagad á César, lo que es de César: y á Dios, lo que es de Dios.*» (Id. id. 21.)

De este modo establecia Jesús la division que hay entre los deberes de súbdito de un Estado y los deberes religiosos; entre el poder civil y las relaciones con Dios; en otros términos; formulaba la apología de la libertad moral.





El mismo día, al entrar Jesús en el Templo, se le acercaron Felipe y Andrés acompañados de varios gentiles que deseaban conocerlo. Jesús les habló de este modo:

—«Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre.

«En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda: mas si muere, mucho fruto lleva.» (SAN JUAN XII, 23 y 24.)

Jesucristo añade luego:

—«Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre, sálvame en esta hora. Mas por eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre.» (Id. id. 27 y 28.)

Al propio tiempo se oyó una voz misteriosa que decía:

—«Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré.» (Id. id. 28.)

Jesús advirtió á los que allí se encontraban, que aquella voz había venido por causa de ellos, y añadió que si fuera alzado de la tierra todo lo atraería á sí mismo.

Tal manera de discurrir levantó la indignacion en los oyentes:—¿quién es (se preguntaban) este Hijo del hombre?—y Jesucristo puso fin á la escena con estas palabras:

—«Aun hay en vosotros un poco de luz. Andad, mientras que teneis luz, porque no os sorprendan las tinieblas: y el que anda en tinieblas no sabe á donde vá.»

*Mientras que teneis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.» (Id. id. 35 y 36.)*

Antes de abandonar el Templo vió Jesucristo que varios ricos depositaban ostentosamente sus limosnas en el gazofilacio destinado á recibirlas, y como al lado de aquellos se presentase una viuda pobre que echó dos pequeñas monedas, exclamó el divino Maestro:

—«*En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado mas que todos los otros.*

*Porque todos estos han echado para las ofrendas de Dios, de lo que les sobra: mas esta de su pobreza ha echado todo el sustento que tenia.» (SAN LUCAS XXI, 3 y 4)*



Al salir del Templo se retiraba Jesús, y habiendo llegado sus discípulos mostrábanle el edificio, notable por su magnificencia. El Redentor les habló así:

—«*Veis todo esto? En verdad os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.» (SAN MATEO XXIV, 2.)*

Poco despues estaba sentado en el monte del Olivar y le preguntaron sus mismos discípulos cuando tendria lugar aquel acontecimiento y cual



sería la señal de la venida de Jesús y de la consumacion del siglo.

Comenzó el divino Maestro por advertirles que no se dejasen engañar de los impostores que tomarian el nombre de Mesías, y los exhortó á que no les conturbasen las guerras, el hambre, las sediciones y otros signos precursores de nuevas terribles desgracias. Les predijo que ellos, sus discípulos, serian perseguidos, llevados ante los jueces, azotados en las sinagogas y entregados al suplicio, á causa de su amor á Jesús; que se levantarían falsos profetas, y se multiplicaría la iniquidad y se debilitaría la caridad de muchos, pero el que perseverase hasta el fin, ese seria salvo. Añadió que la predicacion del Evangelio en todo el mundo, serviría de testimonio á las naciones; describió el cuadro imponente de aquellos dias en que oscurecido el sol, y sin resplandores la luna, caerían las estrellas y serían conmovidas las virtudes del cielo. Entonces parecerá la señal del hijo del hombre en el cielo, y plañirán todas las tribus y verán al Hijo del hombre venir en las nubes, grande, poderoso y sublime de magestad, que enviará sus ángeles con trompetas y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos.

El discurso profético de Jesús fué acompañado de imágenes magníficas y de pensamientos profundos,

—«*Aprended de la higuera una comparacion (decia á sus discípulos): cuando sus ramos están ya tiernos, y las hojas han brotado, sabéis que está cerca el estío.*

*Pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca á las puertas.»* (SAN MATEO XXIV, 32 y 33.)

Luego les puso por ejemplo dos hombres que estarán en el campo; el uno será tomado y el otro será dejado; y dos mugeres que molerán en un molino; la una será tomada y la otra será dejada.

—«*Velad, pues, (añade) porque no sabéis á qué hora ha de venir vuestro Señor.»* (Id. id. 42.)

La parábola de las diez vírgenes recomienda igualmente la vigilancia. Cinco de las diez vírgenes eran fátuas y cinco prudentes. Todas ellas provistas de sus lámparas salieron á recibir al esposo y la esposa; pero las fátuas no llevaron consigo aceite, al paso que las prudentes lo llevaron en sus vasijas á la vez que en las lámparas. Tardó en venir el esposo y las diez quedáronse dormidas y cuando á la media noche se oyó gritar que llegaba, se levantaron y aderesaron sus lámparas para recibirlo; mas las fátuas cuyas lámparas se apagaban pidieron aceite á las prudentes, quienes previsoras y temiendo la falta del combustible respondieron que fueran á comprarlo. Así lo hicieron y entretanto, vino el esposo y las vírgenes que estaban apercebidas, entraron con él á las bodas. Volvieron



al fin las otras y en vano llamaron y pidieron que abriesen la puerta, pues el esposo respondió que no las conocía.

En la parábola de los talentos encontramos cierta analogía con la de las minas y en el resto del grandioso discurso profético el pensamiento de la justicia eterna que recompensa y castiga; idea que se enlaza íntimamente á la dignidad humana y que es una de tantas manifestaciones de la inmortalidad del alma.

Ovidio en la elegía X del libro de los *«Tristes»*, se expresa de este modo:

«Si tamen exstinetis aliquid, nisi nomina, restat,

Et gracilis structos effugit umbra rogos; Fama,  
parentales, si vos mea contigit, umbræ.

Et sunt in stygio crimina nostra foro;

Scite, precor, causam (nec vos mihi fallere fas  
est).

Errorem jussæ, non scelus, esse fugæ». (1)

(1) «Si algo mas que el nombre queda á los finados,

Y el espíritu se liberta de la pira;

Manes de mis padres, si la noticia de mis desgracias ha llegado á vosotros, y nuestros crímenes están en el tribunal del infierno;

Sabed, yo os lo suplico, que la causa de mi destierro (no me es permitido engañaros) es el error, que no la maldad.»

Balines, apropósito de los castigos y recompensas, dice así:

«Vemos á cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran una existencia agoviada de miserias é infortunios: siendo Dios justo ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida el premio para la virtud y el castigo para la maldad? Podremos creer que muere el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta á nadie de sus acciones buenas ó malas?»—



## XXVI.

### LA PASCUA JUDÍA

#### Y LA SANTA CENA.

Se aproximaba la época de la fiesta de los panes sin levadura ó sea la Pascua y Jesús habló á sus discípulos de este modo:

—«Sabeis que de aquí á dos dias será Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado».  
(SAN MATEO XXVI, 2).

Entretanto, los doctores y los príncipes de los sacerdotes discurrían la manera de apoderarse del Salvador y á este fin, se reunieron el miércoles con los magistrados del pueblo, en el atrio del príncipe de los sacerdotes, llamado Caifás.

Judas Iscariote, el discípulo traidor favoreció

perfectamente los planes de los enemigos de Jesús, pues recordando que el Sanhedrin ofrecía una recompensa á quien le descubriese á Jesucristo, presentose ante la asamblea y el trato quedó estipulado, mediante la suma de treinta monedas de plata, que se supone fuesen treinta siclos, equivalentes con bastante aproximacion, á trece onzas y un octavo.

El nombre *Pascua* procede de una palabra caldea que significa *paso*. Fué establecida aquella fiesta en memoria del paso del Mar Rojo y al par en recuerdo del ángel exterminador que en una sola noche quitó la vida á todos los primogénitos de los Egipcios, así hombres como animales, esceptuando los Israelitas cuyas casas tenían señaladas las puertas con la sangre de un cordero que cada familia Judía había inmolado por orden de Moisés.

El jueves los apóstoles preguntaron á Jesús donde quería celebrar la Pascua y él envió á Jerusalem á Pedro y Juan con encargo de que siguiesen hasta la casa de un hombre que encontrarían llevando un cántaro, luego que entrasen en la ciudad. En un aposento del domicilio de aquel hombre debía



tener lugar la cena y llegada la hora se congregaron el divino Maestro y sus discípulos y sentado á la mesa Jesús, les manifestó el vivo deseo que tenia de comer con ellos aquella Pascua, antes de padecer. Luego, agarrando el caliz, segun era costumbre, en el que hacia cabeza en la mesa, dió gracias á Dios, y dijo:

—*Tomad, y distribuidlo entre vosotros.*

*Por que os digo, que no beberé más de fruto de vid, hasta que venga el reino de Dios». (SAN LUCAS XXII, 17 y 18).*

El momento era triste, pues aparecia en vez del gozo de una reunion afectuosa, la idea de una muerte próxima. En tanto, y sin duda por una manifestacion del fervoroso cariño y del acendrado respeto que experimentaban los discípulos hácia Jesús, discutieron acerca de cual de ellos parecia ser el mayor; pero Jesucristo les habló así:

—*Los reyes de las gentes se enseñorean de ellas: y los que tienen poder sobre ellas, son llamados bienhechores.*

*Mas vosotros no así: antes el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor: y el que precede, como el que sirve». (Id. id. 25 y 26).*

Jesucristo, uniendo á sus palabras de humildad el ejemplo, levantose, y despues de quitarse sus vestiduras tomó una toalla, se la ciñó, echó agua en un lebrillo y comenzó á lavar los pies de sus

discípulos y á limpiarlos con la toalla. Simon Pedro, admirado, le dijo:

—«¿Señor, tú me lavas á mi los pies?»

—«Lo que yo hago, (respondió Jesucristo) tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás despues». (SAN JUÁN XIII. 6 y 7).

Pedro insistió:

—«No me lavarás los piés jamas.»

Pero el Mesías repuso:

—«Si no te lavare, no tendrás parte en mi reino». (Id. id. 8.)

Y en presencia de semejante declaracion dijo Pedro:

—«Señor, no solamente mis piés, más las manos tambien y la cabeza». (Id. id. 9.)

El carácter impetuoso de Pedro se revelaba en todas las circunstancias y tal aconteció en la que señalamos; pero su misma actitud y sobre todo su última frase, sirvieron para que Jesucristo formulara esta notable sentencia:

—«El que está lavado, no necesita sino lavar los piés, pues está todo limpio. Y vosotros limpios estais, mas no todos». (Id. id. 10.)

Terminado el lavatorio pronunció Jesús las terribles palabras declarando que uno de sus discípulos habia de entregarlo. Cundió la sorpresa y la amargura entre los apóstoles y cada uno comenzó á decir:



—«¿Por ventura soy yo, Señor?» (S. MATEO, XXVI 22)

Jesucristo respondió así;

—«El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el que me entregará.

El Hijo del hombre vá ciertamente, como está escrito de él: pero ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre: mas le valiera á aquel hombre no haber nacido». (Id. id. 23 y 24).

Judas Iscariote interrogó á su vez y Jesús le contestó únicamente:

—«Tú lo has dicho». (Id. id. 25).

El miserable abandonó la estancia y en aquel momento Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y distribuyó á sus discipulos, á quienes dijo:

—«Tomad, y comed: este es mi cuerpo». (Id, id. 26).

A seguida agarró el cáliz, dió gracias y se lo ofreció á sus amados apóstoles, pronunciando estas palabras:

—«Bebed de este todos.

Por que esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remision de pecados». (Id, id. 27 y 28).

El Sacramento de la Eucaristia, quedaba instituido desde aquel solemne momento.

Jesucristo y sus discipulos despues de recitar un cántico de accion de gracias, abandonaron la estancia y subieron al monte del Olivar, donde el Redentor solía pasar la noche.





## XXVII.

### LA ORACION SACERDOTAL.

---

Se aproximaba la suprema y formidable crisis, y en aquellos momentos siguió Jesús dirigiendo su palabra á los discípulos, á quienes habló de esta suerte:

—*«Todos vosotros padecereis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño.»* (SAN MATEO XXVI, 31)

Pedro, fiel á sus generosos impulsos, protestó, afirmando que aunque todos se escandalizaren él no se escandalizaría; mas Jesús le advirtió que la misma noche que hablaban le negaría tres veces, antes que cantase el gallo. Repuso Pedro que aunque fuera preciso morir, no lo negaría; pero bien pronto hubo de reconocer que sus manifestaciones

afectuosas eran hijas del entusiasmo, puesto que en presencia de las circunstancias subsiguientes desmintió con hechos lo que sostenía con frases

No quiso el Redentor despedirse de sus discípulos sin legarles un hermoso caudal de puros consuelos y ricas advertencias, y al afecto, les recomendó que no se turbase su corazón; les prometió volver, y habiendo dicho que sabían á donde iba y conocían el camino, respondió Tomás:

—«Señor, no sabemos á dónde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino?» (S. JUAN XIV, 5.)

Pero Jesús replicó:

—«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: Nadie viene al Padre, sino por mí.» (Id. id. 6.)

Después les ofreció que cuanto en el nombre de Jesús pidieran al Padre, lo haría Jesús, para que el Padre fuese glorificado en el Hijo, y añadió que el Espíritu de la verdad moraría con ellos.

—«La paz os dejo, mi paz os doy (dice luego): no os la doy yo como la dá el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde.» (Id. id. 27.)

Les hace observar que él es la vid, y su padre el labrador y ellos los sarmientos; y que todo sarmiento que no dé fruto lo quitará y todo aquel que lo diere lo limpiará para que dé mas fruto.

Les impone á manera de mandamiento el precepto de amarse los unos á los otros, como Jesucristo los amó. Promete que llegará la hora en que



no les hablará con parábolas, y en ese día rogará al Padre por sus discípulos, pues el mismo Padre los ama porque ellos amaron á Jesús, y han creído que salió de Dios.

Todos los avisos y todos los consuelos que presta á sus apóstoles revisten el sello de la divinidad. Les anuncia combates y tristezas y amarguras, pero les señala como premio de las luchas y los dolores una eternidad de bienandanza.



Luego que Jesús hubo terminado su discurso, alzó los ojos al cielo y pronunció la admirable súplica llamada generalmente Oracion Sacerdotal, en la que pedía por sí mismo, por sus apóstoles y por todos sus elegidos.

—«Padre (esclamó), viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí.

Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste á él, les dé á ellos vida eterna.

Y esta es la vida eterna: Que te conozcan á tí solo Dios verdadero, y á Je:ucristo á quien enviaste.

Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra que me diste á hacer.

Ahora, pues, Padre, glorificame tú en tí mismo con aquella gloria, que tuve en tí, antes que fuese el mundo.»

(SAN JUAN XVII, 1, 2, 3, 4 y 5.)

Después de estas palabras, la oración de Jesús tuvo por pensamiento sus discípulos, y entre otros conceptos expresó los siguientes:

—«Y ya no estoy en el mundo, mas estos están en el mundo, y yo voy á tí. Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste: para que sean una cosa, como también nosotros.

Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé á los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura.» (Id. id. 11 y 12.)

El Redentor sigue en su bella plegaria, rica de la solicitud mas tierna hácia sus discípulos; traza con elocuentes rasgos los peligros que les esperan en la obra de predicar su doctrina; hace extensiva la oración á cuantos en la série de los siglos han de creer en Jesús, es decir, comprendiendo toda la Iglesia, y añade estas palabras:

—«Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria, que tú me diste: por que me has amado antes del establecimiento del mundo». (Id. 24.)

Tal fué la especie de despedida de Jesús para con sus discípulos; un ruego de amor, como símbolo y esencia de las aspiraciones que animaban al que iba á ser en breve el mártir del Calvario.



## XXVIII.

### LA PASION DE JESUCRISTO.

---

La elegía de la Pasion de Jesús tiene sobrada elocuencia, que la exime de comentarios y observaciones, encaminados á realzar su importancia, y es suficiente la sóbria relacion de los hechos para comprender toda la grandiosidad del Redentor durante el suplicio inaugurado en el huerto de Gethsemani.

La noche que pudiéramos llamar de la agonía de Jesús, fué el divino Maestro con sus discípulos al huerto referido; quedaron los apóstoles á la entrada del jardin y solo penetraron en compañía de Jesucristo, Pedro, Santiago y Juan. El Redentor les dijo que se sentasen mientras él iba á orar;

comenzó á angustiarse y exclamó dirigiéndose á sus discípulos que allí se encontraban:

—*«Triste está mi alma hasta la muerte: esperadme aquí, y velad conmigo»*. (SAN MATEO XXVI, 38).

Anduvo algunos pasos, se postró sobre el rostro y oró, pronunciando estas palabras:

—*«Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú»*. (Id. id. 39).

Por tres veces hizo protesta de cumplido acatamiento á las órdenes de su Padre. Un ángel del cielo vino á confortarlo, y durante su agonía y mientras oraba con vehemencia, fué su sudor como gotas de sangre, que corria hasta la tierra.

—*«Jesucristo (dice San Agustín) se turbó por poder, y no por debilidad.»*—

Los discípulos de Jesús quedáronse dormidos y él les dijo:

—*«Velad, y orad, para que no entreis en tentacion. El espíritu en verdad, está pronto, mas la carne enferma»*. (SAN MÁRCOS XIV, 38).

Por segunda y tercera vez los halló entregados al sueño y la tercera les habló de esta suerte:

—*«Dormid ya, y reposad. Basta: la hora es llegada: ved que el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de pecadores»* (Id. id. 41).

El sufrimiento de Jesús tenia recompensa. Su alma habia triunfado.



Aun hablaba el Redentor, cuando Judas Iscariote entró en el jardín, á la cabeza de una cohorte de soldados romanos, ó sea quinientos hombres, a los que se habían unido numerosos servidores de los fariseos y los soberanos sacerdotes. El discípulo traidor habia convenido como señal para conocer á Jesús un beso que daria al divino Maestro.

Este, pues, al ver la turba que se aproximaba, dijo:

—«¿A quien buscáis?»

—«A Jesús Nazareno» (replicaron) y Jesucristo insistió: «Yo soy». (SAN JUAN XVIII, 4 y 5).

Judas besó á Jesús y oyó de sus labios este reproche de amargura, que debió resonar en el alma de aquel infame:

—«¿Judas, con beso entregas al Hijo del hombre?» (SAN LUCAS XXII, 48).

Hubo en la cohorte y en los demás individuos de la muchedumbre, un momento de estupor; á las primeras palabras de Jesús, cayeron por tierra, pero luego se rehicieron y apoderaron del Salvador. Entonces uno de los discípulos (se cree que Pedro) acometió espada en mano á la turba, cortando una oreja á un servidor del príncipe de los sacerdotes; el Salvador tocó la oreja y la sanó y despues habló así:

—«Vuelve tu espada á su lugar: por que todos los que

*tomaren espada, á espada morirán». (SAN MATEO XXVI, 52).*

Acto seguido, añadió dirigiéndose á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados del Templo y á los ancianos que acudieron á Gethsemani:

—«¿Cómo á ladron habeis salido á prenderme, con espadas, y con palos?» (SAN MARCOS XIV, 48).

Los discípulos huyeron y Jesús fué llevado á la casa de Anás, suegro del gran sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos y penetró en el palacio de aquel personaje, que representó en el proceso del Mesías el papel de juez de instruccion.

La sirvienta portera preguntó á Pedro si era uno de los discípulos de Jesús, pero él respondió en sentido negativo. Entretanto el pontífice interrogaba á Jesús acerca de sus discípulos y su doctrina, y escuchaba esta contestacion:

—«Yo manifestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, á donde concurren todos los Judíos: y nada he hablado en oculto».

«¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á aquellos, que han oido lo que yo les hablé: he aquí estos saben lo que yo he dicho». (SAN JUAN XVIII, 20 y 21.)

Entonces uno de los ministros abofeteó á Jesús, increpándole por su manera de hablar al pontífice, pero Jesucristo se limitó á decir con solemne magestad:



—«*Si he hablado mal, dá testimonio del mal: mas si bien, ¿por qué me hieres?*» (Id. id. 23).

El Redentor fué conducido, atado como un delincuente, á la presencia del pontífice Caifás; y cuando salia del palacio de Anás, oyó á Pedro que lo negaba por tercera vez. Al mismo tiempo cantó el gallo. El discípulo lloró amargamente su debilidad, por que recordaba la profecía de su Maestro. Sin embargo, su tortura fué de naturaleza distinta de la experimentada por Judás Iscariote. Este miserable, presa de crueles remordimientos arrojó en el Templo las monedas que habia recibido en pago de su traicion y puso fin á su vida ahorcándose en el campo de Haceldama.

El Sanhedrin, presidido por Caifás, tuvo que recurrir á dos testigos falsos, los cuales afirmaban que Jesús habia dicho que destruiria el Templo y lo reedificaria en tres dias. Aceptada la idea en el sentido material dedujeron un ataque en contra de la religion nacional. Las palabras del Salvador cuando le preguntaron si era el Hijo de Dios, hicieron que exclamasen aquellas gentes en el colmo de la exasperacion:

—«*¿Qué necesitamos más testimonio? Pues nosotros mismos lo habemos oido de su boca.*» (SAN LUCAS XXII, 71).

Lo estimaron digno de muerte y despues de escupirle en el rostro y golpearlo con saña, lo lleva-

ron al Pretorio entre la multitud, ansiosa de derramar sangre inocente.



Conducido al Pretorio, vióse Jesús delante de Poncio Pilato, gobernador de la provincia, magistrado debil y temeroso de incurrir en el desagrado de Roma. El Salvador era acusado de pervertir la nacion, de vedar el pago del tributo al César y de presentarse como Cristo rey. Pilato le preguntó si era el rey de los Judíos y Jesús replicó:

—*«Tú lo dices»*. (SAN LUCAS XXIII, 3).

Pilato insistió entonces:

—*«¿Luego eres rey tú?»*—A lo que repuso Jesucristo—*«Tú dices que yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz»*. (SAN JUAN XVIII, 37).

Después de preguntar Pilato que cosa era la verdad, manifestó á los Judíos que ningun motivo de acusacion hallaba en Jesús y deseoso de eludir toda responsabilidad, lo envió al Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, á la sazón en Jerusalem, por causa de las fiestas.

Herodes lo entregó á los soldados y estos lo en-



brieron de un vestido blanco y lo ultrajaron con sangrientas burlas. En tal estado volvió á ser conducido al Pretorio; Pilato queria salvarlo y aprovechando la costumbre, propuso á los asistentes al proceso que fuese Jesús el preso Judío á quien se diera libertad, en atencion á la nueva Pascua. El pueblo rechazó la idea y pidió en cambio, que recayese la gracia en un asesino llamado Barrabás. No habia medio de contrarrestar el deseo de la muchedumbre que pedía á voces el suplicio de la cruz para el divino Maestro. Pilato lo mandó azotar no tanto por ser aquel castigo infamante el que precedía á la crucifixion, cuanto en la esperanza de hallar compasion para el Mesías.

La cruel pena revistió rasgos de brutalidad. Los soldados vistieron á Jesús con una túnica de púrpura, le pusieron una corona de espinas, colocaron en su manos un cetro de caña y despues azotaron inhumanamente el cuerpo del Redentor.

Pilato se mostró á la multitud y dijo:

—*«He aquí el hombre»*. (SAN JUAN XIX, 5).

Los ministros y los pontífices insistieron en que fuera crucificado y entonces añadió Pilato:

—*«Tomadle allá vosotros, y crucificadle: por que yo no hallo en él causa»*. (Id. id. 6).

Pilato, luego que Jesús entró en el Pretorio, le preguntaba de donde era; mas como no obtenia respuesta, exclamó de este modo:

—«¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?» (Id. id. 10).

Jesús replicó:

—«No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que á tí me ha entregado, mayor pecado tiene». (Id. id. 11).

Los acusadores de Jesús impusieron temor á Pilato, haciéndole ver que contradeciría á César si daba libertad al Nazareno y como semejante razon influyera en el ánimo del magistrado, sentose este en su tribunal y aunque sabia que condenaba á un inocente, cedió á sus intereses ambiciosos, sin que el hecho de lavarse las manos fuese bastante para borrar su crimen.



Uua vez pronunciada la sentencia es entregado Jesús á los soldados que deben llevarlo al suplicio, que aunque estraño al código Judío, fué introducido por los procónsules en Jerusalem.

La comitiva se pone en marcha, precedida de un Centurion á caballo y de los soldados romanos que deben presidir la ejecucion. Un empleado subalterno del Pretorio camina delante de Jesús, exhi-



biendo un cartel donde aparece escrita la causa de la condena. Jesucristo debia llevar la cruz á cuestas, pero le faltan las fuerzas y llaman en su auxilio un tal Simon, natural de Cirene (Africa). Al llegar el cortejo al lugar del suplicio preséntase á la vista de Jesús un grupo de mugeres y de Judíos que partidarios del Salvador, demuestran en aquellos solemnes momento íntimo pesar.

Jesús les habla de este modo:

—«*Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas, y sobre vuestros hijos.*

*Por que vendrán dias, en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar.*

*Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos.*

*Por que si en el árbol verde hacen esto, ¿en el seco, qué se hará?»* (SAN LÚCAS XXIII, 28, 29, 30 y 31).

Al par que la Cruz destinada á Jesucristo, elevan otras dos para igual número de ladrones que van á morir tambien. En la parte superior de la Cruz del Salvador, se leen estas palabras escritas sobre un cartel, con letras griegas, latinas y hebraicas: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*. Los Judíos, cuya ceguera era inesplicable, habian reclamado contra aquel letrero, mas Pilato se limitó á responder:

—«*Lo que he escrito, he escrito*». (SAN JUAN XIX, 22.)

Conforme la práctica judia, quieren dar á Jesús

una bebida compuesta de vino mezclado con incienso, que amortigua la sensibilidad, pero él la rechaza. Por fin, elevan la víctima sobre la Cruz y al pié de esta los soldados echan suertes para ver quien se lleva sus vestiduras. La escena que se sigue es en extremo cruel. Los miembros del Sanhedrin, presentes á la ejecucion, hacen mofa de Jesucristo y le dicen:

—«*Ah, tú que destruyes el Templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz*». (SAN MATEO XXVII, 40.)

Y siguen las burlas y el refinamiento del mas inplacable odio.

Jesucristo exclama con su inefable dulzura:

—«*Padre, perdónalos: por que no saben lo que hacen*». (SAN LÚCAS XXIII, 34).

Aquella turba, llena de saña no ceja en su mofa; lo invitan á que se salve, puesto que es el rey de los Judios, y uno de los ladrones lo injuria á su vez; más como el otro le reprocha su actitud, oye de Jesucristo á quien pedia misericordia, esta hermosa frase:

—«*En verdad te digo: Que hoy serás conmigo en el paraíso*». (Id. id. 43 )

Tres mugeres, la Santa Madre de Jesús, su hermana Maria de Cleofás y Maria, llegan al pié de la Cruz. El Redentor las vé y con ellas mira á Juan,



el discípulo amado, y exclama dirigiéndose á la afligida madre:

—«*Mujer, he ahí tu hijo*». (SAN JUAN XIX, 26).

Luego, dice al discípulo predilecto:

—«*He ahí tu madre*». (Id. id. 27).

Han trascurrido dos horas, desde que empezó el suplicio. El espacio comienza á cubrirse de tinieblas y se perciben los signos precursores de un temblor de tierra.

Jesús, con dolorosa angustia, grita:

—«¿ELOI, ELOI, LAMMA SABACTHANI? (*¿Dios mio, Dios mio, por qué me has desamparado?*)» (SAN MÁRCOS XV, 34).

Es la hora de nona (tres horas despues del medio día) y toda la tierra está cubierta de tinieblas.

Al oír la exclamacion de Jesús creen algunos que llama á Elías.

A poco, dice:

—«*Sed tengo*». (SAN JUAN XIX, 28).

Los implacables verdugos empapan en vinagre una esponja y colocándola en una caña la acercan á la boca del Mesías.

El momento se aproxima. El divino Maestro deja escuchar estas palabras:

—«*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». (SAN LUCAS XXIII, 46).

Y por último, exclama así:

—«*Consumado es*». (SAN JUAN XIX, 50).

El divino Maestro, inclina la cabeza y espira.

En aquel instante, se manifiesta un temblor de tierra; se rasga el velo del Templo y algunos santos resucitan. Muchos de los espectadores del drama del Calvario, sobrecojidos de terror tornan á Jerusalem golpeándose el pecho y el Centurion que habia presidido la ejecucion del suplicio, glorifica á Dios, pronunciando estas palabras:

—«*Verdaderamente este hombre era justo*». (SAN LUCAS XXIII, 47).

Acerca de la muerte del Redentor ha dicho Juan J. Rousseau lo siguiente:

«Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios.»



Pilato concedió permiso á José de Arimatéa para llevar á su propio sepulcro el cuerpo de Jesús y envuelto este en un sudario y cubierto de aromas y ungüentos fué depositado en la sepultura, que cubrieron despues con una gruesa piedra. Las mugeres que desde Galiléa habian seguido al divino Maestro vieron el sepulcro y cómo quedó allí encerrado el cuerpo del Mártir del Calvario.



---

El Sanhedrin, siempre temeroso pidió y así se hizo, que varios soldados vigilaran el jardín de José de Arimatéa, para evitar el secuestro del cadáver; pero aquella precaucion era inútil, pues los acontecimientos no podian dejar de cumplirse.





## XXIX.

### RESURRECCION Y ASCENSION.

---

El primer día de la semana, ó sea el domingo se dirigieron las piadosas mugeres, hácia el lugar del sepulcro, llevando aromas que habian preparado; mas su sorpresa fué extraordinaria al advertir que la losa de la sepultura estaba fuera de su lugar y aquella vacía. Al mismo tiempo que discurrían sobre aquel suceso, vieron que dos ángeles en figura de varones y con vestiduras resplandecientes se detuvieron junto á ellas y les dijeron:

—«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

No está aquí, mas ha resucitado: acordaos de lo que os habló, estando aun en Galilea.

Diciendo: Es menester, que el hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucifica-

do, y resucite al tercero día » (SAN LUCAS XXIV, 5, 6 y 7.

Entonces las mugeres fueron á contar á los discipulos lo ocurrido. Ellos dudaron al pronto, pero luego corrió Pedro al sepulcro, donde halló únicamente el sudario y volvió admirado de lo sucedido. Juan entró á su vez en el sepulcro y juzgó como Pedro que el cuerpo del Salvador fué robado; y en cuanto á María Magdalena que acompañaba á los dos discipulos, vertia lágrimas, cuando he aquí que Jesucristo se le apareció y la interrogó acerca de la causa de su llanto. Ella creyendo que era el hortelano, le preguntó si se habia llevado de aquel sitio el cadaver y donde lo tenia; mas Jesucristo pronunció el nombre de *¡María!* y al oír aquel acento volviose la muger y feliz y enagenada solo formuló esta palabra: —*¡Rabboni!* ó sea Maestro. Quiso arrojarse á los piés del Redentor y besarlos con profundo afecto, mas Jesucristo exclamó:

— *«No me toques, porque aun no he subido á mi Padre: mas ve á mis hermanos, y diles: Subo á mi Padre: y vuestro Padre; á mi Dios, y vuestro Dios.»* (SAN JUAN, XX, 17.)

Los jueces de Jesús, se apresuraron á circular la version de que los discipulos habian ocultado el cuerpo de su Maestro; pero era demasiado tarde para suponer tamaño absurdo.

El propio día caminaban dos de sus mismos discípulos hácia Emmaus, aldea que distaba de Jerusalem sesenta estadios. Iban tristes y preocupados con los acontecimientos relativos á la muerte de Jesús. Un extranjero se les acerca, los interroga, les explica las Escrituras y como llegasen al castillo que era el término de su viaje, el extranjero dió muestras de seguir mas lejos. Los discípulos le instan á que permanezca en su compañía aquella noche, él acepta; se sientan á la mesa, bendice el pan y luego que lo ha partido se lo dá á los discípulos que reconocen al cabo á Jesús en aquel hombre; á Jesús que desaparece al punto. Créen en la resurreccion y deseosos de hacer participes de su alegría á los demas hermanos, vuelven sin perder tiempo á Jerusalem y llegan á la Cámara Alta, donde aquellos estaban reunidos.

Al mismo tiempo aparece el Redentor en medio del concurso:

—«Paz á vosotros: (dice) *Yo soy, no temais.*» SAN LUCAS, XXIV, 36.)

Y advirtiendo la turbacion de los discípulos añade estas palabras:

—«¿Por qué estais turbados, y suben pensamientos á vuestros corazones?»

*Ved mis manos y mis piés, que yo mismo soy: palpád y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.* (id. id 38 y 39 )



Tomás oye referir á los discípulos el suceso, pues no estaba presente y dudo; pero ocho días más tarde preséntase Jesús en medio de los apóstoles y dirigiéndose á Tomás le dice:

—«*Por que me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*». (SAN JUAN XX, 29).

Otra de las apariciones de Jesucristo á sus discípulos fué en el mar de Tiberiades y en aquel acto, no solo les procura una pesca milagrosa, sino que confiere á Pedro un encargo sublime:

—«*Simon, hijo de Juan, (pregunta Jesús al discípulo) me amas más que estos?—Pedro responde afirmativamente, y Jesús añade—Apacienta mis corderos*». (SAN JUAN XXI, 15).

Repetida la interrogacion tres veces, como tres habian sido las negativas de Pedro en Casa de Caifás, el discípulo contesta siempre con igual entusiasmo; Jesús lo confirma soberano pastor de las almas y luego pronuncia estas palabras:

—«*En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñias, é ibas donde querias: mas cuando ya fueres viejo, estenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras*». (Id. id. 18).

Esto es; Jesús le señalaba con qué muerte habia de glorificar á Dios.

Jesús vuelve á aparecer en Galilea sobre una de las montañas próximas al lago. Mas de quinientos

discípulos asisten al solemne acto y escuchan la voz del Redentor que les habla de esta manera:

—«*Se me ha dado toda potestad en el cielo, y en la tierra.*

*Id, pues, y enseñad á todas las gentes: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

*Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta consumacion de los siglos.* (SAN MATEO XXVIII, 18, 19 y 20).



Por último; cuarenta dias despues de la resurreccion tuvo efecto la Ascension de Jesús, que el Evangelista San Lucas refiere así:

—«*Y los sacó (á los discípulos) fuera hasta Betania: y alzando sus manos los bendijo.*

*Y aconteció, que mientras los bendecía se partió de ellos, y era llevado al cielo.* (SAN LUCAS XXIV, 50 y 51).

La obra divina de Jesús quedaba hecha; y en cuanto á los prodigios realizados por el mártir del Calvario durante su vida en la tierra, dice S. Juan:

—«*Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesús: mas si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros, que se habrian de escribir.*» (SAN JUAN XXI, 25).





## CONCLUSION.

---

Llegamos al fin del POEMA DEL EVANGELIO y aunque limitada nuestra obra á la exposicion del tipo ideal de Jesucristo y á su divina doctrina, la creemos suficiente para demostrar toda la importancia que la vida del Redentor ha ejercido en la humanidad.

La influencia del Cristianismo no se reduce á la mencion del relato evangélico. Palpita, por decirlo así, en la sociedad y este dato, evidente á todas luces, aquilata su grandeza y su origen; pero si quiéramos, al término de nuestro humilde trabajo, hacer algo parecido á un resúmen relativo á la significacion del Cristianismo, hailariamos multitud de elementos que demuestran la alteza de miras de la doctrina predicada por Jesucristo. Basta, sin embargo, á nuestro propósito, apuntar las siguientes citas, que corresponden á diversas ideas que un día y otro son motivo de controversia.

Dice San Pedro—«No tengais la libertad como velo para encubrir la malicia, sino como siervos de Dios».

San Pablo se espresa de este modo:

—«Si alguno no quiere trabajar que no coma»—

—«Ya no hay judío, ni griego, ni siervo, ni libre, ni varon, ni hembra, por que todos vosotros sois uno en Jesucristo.»—

—«Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan para sí.»—

—«Mirad que esta libertad que teneis no sea ocasion de tropiezos á los flacos.»—

Jesucristo ha pronunciado estas elocuentes palabras:

—«A cada uno segun sus obras.»—

Mas claro: Es inútil que se esfuerce el hombre por dar hoy solucion á los problemas políticos y sociales: estaban resueltos y el Cristianismo lo afirma en términos irrefutables; pero la aberracion es achaque de siempre y con fundamento un autor contemporáneo ha escrito estas líneas:

«Hace diez y ocho siglos que la sabiduría humana derriba la Escritura; la Escritura no ha perdido ni una jota, ni un trazo de letra. Id á preguntar al agonizante si su luz, que alumbra las avenidas de la muerte, ha palidecido; id á preguntar al desolado si ya no restauran sus promesas; preguntad al hombre vicioso, que detesta su lodo, y que quiere

encontrar el cielo, si la Biblia ha cesado de mostrarle el camino! Cada generacion de hombres temerarios la abofetéea á su vez; con algunas risotadas lo sabe cada cual; pero mientras las generaciones caen en polvo, la Biblia continua salvando las almas, regenerando las vidas, consolando los corazones. Burláos! la Biblia tiene la dulzura de las cosas eternas: ha visto pasar vuestros padres; os verá pasar.»

¿Qué pudiéramos añadir?

En vano la ola desencadenada pugna por traspasar el límite que le señaló la Providencia. En vano la pasion y los errores pretenden modificar el pensamiento de Dios.

A la ola y al estravío humano, responde Dios con una sola palabra, síntesis á un tiempo de la omnipotencia increada y de la pequeñez del hombre:

¡BASTA!





# ÍNDICE.

---

## PÁGINAS

Introducción. . . . . VII

### *Primera parte.*

## LA REGION DEL EVANGELIO.

I Idéa general. . . . .	3
II La antigua Palestina . . . . .	13
III De Jafa á Jerusalem. . . . .	23
IV Jerusalem . . . . .	33
V Monumentos y alrededores de Jerusalem. . . . .	43
VI Belen. . . . .	53
VII Hebron y S. Juan de la montaña. . . . .	61
VIII El Jordan y el Mar Muerto. . . . .	67

IX Nazaret y sus cercanías . . . . .	75
X El Tabor y Tiberiades. . . . .	83
XI El Carmelo. . . . .	87
XII Del Carmelo á Damasco. . . . .	93

*Segunda parte.*

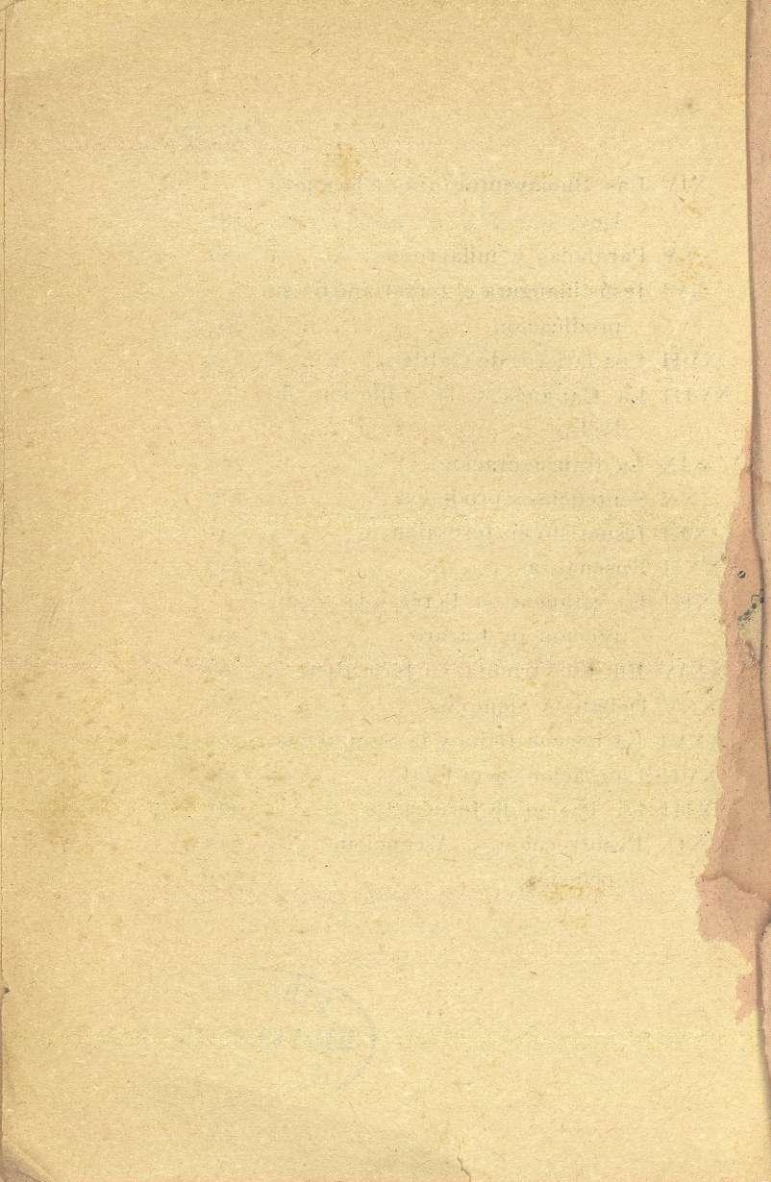
JESUCRISTO.

I Los Profetas. . . . .	103
II El Cristianismo. . . . .	109
III El nacimiento de Jesucristo. . . . .	117
IV La infancia de Jesucristo. . . . .	129
V Juan Bautista. . . . .	135
VI Bautismo de Jesucristo. . . . .	141
VII La tentacion. . . . .	145
VIII Primeros discípulo y primer mi- lagro . . . . .	149
IX Los vendedores del Templo y la conversacion con Nicodemo. . . . .	153
X Muerte de Juan Bautista. . . . .	159
XI Jesucristo y la Samaritana. . . . .	163
XII Predicaciones públicas. . . . .	169
XIII La eleccion de los doce Apóstoles. . . . .	177



XIV Las Bienaventuranzas y la nueva Ley. . . . .	181
XV Parábolas y milagros. . . . .	189
XVI Jesús inaugura el tercer año de su predicacion . . . . .	203
XVII Los fariseos de Galilea. . . . .	211
XVIII La Cananea y la confesion de Pedro . . . . .	217
XIX La transfiguracion. . . . .	223
XX Sentencias y prodigios . . . . .	227
XXI Jesucristo en Jerusalem. . . . .	231
XXII Enseñanzas . . . . .	243
XXIII La estancia en Peréa y la resurreccion de Lázaro. . . . .	261
XXIV Entrada triunfal en Jerusalem. . . . .	267
XXV Debates y ejemplos. . . . .	279
XXVI La Pascua Judía y la Santa cena. . . . .	291
XXVII La oracion sacerdotal. . . . .	297
XXVIII La Pasion de Jesucristo. . . . .	301
XXIX Resurreccion y Ascencion. . . . .	315
Conclusion. . . . .	321









Se vende á 10 reales ejemplar.

